

Próximos temas

CULTURA

CAMBIO CLIMÁTICO

FASCISMOS

DROGAS

ANIMALES

CUERPO

AGUA

La rabia de las mujeres puede ser una extraordinaria fuerza revolucionaria; por eso mismo tiende a ser suprimida y silenciada a través de la cultura, que la entiende como desagradable, antinatural y monstruosa.

LILIANA COLANZI

Las mujeres siempre hemos tenido un papel fundamental en la organización de una fiesta, la compleja estructura de una cocina comunal que alimenta a toda la congregación festiva es elocuente.

YÁSNAYA ELENA A. GIL

Fuimos hace algunos días a un ultrasonido y escuchamos su corazón. [...] Le cuento a Alejandro y él me recomienda que escriba las cosas que me pasan para no olvidarlas después. No le dije que ya estoy escribiendo porque me parece un poco trillado esto de escribir un diario de embarazo.

JAZMINA BARRERA

Los hombres deben entrar en las luchas contra el patriarcado, pero no deben hacerlo por nosotras y para protegernos del sufrimiento que la violencia de género nos inflige, sino por ellos mismos, para liberarse del mandato de la masculinidad, que los lleva a la muerte prematura en muchos casos y a una dolorosa secuencia de probaciones de por vida.

RITA SEGATO

Audaces, valientes, tiernas, rabiosas, lúdicas, las feministas compañeras nos ayudaron alguna vez a salir del lugar de víctimas, para volvernos sujetas en la historia. Sujetas no sujetadas. Mujeres que recreamos la solidaridad, haciéndonos fuertes en el camino compartido.

CLAUDIA KOROL

Mientras que en su vida pública militaba en contra de la violencia doméstica y el acoso sexual, en su vida privada creía que su padre la amaba genuinamente. Era violento con ella y su madre porque lo habían educado como macho chauvinista, explicaba.

LETA HONG FINCHER

FEMINISMOS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 854, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

FEMINISMOS

¿En qué consisten estos movimientos? ¿Cuáles problemas atañen en común a las mujeres marroquí, a las feministas chinas y a las activistas mixes? ¿Qué demanda la Marea Verde? ¿Pueden los hombres ser aliados feministas?

Yásnaya Elena A. Gil • Jazmina Barrera • Frida Cartas • Kay Cisneros • Liliana Colanzi • Paulina del Collado • Joanna Delgado Chiaberto • Angélica Freitas Laura Freixas • María Galindo Nayeli García Sánchez • Francesca Gargallo • Jimena González • Lydia Hamann & Kaj Osteroth • Leta Hong Fincher • Claudia Korol • Zoe Leonard • Sophie Lewis • Mina Loy Ana Francis Mor • Claudia Piñeiro Powerpaola • Claudia Rankine Marta Rebón • Sonia Sánchez • Rita Segato • Leila Slimani • Tania Tagle • Gabriela Wiener

ENTREVISTA
CON CRISTINA
MORALES

¿TIENE GÉNERO
EL CEREBRO?

FERNANDA PÉREZ-GAY JUÁREZ

ENTREVISTA CON
SILVIA FEDERICI

UN ÚTERO ES
DEL TAMAÑO
DE UN PUÑO

ANGÉLICA FREITAS

¿Te perdiste una edición? ¡Te la enviamos!
unam.numerosatrasados@gmail.com

Suscríbete: suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:
www.revistadelauniversidad.mx



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



 culturaUNAM



NÚM. 854, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330

FEMINISMOS



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación

RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dr. Jorge Volpi

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Dra. Rosa Beltrán
Dr. William H. Lee Alardín
Dr. Jorge E. Linares Salgado
Mtra. Socorro Venegas
Dr. Alberto D. Vital Díaz

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre
Magalí Arriola
Nadia Baram
Roger Bartra
Jorge Comensal
Abraham Cruzvillegas
José Luis Díaz
Julieta Fierro
Luzelena Gutiérrez de Velasco
Hernán Lara Zavala
Regina Lira
Pura López Colomé
Frida López Rodríguez
Malena Mijares
Carlos Mondragón
Emiliano Monge
Paola Morán
Mariana Ozuna
Herminia Pasantes
Vicente Quirarte
Jesús Ramírez-Bermúdez
Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani
Martín Caparrós
Alejandra Costamagna
Philippe Descola
David Dumoulin
Santiago Gamboa
Jorge Herralde
Fernando Iwasaki
Edmundo Paz Soldán
Juliette Ponce
Philippe Roger
Iván Thays
Eloy Urroz
Enrique Vila-Matas

DIRECTORA

Guadalupe Nettel

COORDINADOR EDITORIAL

Javier Ledesma Grañén

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFA DE REDACCIÓN

Nayeli García Sánchez

CUIDADO EDITORIAL

María del Mar Gámiz

DIRECTORA DE ARTE

Carolina Magis Weinberg

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Carmen Uriarte Acebal
Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

Graciela Martínez Corona

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB

Alejandra Mena

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA DE DISEÑO

Krystal Mejía
Armando Maldonado

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle

IMPRESIÓN

Impresos Vacha, S.A. de C.V.



IMAGEN DE PORTADA: SONIA PULIDO, LAS PODEROSAS, 2018-2019

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794
Suscripciones: 5550 5801 ext. 216
Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx
www.revistadelauniversidad.mx
Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la Revista de la Universidad de México recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. Revista de la Universidad de México es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

NIÑAS REBELDES®

Comparte la rebeldía



*El feminismo es de todos,
incluidos los hombres.*

CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE

*Querer ser libre es desear también
que las demás lo sean.*

SIMONE DE BEAUVOIR

*Yo no deseo que las mujeres
tengan poder sobre los hombres
sino sobre ellas mismas.*

MARY WOLLSTONECRAFT

ÍNDICE

- 5 EDITORIAL**
Guadalupe Nettel

DOSSIER

- 8 EL MOVIMIENTO FEMINISTA**
Mina Loy

- 9 ESCRIBIR LA RABIA**
Liliana Colanzi

- 16 LAS CERDAS**
Jimena González

- 18 INCANDESCENCIA**
Gabriela Wiener

- 27 PEDAGOGÍAS DE LA CRUELDAD**
EL MANDATO DE LA MASCULINIDAD (FRAGMENTOS)
Rita Segato

- 32 PALABRAS DE LAS MUJERES ZAPATISTAS...**

- 33 MUJERES INDÍGENAS, FIESTA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA**
Yásnaya Elena A. Gil

- 42 EL FEMINISMO COMPAÑERO DE LAS FEMINISTAS COMPAÑERAS**
Claudia Korol

- 43 LINEA NIGRA**
FRAGMENTOS
Jazmina Barrera

- 50 HABÍA UNA VEZ TRES MUJERES**
Claudia Piñeiro

- 56 POR UNA MATERNIDAD SUBROGADA COMPLETA**
FRAGMENTOS
Sophie Lewis

- 64 VIRUS TROPICAL**
Powerpaola

- 73 EL LUGAR DE UNA PUTA**
María Galindo y Sonia Sánchez

- 76 TRAICIONANDO AL GRAN HERMANO**
EL DESPERTAR FEMINISTA EN CHINA (FRAGMENTOS)
Leta Hong Fincher

- 84 POESÍA EN LOS PUÑOS**
ENTREVISTA CON ANGÉLICA FREITAS
Joca Reiners Terron

- 90 TRES POEMAS CON AYUDA DE GOOGLE**
Angélica Freitas
- 93 QUIERO UN PRESIDENTE**
Zoe Leonard
- 95 FEMINISMOS DESDE ABYA YALA**
FRAGMENTO
Francesca Gargallo
- 101 QUERIDAS HERMANAS**
- 103 UN DEBATE IDENTITARIO: EL CONTRAMODELO OCCIDENTAL**
FRAGMENTO
Leila Slimani
- 106 CARTA DE KJK A LA PORTAVOZ DEL CONCEJO INDÍGENA DE GOBIERNO**
- 107 MANIFIESTO DE LA COLECTIVA RÍO COMBAHEE**
- 108 CIUDADANÍA**
UNA LÍRICA AMERICANA (FRAGMENTO)
Claudia Rankine
- 116 ¿QUIÉN LE TEME A VIRGINIA WOOLF?**
Laura Freixas
- 122 XENOFEMINISMO: UNA POLÍTICA POR LA ALIENACIÓN**
Laboria Cuboniks
- 123 MI PARTO**
Frida Cartas

ARTE

- 131 LYDIA HAMANN & KAJ OSTEROTH**
ADMIRACIÓN RADICAL
Carolina Magis Weinberg

PANÓPTICO

EL OFICIO

140 IDENTIFICAR EL DESEO DEL CUERPO

ENTREVISTA CON
CRISTINA MORALES
Nayeli García Sánchez

PALCO

144 UNA COLCHA GIGANTE

Ana Francis

ALAMBIQUE

148 ¿TIENE GÉNERO EL CEREBRO?

Fernanda Pérez-Gay Juárez

ÁGORA

152 CONTROLAR EL CUERPO DE LAS MUJERES

ENTREVISTA CON SILVIA FEDERICI
Nayeli García Sánchez

PERSONAJES SECUNDARIOS

156 QUERIDA (Y DENOSTADA) SOFIA

Marta Rebón

OTROS MUNDOS

160 LA PARTERÍA: UNA PRÁCTICA PARA EL FUTURO

Kay Cisneros

CRÍTICA

166 CINCO PROPUESTAS Y UNA INVITACIÓN

Tania Tagle

170 MIRADA OMITIDA

Paulina del Collado

174 PARA VER EN CASA

Joanna Delgado Chiaberto

178 NUESTRAS AUTORAS



Santiago Arau, *Ángel de la Independencia* 2019. Cortesía del fotógrafo

EDITORIAL

Es imposible situar con precisión el origen de los movimientos feministas. Sabemos de poetas que en la Antigüedad imaginaban un mundo donde gobernarán las mujeres, de damas que en la Edad Media reivindicaban la igualdad. Durante la Revolución francesa Olympe de Gouges redactó y proclamó la *Declaración de los derechos de las mujeres y de las ciudadanas* —dado que la *Déclaration des droits de l'Homme* no incluía a nuestro género— y fue guillotínada por eso. Desde entonces, la lucha ha conocido épocas más tranquilas y otras más incendiarias, pero nunca se ha detenido. Hace un par de años, a partir de las denuncias de acoso sexual, tanto en Estados Unidos como en América Latina y en Europa, tomó un nuevo impulso. Se trata de un estallido de indignación y una puesta de límite a la violencia y a la desigualdad. México es uno de los países del mundo en donde la vida de las mujeres corre más peligro. Según algunas ONG aquí cada día nueve mujeres son asesinadas. Las cifras oficiales hablan de dos feminicidios diarios. Las manifestaciones de protesta de este último año son una prueba inequívoca del hartazgo y la rabia que esta situación provoca.

No hay un solo feminismo sino una gran pluralidad de ellos. Sus demandas son muchas y cambian según los pueblos, las cosmovisiones, las clases sociales y las generaciones. Sin duda, la más urgente es el derecho a vivir, pero también a la integridad física y psicológica; a decidir sobre nuestro cuerpo; a la igualdad de salario; a romper el techo de cristal en los espacios laborales; a adquirir visibilidad pública; a acceder a responsabilidades políticas; a repartir de otras formas las labores domésticas, de cuidado y de crianza; a relaciones de pareja respetuosas y equitativas, por mencionar sólo algunas. Si bien la lucha feminista es global y legítima en todas las latitudes, no es lo mismo hacerla en Manhattan que en Ecatepec, en la Sierra Mixe, en Pekín o en Tucumán.

Nuestra postura al editar este número fue partir desde la periferia y los márgenes; enfocarnos primero en la resistencia de las mujeres que además de exigir sus derechos humanos y civiles se encuentran inmersas en otro tipo de luchas como las raciales, las de la autonomía o las de la democracia. Las autoras aquí reunidas son mayoritariamente latinoamericanas. Nos pareció importante que la reflexión se originara desde nuestras sociedades para reflexionar sobre lo que está ocurriendo en ellas. En este sentido es importante destacar el ensayo de Yásnaya Elena A. Gil, autora mixe y asidua colaboradora de nuestra revista, quien se pregunta: “¿A qué proceso nos adscribimos las mujeres indígenas al nombrarnos *feministas*?”. Y se responde a sí misma: “En el mundo de los feminismos parece crearse también un nicho para el feminismo llamado *interseccional* o para el feminismo que abrazan las mujeres racializadas”. Incluimos también un texto de Francesca Gargallo donde traza un panorama de los diferentes feminismos de Abya Yala. La boliviana María Galindo y la sinaloense Frida Cartas nos hablan desde otros márgenes: el de la prostitución como espacio de rebeldía y el de aquellas que han decidido romper con el género.

Para conectarnos con las luchas de otras culturas y latitudes, incluimos también dos adelantos en español: *Ciudadanía. Una lírica americana* de la jamaíquina Claudia Rankine y *Traicionando al Gran Hermano. El despertar feminista en China* de Leta Hong Fincher. Sobre la situación de las mujeres en Marruecos escribe Leila Slimani en “Un debate identitario: el contramodelo occidental”.



Basamento del Ángel de la Independencia después de las protestas del 16 de agosto de 2019. © BY

Los temas de la maternidad, el derecho al aborto legal, así como la subrogación son esenciales para la lucha feminista tanto en nuestro continente como en el resto del mundo, y por ello no podíamos dejar de abordarlos.

La manera en que están educados los hombres, así como las expectativas y los mandatos que pesan sobre ellos, es fundamental para entender el sistema patriarcal en el que vivimos. Los textos de Gabriela Wiener, "Incandescencia", y de Rita Segato, "Pedagogías de la crueldad. El mandato de la masculinidad", nos ayudan a entender esta problemática.

Todo el número está acompañado de fragmentos de manifiestos publicados en muy diversas épocas, desde el de Mina Loy, escrito en 1914 como respuesta paródica al manifiesto futurista de Marinetti, hasta la "Palabra de las mujeres zapatistas", pasando por el Manifiesto de la Colectiva del Río Combahee de las mujeres negras estadounidenses y el Manifiesto Xenofeminista de Laboria Cuboniks, publicado en 2015. Esta selección estuvo cuidadosamente curada por Gabriela Jáuregui. A ella y a Jazmina Barrera les agradecemos su consejo y acompañamiento en la elaboración de este número.

En la sección de arte, retomamos la serie *Admiración radical* de Lydia Hamann & Kaj Oesterth, donde se representa a otras pintoras feministas, originarias de diferentes países, en escenas de lucha y compañerismo.

Por primera vez en esta época de la revista las secciones Panóptico y Crítica acompañan al tema del Dossier. En esta última podrás encontrar recomendaciones de libros, películas y series con enfoque feminista.

Al leer los textos aquí reunidos, resulta evidente que en cada grupo social marginado o poderoso, en el Capitolio o en la más remota aldea de los Andes, las mujeres seguimos estando subordinadas. "El momento en que una mujer se da cuenta de que vive en una sociedad patriarcal y se plantea, desde el lugar que le toque, dejar de ser funcional a ese sistema, es el momento en que nace como feminista", nos dice Liliana Colanzi. ¿Te has preguntado en qué parte de este proceso te encuentras tú? No importa cuántos siglos lleve esta lucha, ni cuánto tiempo haga falta para conseguir la igualdad, las mujeres la obtendremos y estamos dispuestas a todo para conseguirla.

Guadalupe Nettel

El movimiento feminista hasta ahora instituido es

Inadecuado

Mujeres si quieren despertarse —se encuentran en las
vísperas de un trastorno psicológico devastador— todas sus
ilusiones domesticadas deben ser reveladas —las mentiras consideradas
durante siglos deben erradicarse— ¿están preparadas para el **dolor**? —No hay
punto medio— **NINGUNA** fisura en la superficie de un montón de tradición
basura resultará en la **Reforma**, el único método es la

Demolición Absoluta.

Dejen de colocar su confianza en la legislación económica,
& la educación uniformada -están pasando por alto la

Realidad.

Carreras profesionales y comerciales se están abriendo para ustedes —

¿Es eso todo lo que quieren?

Y si honestamente desean **encontrar su posición** sin prejuicios —

sean **Valientes** y rechacen desde el principio — esa miserable guerra sin sentido

que grita **Mujeres y hombres son iguales**

porque

¡NO lo SON!

El hombre que vive una vida en la que sus actividades se ajustan a un código social

en donde es protectorado del elemento femenino— ya no será **masculino**

Las mujeres que se inscriban en una valoración teórica de su sexo como

una **relativa impersonalidad**, no serán aún **Femeninas**

Terminen de mirar a los hombres para averiguar lo que **no** son

—busquen adentro suyo para averiguar lo que **son.**

Tal como las condiciones están hasta ahora constituidas

—ustedes tienen la opción de elegir entre **Parasitismo**

y **Prostitución** — o **Negación.**

(...)

Manifiesto feminista.

Mina Loy

Tomado de *Buenos Aires poetry*, disponible en <https://buenosairespoetry.com/2018/11/26/feminist-manifiesto-1914-de-mina-loy-fragmento/>.

La selección de manifiestos que se incluyen a lo largo de esta edición estuvo a cargo de Gabriela Jáuregui con el diseño de Krystal Mejía.



ESCRIBIR LA RABIA

Liliana Colanzi

La primera vez que me manosearon tenía nueve años. Esa mañana había ido a la biblioteca del colegio: estaba obsesionada con la serie de niños detectives de Enid Blyton y había descubierto cinco o seis libros de esa colección. Caminaba rápido hacia la biblioteca mientras iba pensando en la nueva historia de detectives que iba a leer, cuando me interceptó un profesor en el pasillo (¡hola, profe!). El “profe” tenía cuarenta o cincuenta años y yo lo conocía apenas de vista porque enseñaba en los cursos de secundaria. Me miró de una forma que me hizo sentir en falta y me ordenó que lo siguiera hasta una de las aulas donde estaba dando clases. De pronto sentí sobre mí los ojos de cincuenta alumnos mucho mayores que yo.

—¿A ustedes les parece bien que una mujercita venga al colegio vestida de esta manera?, preguntó a los estudiantes, que a mis ojos también eran unos adultos.

Yo no me había dado cuenta hasta ese momento de que era una “mujercita” ni de que estaba vestida de una manera fuera de lo común. Esa mañana me había puesto mi conjunto favorito: una blusa con flecos y unos shorts con estampados color pastel. El profesor me colocó de espaldas a la clase y dijo:

—¿Saben lo que le pasa a una mujercita que se viste así? ¡Esto es lo que le pasa!

Y procedió a meterme mano debajo de la blusa y a acariciarme la espalda delante de toda la clase, que permanecía en silencio. Después, para

Es terrible que las mujeres no hayamos podido transmitirnos información útil sobre estos temas unas a otras, a lo largo de las generaciones.

que la lección quedara bien grabada y no me olvidara de cuáles eran las consecuencias de andar vestida así en el colegio a mis nueve años, me levantó la blusa hasta la altura de la nuca y dejó a la vista toda mi espalda desnuda (en esa época todavía no usaba sostén). Ese día llegué a mi casa sintiéndome sucia, humillada y culpable, aunque no sabía por qué. Pero si un profesor del colegio me había manoseado, y además delante de toda la clase, entonces con seguridad me lo merecía. Mi madre quiso ir a quejarse al colegio pero yo le rogué que no lo hiciera: me vencieron la vergüenza y la culpa, la sensación de haberme ganado el manoseo. Nunca más pude tocar el conjunto color pastel sin que me abrumara la impresión de estar sucia. Nunca lo volví a usar.

Si cuento esta historia en particular es porque ese profesor me hizo descubrir, a los nueve años, que mi cuerpo era culpable de atraer la violencia de los hombres. Me gustaría decir que nunca más pasé por una situación similar, que nunca más un hombre me manoseó a la fuerza o intentó hacerlo, que nunca más me acosaron sexualmente en la calle o en la universidad o en el trabajo o en la casa de algún familiar. Pero me ha sucedido muchas veces a lo largo de los años. Muchísimas. Desde muy temprano las mujeres aprendemos que este tipo de violencia es parte de nuestra vida cotidiana, y lo que hacemos es tratar de surfear la situación de manera que no dañe nuestras carreras o nuestra imagen pública o nuestro círculo familiar, o incluso nuestra autoimagen (no queremos asumir lo que pasó porque eso nos pone en el papel de víctimas, y ser víc-

tima equivale a estar en el lugar poco atractivo de la lástima; si la víctima es una mujer, también es sospechosa de haber provocado la situación). Hablamos entre nosotras de estas experiencias, en voz baja, pero rara vez de manera pública.

A pesar de que el acoso sexual y la violencia sexual son tan antiguos como las religiones, es terrible que las mujeres no hayamos podido transmitirnos información útil sobre estos temas unas a otras, a lo largo de las generaciones: si acaso, nos enseñan que vestirnos o movernos de cierta manera, caminar o viajar solas, o incluso acceder a espacios masculinos, pueden atraer la violencia sexual sobre nosotras a manera de castigo. La lección es que si nos acosan o nos violan es porque algo debemos haber hecho. La ley no está de nuestra parte; a pesar de que casi todas las mujeres cercanas a mí han pasado por una situación parecida, hasta ahora ninguno de sus agresores ha sido castigado. Y cuando nos atrevemos a llamar la *violencia sexual* por su nombre, a decirlo en voz alta y en público, nos hacen creer que no sucedió, que todo está en nuestra cabeza, que no es más que un chiste de doble sentido sin mayores consecuencias, y miren cómo todos se ríen, hombres y mujeres, tan fuerte que no se escucha lo que estamos diciendo.

Cuando nos atrevemos a nombrarlo, familiares y amigos, hombres y mujeres, nos dicen que estamos locas, que por qué no lo hablamos personalmente con el agresor sin que nadie más se entere del *impasse*, que por qué no lo decimos con buenos modales, de forma "constructiva", o por qué mejor no nos callamos y nos dedicamos a pensar en problemas que de verdad le importan a la gente, porque como mujeres somos ciudadanas de segunda clase

y nuestra integridad y nuestra vida no importan. Necesitan de nuestro silencio porque nombrar la violencia es desestabilizador, porque nuestra palabra los obliga a ver una imagen repulsiva de sí mismos que no están dispuestos a enfrentar, y que es el primer paso para que las cosas empiecen a cambiar. Por eso necesitan de nuestra complicidad. Y por eso precisamente es que debemos hablar.

¿DÓNDE ESTÁN LAS COLUMNISTAS?

A veces olvido que hace menos de 70 años las mujeres bolivianas no podían votar y tenían una participación casi nula en la vida pública del país. En la época de mi madre fueron escasísimas las mujeres profesionales (de las cuatro hermanas sólo una de ellas estudió para maestra, a diferencia de los cinco hermanos, que sí estudiaron todos una profesión). En las décadas siguientes el mundo cambió y las mujeres fueron a la universidad y se integraron a la fuerza laboral remunerada y a la política (eso sí, ganando menos que los hombres y sin liberarse del trabajo doméstico). Pero cuando despertaron —cuando despertamos—, el dinosaurio todavía estaba allí. Las leyes cambiaron, pero la ideología machista que invisibilizó a las mujeres durante siglos sigue actuando para mantener esa invisibilización.

En 2017 monitoreé durante una semana la sección de columnistas del periódico para el que escribo. Me encontré con que en ese periodo, de 30 columnas de opinión, 26 habían sido escritas por hombres y sólo 4 por mujeres. Si bien el periódico recibe contribuciones espontáneas, los columnistas fijos son elegidos e invitados por el periódico. ¿Será que sólo el 13 por ciento de las mujeres somos capaces de decir algo relevante, a diferencia del 87 por ciento de los hombres? En una sociedad don-

de hay mujeres sociólogas, economistas, abogadas, escritoras, historiadoras, psicólogas, activistas, ¿por qué los hombres siguen ocupando un lugar exageradamente desproporcionado en el debate público?

Recuerdo con bochorno las veces que me preguntaron sobre mis lecturas favoritas y di una amplia lista de escritores en la que casi no figuraba ninguna mujer. Yo también fui educada en “esa pedagogía muy extensa que excluye a la mujer” a la que se refirió la escritora chilena Diamela Eltit en una entrevista. Eltit habla de la necesidad de “nombrar a las antiguas”, porque si no lo hacemos estamos



Ileana Tejeda, *Chupacabra*, 2018. Cortesía de la artista



Ileana Tejada, *Pietà*, 2015. Cortesía de la artista

“des-nombrándonos” a nosotras mismas, perpetuando un sistema de exclusión que nos afecta a todas. Me reconozco en este des-nombramiento, porque me tomó mucho tiempo percatarme de este sistema de exclusión y empezar a buscar a esas mujeres que escribieron y que fueron invisibilizadas por el hecho de ser mujeres.

En una época me creía afortunada por ser una de las pocas escritoras tomadas en cuenta en Bolivia. Ya no considero un privilegio ser aquella a la que dejaron entrar a un club predominantemente masculino, porque mientras esa dinámica siga operando la palabra de una mujer seguirá valiendo menos que la de un hombre y se seguirá naturalizando la invisibilización de las mujeres en la esfera pública. Necesitamos las voces de las escritoras, las académicas, las pensadoras, las activistas. Es imperativo hacer un esfuerzo genuino por

incorporarlas a la discusión pública. Por eso pregunto: ¿dónde están los columnistas?

Tardé años en asumir las múltiples maneras en que el machismo nos afecta a mí y a millones de mujeres. Este descubrimiento es doloroso, pues implica reconocer el lugar subordinado de la mujer en la estructura social; reconocer este estado de cosas provoca bronca, pero el costo de ignorar la realidad es mucho más devastador, porque significa ser cómplice de la reproducción de un sistema. El momento en que una mujer se da cuenta de que vive en una sociedad patriarcal y se plantea, desde el lugar que le toque, dejar de ser funcional a ese sistema, es el momento en que nace como feminista.

MUJERES Y PODER

A Lidia Gueiler Tejada, la segunda mujer presidenta en Latinoamérica, le tocó gobernar entre dos golpes de Estado durante uno de los periodos más convulsos y sangrientos de Bolivia, rodeada de militares que la amenazaban. Entre los ataques que sufrió esta mujer que llevaba ya tres décadas en la política está la sorprendente —además de falsa— acusación de que gastaba mucho tiempo en la peluquería y que usaba pestañas postizas. “Un hombre no tiene este problema”, dijo ella en una entrevista.

Pienso en Lidia Gueiler mientras leo *Mujeres y poder*, el ensayo de Mary Beard, feminista e historiadora británica especializada en el mundo grecorromano, que analiza las formas en que se ha neutralizado la voz pública de las mujeres desde la Antigüedad hasta el presente. Y la misma Beard tiene mucho que compartir sobre su propia experiencia: su presencia en la prensa y en Twitter le garantiza

los insultos de muchos hombres furibundos que quieren silenciarla a través de amenazas de violación y decapitación, o de injurias como “Cállate, puta”.

No importa mucho qué camino sigas como mujer: si te atreves a meterte en un territorio tradicionalmente masculino, el maltrato llega de todas formas. No es lo que dices lo que lo provoca, es simplemente el hecho de que lo estés diciendo [...]. En su manera cruda y agresiva, se trata de mantener a la mujer alejada o de expulsarla de la discusión masculina.

Hay ejemplos de un hombre que manda a callar a una mujer incluso en un texto escrito hace 3,000 años como *La odisea*. En *La odisea*, el joven Telémaco se molesta porque su madre, Penélope, abandona su habitación y se presenta en el gran salón del palacio para pedir, delante de todo el mundo, que el bardo cante algo más alegre. Telémaco la envía de regreso a su habitación, advirtiéndole que “la palabra es cosa de hombres, y mía antes que nada, porque mío es el poder de esta casa”. Aquél es el momento en que Telémaco se hace hombre, y este hacerse hombre está conectado con su capacidad para cerrarle el pico a su propia madre. “Es una buena demostración de que allí donde comienza la cultura occidental, la voz de las mujeres es ignorada en la esfera pública”, dice Beard.

A las mujeres que han intentado integrarse a la discusión pública, el sistema patriarcal les ha devuelto el eco de su voz infantilizada, ridiculizada e incluso animalizada. Beard cita un ensayo de Henry James en el que el escritor argumenta que, bajo la influencia de las mujeres americanas, el lenguaje corría el peligro de convertirse en “un generalizado bal-

buceo o revoltijo, un babeo sin lengua o un gruñido o un quejido” que sonaría como “el mugido de la vaca, el rebuzno del asno y el ladrido del perro”. Para Beard, la manera en que se describe hoy en día la voz pública de las mujeres no es muy diferente: ellas son percibidas como estridentes y quejosas (y yo me atrevo a añadir otro adjetivo muy común por estos lados: “histéricas”).

A las mujeres se les permite hablar para abogar por su familia o por otras mujeres. Pero no pueden hablar por los hombres o por la comunidad entera. Y cuando lo hacen, se convierten en sospechosas de haber tomado un poder de forma ilegítima. Aquí Beard se refiere a mujeres poderosas como Angela Merkel, Theresa May o Hillary Clinton, que son representadas habitualmente como maléficas medusas que lucen melenas hechas de serpientes. No olvidemos que quien le corta la cabeza a Medusa es un varón: el libro de Beard incluye una imagen que circuló en 2016 de una estatua de un Trump-Perseo triunfante sosteniendo la cabeza cercenada de una Hillary-Medusa.

Mientras más sube una mujer en la escalera del poder, se enfrenta a un grado cada vez mayor de violencia por parte de un sistema que la ve como usurpadora y espera constantemente que se equivoque para señalarla y aplaudir su caída (se ha discutido mucho el papel que jugó el machismo en el proceso de destitución de Dilma Rousseff; a Cristina Kirchner sus detractores la llamaban “la yegua” y la juzgaban por su forma de vestir, y Michelle Bachelet se enfrentó a acusaciones de que era débil y tomaba medicamentos). Y la manera que tienen las mujeres poderosas de enfrentar la misoginia es adoptar las reglas del juego masculino, convirtiéndose ellas mis-

mas en hombres: basta pensar en el "look" severo y desexualizado de Merkel, Hillary Clinton o Bachelet. "Para ponerlo de otro modo, no tenemos ningún modelo de cómo se ve una mujer poderosa, excepto que se ve como un hombre", sostiene Beard. Esto me hace pensar en una declaración de Lidia Gueiler en 1980: "En mi vida política siempre he actuado como un hombre", y en aquello que pone en evidencia esta frase: que ser mujer es estar intrínsecamente separada del poder, y que para ejercerlo hay que convertirse en hombre. No por nada no ha vuelto a existir otra presidenta en Bolivia en casi 40 años, y ninguna mujer se perfila como candidata para las elecciones presidenciales de 2019.

Una de las sugerencias más interesantes de Mary Beard está relacionada con la forma en que las mujeres en la política tienen la posibilidad de transformar la noción de poder. No se trata solamente de ejercerlo de acuerdo con parámetros masculinos, sino de convertirlo en una estructura que no esté basada en el prestigio personal, en el carisma individual o incluso en la celebridad, conceptos muchas veces asociados al carácter masculino; en otras palabras, de cuestionar los valores se asocian con el liderazgo: "No es tan fácil situar a una mujer en una estructura creada de antemano para los hombres; tienes que cambiar esa estructura. Esto significa pensar en el poder de manera diferente. Esto significa separarlo del prestigio público. Esto significa pensar colaborativamente, acerca del poder de los seguidores y no sólo de los líderes".

LA RABIA DE LAS MUJERES

Han pasado más de 130 años desde que Adela Zamudio escribió "Nacer hombre", y la rabia de sus versos sigue resultando electri-

zante: "Una mujer superior/ en elecciones no vota/ y vota el pillo peor./ (Permitidme que me asombre.)/ Con tal que aprenda a firmar/ puede votar un idiota/ porque es hombre".

Hoy recordamos a Zamudio como una especie de tía benévola que luchó por los derechos de las mujeres a votar, a recibir educación y a conseguir el divorcio. Sin embargo, si viviera en nuestros tiempos con toda seguridad sería tachada de feminazi, resentida y radical: Zamudio se negó a enseñar religión en el liceo de señoritas que dirigía en Cochabamba y tuvo una célebre pelea en los periódicos con Fray Francisco Pierini, el cura al que apoyaban las mujeres encopetadas de la época. La potencia de su poema "Nacer hombre" sin duda emana de la rabia que sentía por el trato injusto hacia las mujeres en la sociedad boliviana.

La rabia de las mujeres puede ser una extraordinaria fuerza revolucionaria; por eso mismo tiende a ser suprimida y silenciada a través de la cultura, que la entiende como desagradable, antinatural y monstruosa. La feminista afroamericana Audre Lorde fue una de las primeras en abordar este potencial en su extraordinario ensayo de 1981 "Los usos de la ira: las mujeres responden al racismo", en el que habla del racismo, el sexismo y la homofobia como los soportes de la sociedad estadounidense, y de la ira como una herramienta de transformación:

Toda mujer posee un nutrido arsenal de ira potencialmente útil en la lucha contra la opresión, personal e institucional, que está en la raíz de esa ira. Bien canalizada, la ira puede convertirse en una poderosa fuente de energía al servicio del progreso y del cambio. Y cuando hablo de cambio [...] me refiero a la

modificación profunda y radical de los supuestos en que se basa nuestra vida.

En *Buenas y enojadas. El poder revolucionario de la rabia de las mujeres*, Rebecca Traister reivindica la ira femenina como el motor de varias revoluciones que han transformado la cara de los Estados Unidos: en las huelgas de las obreras textiles que consiguieron cambiar las condiciones de trabajo en las fábricas en el siglo XIX, en la negativa de la activista negra Rosa Parks a sentarse en la parte trasera del autobús —hecho que inspiró la lucha por los derechos civiles de los negros—, y en la batalla de Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton por conseguir el sufragio femenino, la ira ha sido un factor fundamental de progreso y de cambio. Un día estas mujeres decidieron que no podían seguir soportando la situación de desigualdad en que vivían, y enfurecieron. Y entonces empezaron a organizarse y a actuar.

Traister señala que la misma rabia que en los hombres se ve como justificada y patriótica, en las mujeres es condenada como exagerada, ridícula o falsa, y pone como ejemplo las elecciones presidenciales de 2016, en las que el discurso agresivo de Donald Trump no hizo más que ganarle adeptos, mientras que Hillary Clinton era percibida como gritona y amargada (Clinton llegó a tomar clases de modulación de la voz para no sonar “enojada”). En Bolivia, María Galindo recibe todo tipo de insultos y llamados a la compostura por ser una mujer capaz de increpar al Estado de frente y con furia; sin embargo, la misma actitud rabiosa fue aplaudida como justa y necesaria en el político cruceño Rubén Costas durante las protestas contra el centralismo, cuando gritaba “¡Autonomía, carajo!”, y la gente cele-



María Galindo en la inauguración simbólica de la sala María Elena Walsh organizada por la cooperativa lavaca, Buenos Aires, 2019. Cortesía de María Galindo

bra cuando el alcalde Percy Fernández agrede verbalmente a mujeres periodistas o gremiales.

No estamos acostumbrados a reconocer la ira de las mujeres porque la sociedad pone mucho empeño en contenerla, pero cuando se manifiesta tiene un gran potencial desestabilizador. Traister recuerda por ejemplo a Flo Kennedy, la abogada y activista negra que en 1969 organizó la protesta feminista contra la prohibición del aborto en Nueva York —anulada en 1970—; Kennedy era descrita por la prensa como “la boca más grande, ruidosa e indisputablemente insolente” entre las feministas, capaz de desatar la furia e inspirar a los demás a la acción.

Debemos reconocer [...] que la rabia es a menudo una expresión exuberante —dice Traister—, es la fuerza que inyecta energía, intensidad y urgencia en batallas que deben ser intensas y urgentes si quieren ser ganadas. De manera más amplia, debemos llegar a identificar nuestra propia rabia como válida y racional, y no como se nos dice que es: fea, histérica, marginal, risible. **U**

Una versión previa publicó en VV. AA. *La desobediencia*, Lilita Colanzi (ed.), Dum Dum Editora, Santa Cruz, 2019.

POEMA

LAS CERDAS

Jimena González

*Y cuando los demonios salieron del hombre,
entraron en los cerdos y la manada se
precipitó al lago por el despeñadero y se ahogó.*

LUCAS 8: 33

Pienso en nosotras,
en el miedo,
en lo pobres,
en lo jóvenes.
En nuestros padres
—como si dijera *miedo*—.
En nuestro cuerpo
—como si dijera *exilio*—.

Pienso:
no tenemos tierra,
no tenemos cuerpo,
no hay escondite
que nos otorgue
voluntad.

Pienso:
No tenemos noche,
sólo miedo.
No tenemos día,
sólo obligación.

Estamos aquí:
donde los puercos.
Entre Jesucristo
y el despeñadero
involuntariamente
endemoniadas,
fecundadas de mal.

Gestamos culpa,
saltamos.
Es una orden:
Abrir las piernas.
Cerrar la boca.
Ser almacén.
Aguantar.

Abrir las piernas.
Parir más hambre.
Aguantar.

Pienso en nuestra voluntad
que llamaron
egoísta,
sin sentido,
ilegal;
como migrar,
como el luto,
como los besos.

Y no me arrepiento
de pensar;
más bien me rompo
y no siento culpa
por pensar;
más bien tristeza
y no tengo miedo
de pensar:

Estoy segura
de que el Cielo
no es tan frío.



INCANDESCENCIA

Gabriela Wiener

Carlos Hualpa tiene un apellido de origen quechua que hoy se traduce como "gallina". Él es Carlos Gallina. Las pobres gallinas no tienen la culpa de que el patriarcado lingüístico y colonial las haya asociado, en contraposición a los gallos —machos bravíos y amos del gallinero— con la cobardía, lo achantado, lo blandengue, lo inseguro, lo débil, lo medroso, lo pusilánime, lo cagueta. Por la misma razón, los pobres hombres a los que llaman *gallinas* siempre han sido considerados poco hombres, algo que suele ofenderlos sólo a ellos. Dicen algunas leyendas que para burlarse del inca Atahualpa, cuyo nombre significaba originalmente "rey de la tierra", los españoles le partieron en dos el nombre, *Ata hualpa*, que significa "gallina amarrada".

Hualpa también se sentía como una gallina amarrada cada vez que llegaba al trabajo y veía esa cara. El más grande de sus problemas era esa cara. Hay caras que son tan bonitas que no puedes dejar de mirarlas, sobre todo cuando todo lo que te rodea es feo, mucho más gris y triste y pobre y oscuro. Pero hay caras que son verdaderos problemas para algunos y ésta era una. Por la mañana, cuando marcaba tarjeta en una de esas empresas explotadoras llamadas *service* en la que trabajaba como cocinero, siempre era el mismo infierno: perseguir largamente aquello que se le resistía en los ojos de su joven compañera de trabajo, la armonía que hacían los pómulos afilados con su barbilla de manzanita, la sonrisa de dientes pequeños, los labios rojos, quietos y sellados, los cabellos negros que parecían acariciar al mundo mientras avanzaba, menos a él.



Fotografía de la marcha del 1º de junio 2019. Cortesía de Alberto Valderrama / Diario Correo

La dueña de la cara, Eyvi Liset Ágreda Marchena, había llegado a Lima a los 17 años desde San José de Lourdes, una pequeña comunidad en Cajamarca, había cambiado la chacra por la ciudad; estaba estudiando administración de negocios y trabajaba, para ayudar a sus padres, como cajera y azafata en ese *service de comida* en el que conoció a Hualpa en el año 2015. No tenía novio, le gustaba divertirse, arreglarse. Se veía bonita, se sabía bonita. Tenía 22 años, era muy joven pero no quería perder el tiempo.

A sus 37 años él vivía aún con sus padres y sus tres hermanos en una casa a medio construir en el barrio de Carabayllo, al norte de Lima, donde los vecinos lo percibían como una persona silenciosa y tranquila, incapaz de matar. Desde que se conocieron, había intentado estar cerca de ella de muchas maneras, quería ser su amigo, su protector, quería que lo necesitara. Se preocupaba por ella. Hacía pesas. Se estaba poniendo maceta. Una vez unos ladrones le hicieron daño a Eyvi para robarle el

celular y él corrió como un héroe en su ayuda. Al menos él se sintió un héroe. La invitó a comer, conversaron por primera vez sobre sus vidas. A él le conmovió saber de ella, que le hablara de su padre. Otra vez la acompañó a Plaza Norte a comprar unas zapatillas Adidas con cien soles de su tarjeta que él le había prestado y que acordaron que le pagaría en cuotas.

Pensaba que eso era lo que tenía que hacer un hombre por una mujer. Pensaba que eso era estar enamorado, que eso era el amor. Su educación sentimental se debía quizás a la suma de varias telenovelas, a la observación de las dinámicas de alguna pareja de vecinos, unas cuantas películas de Hollywood, a la relación de sus padres y a los pasajes que leían los predicadores de la iglesia evangélica a la que acudió durante un tiempo. Se imaginaba con ella en el futuro. Le habría cocinado los platos peruanos que mejor le salían. Por toda su entrega, Carlos creía que Eyvi le debía algo, que debía estar agradecida y corresponder en igual medida a su deseo. De hecho, no com-



Francisca Álvarez, *Luna negra, luna nueva*, 2018. @cacarea

prendía sus evasivas y rechazos. No tenían sentido. Él se sabía una buena persona, alguien generoso. Se le había declarado y ella le había dicho que tenía enamorado, pero no lo tenía. ¿Por qué le mentía? Nunca se consideró un machista sino un caballero. Eyvi le gustaba porque le agradaba pensar que eran "iguales", que venían de abajo, le gustaba porque no bebía alcohol y era tranquila. Eso dijo, que le gustaba porque era "tranquila".

Además, estaba esa cara. Esos huesos alineados sobre los que se implantan más de treinta pares de músculos, de diversas formas y funciones, gruesos y fuertes, finos y pequeños, como ése que eleva la comisura de los labios y el que dilata el ala de la nariz. Todos esos tejidos blandos que al moverse hacían de Eyvi quien era. Cada movimiento de su maxilar y su mandíbula expresaba una

emoción y cada emoción negada de ese rostro impactaba en él como un golpe seco. Nunca era para él su alegría. Sus sentidos estaban concentrados también en esa cara en la que todo creaba armonía: la vista, el oído, el olfato, el gusto de Eyvi, pero también el tacto de esos labios que no conocía.

Pero a Eyvi no le gustaba la cara de Carlos Gallina. Era mucho mayor que ella, un tipo extraño, sombrío, hablaba demasiado de su madre. Al poco tiempo de conocerlo ya había empezado a agobiarla con su insistencia y asedio. Aunque se habían tratado y alguna vez se había apoyado en él, desde hace un tiempo ya no quería ni verlo. Jamás se le cruzó la palabra *acoso* por la mente pero su presencia le producía aversión, hasta repugnancia.

Quizá todo se terminó de torcer con las rosas. Carlos la vio distante un día y llamó a

Por su brutalidad, por su violencia extrema, el caso de Eyvi conmocionó a toda la sociedad.

Rosatel para darle una sorpresa en su oficina. Las flores alegraron a Eyvi. Dice que la vio sonreír, pero cuando se enteró de que había sido él las tiró a la basura. Para Carlos fue como si hubieran tirado su corazón a los perros. Se despertaba en medio de la noche, sudando frío, tenso. Cómo había podido darle tanto y ella quitarle todo. Le había dedicado incluso más tiempo que a su madre enferma. Estaba tan amargado que le contestaba mal a su mamá, algo que detestaba hacer. Ya una idea escalofriante se alojaba en la parte más oscura de sí mismo y empezaba a madurar, a sofisticarse, a completarse. Desesperado por lo que se le acababa de ocurrir, subía al segundo piso enladrillado de la casa de sus padres y se ponía a orar. Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra... Y le pedía a Dios que le arrancara esa rabia. Y le pedía a Dios que le quitara esa idea. Y le pedía a Dios dejar de ver esa cara del demonio.

Eyvi tomaba cada día el bus de su instituto al trabajo, del trabajo a la casa. Atendía llamadas en un Call Center. Ya no trabajaba con Hualpa. Se había alejado de él. Mejor no darle esperanzas. Vivía con su hermano porque estaba algo nerviosa. Miraba por la ventana del bus las calles de Lima y se quedaba dormida apoyando la cabeza cuando estaba cansada. Su cara se recortaba contra la ciudad y la ciudad parecía menos fea. Se hacía fotos con sus amigos del instituto o del trabajo, en el salón de clases, en parapente, en el campo, en la playa, en restaurantes, junto a platos de comida, y las subía al Facebook. Le daban *me gustas*. Quienes la conocían la apreciaban, la consideraban divertida, fuerte, independiente. Al-

guno sabía que un tipo la molestaba, pero a qué chica como ella no la molestan.

Habían pasado dos años pero Gallina no había podido olvidar ese desplante; sólo estaba seguro de algo: de que alguien tenía que darle una lección de humildad a esa puta. Según él se creía la última chupada del mango y tenía que darle un escarmiento. Se justificó pensando que así evitaría el dolor a otros hombres. Creía que jugaba con otros como había jugado con él. Jugadora, perra, ruca, cómo pudiste. Estaba enamorado, pensó, qué diablos, y las personas enamoradas actúan así. Y actuó.

No sabe qué pasó, se le nubló la mente, dice que las humillaciones acumuladas lo empujaron a hacerlo, a perder el miedo, a ser un poco menos o un poco más gallina. Esa tarde del martes 24 de abril de 2018 salió de su casa resuelto. Fue hasta su trabajo. La vio salir. La siguió. Estaba encapuchado y con lentes de sol. La vio subir en un paradero a la altura de alguna calle miraflores. Subió detrás. Era ella, su rostro delicado intacto, desafiante. Estaba distraída. Eyvi no lo vio a él. No lo miró. No notó su existencia. Para variar. Eso hizo crecer su rabia. Se sentó detrás de ella. Sacó algo de la mochila. Se levantó. Le temblaban las manos que apretaban sudorosas una botella de yogurt repleta de gasolina, que había comprado hacía un mes. Dudó, pero la tapa del yogurt cayó al suelo y se animó. Recordó uno por uno sus desprecios. Cogió el encendedor. Mírame. Ahora sí, mírame. Lo pulsó varias veces pero no prendía. Agarró un fósforo y a ella la roció raudamente con gasolina. Sólo quería quemarle la cara. Así se lo dijo a la policía. Nada más que la cara hermosa que no quería volver a ver porque no

podía ser suya, que no quería que nadie más viera porque sería suya. Porque ella abusaba de su cara, vivía de su cara.

Pero el bus se movió, dijo también a la policía, y el líquido se derramó por todos lados: el cuerpo de Eyvi, la mano de Hualpa, el suelo y otros pasajeros. El fósforo prendió. Y Gallina salió corriendo con la mano quemada, dejando un incendio de gente a su paso.

El bus en la oscuridad de la noche limeña brilló como una ciudad bombardeada a lo lejos. Fue un resplandor breve. Y pronto se deslizó por la avenida un aroma a carne y fierro quemados. La incandescencia de un cuerpo de mujer. Un cuerpo negro que absorbe toda la luz y la energía radiante del mundo y luego se apaga. Como una estrella muerta. Los heridos, rociados con hielo seco, se veían como zombis regresando de la guerra, la guerra contra las mujeres. Diez personas sufrieron quemaduras de tercer grado. Eyvi, en tanto, tenía más de sesenta por ciento de su cuerpo quemado: la cara inalcanzable, por supuesto, los ojos que no lo miraban también quemados; el cuello, el cuero cabelludo, el tórax, los glúteos quemados, los brazos, la espalda que no acariciaría, quemada.

El polvo químico del extintor sólo empeoró el estado de sus heridas. En el hospital la indujeron al coma para que no muriera de dolor. A los tres días ya había sido operada tres veces para restablecer la circulación obstruida por las escaras, principalmente en los brazos y en el tórax.

Pero Gallina se había quemado por jugar con su propio fuego. Sólo una mano, pero no aguantó el dolor y se fue a un hospital ese mismo día. Fue fácil seguir la pista del hombre con la mano quemada. No fue a trabajar ese día: del hospital corrió a los brazos de su



María María Acha-Kutschner, *Indignadas*, 2012-2015.

madre. La policía lo capturó en su casa, pero aunque trató de negarlo y hacerse la víctima no tenía ni siquiera una coartada. En las imágenes se le ve con la mano vendada junto a la policía. Le dictaron nueve meses de prisión preventiva por intento de feminicidio. En su confesión lastimera, sólo se quebraba cuando hablaba de su madre. En ese momento todo Perú lo escuchó decir que sólo había querido quemarle la cara, pero que el bus se movió. Intentaba disminuir su pena. Y rogó al cielo que Eyvi no muriera para ahorrarse unos años de calabozo.



Cortesía de la artista

Ese mismo día la noticia corrió veloz por las redes sociales. Cada día un hombre agrede en Perú a una mujer que quiere poseer, cada dos o tres días la mata, todos los días la viola y le pega, pero por su brutalidad, por su violencia extrema, el caso de Eyvi conmocionó a toda la sociedad, los medios hicieron una cobertura exhaustiva durante los 38 días que estuvo ingresada en el hospital y el movimiento feminista la convirtió en símbolo de su lucha contra la violencia de género.

Las mujeres quemadas son una obsesión del patriarcado. "Yo no lo he querido nunca, yo

no puedo decir que he estado con mi marido porque lo quería. Yo le tenía pánico, yo le tenía miedo, yo le tenía horror." Así contaba la española Ana Orantes ante una cámara la pesadilla de haber soportado durante cuarenta años los brutales maltratos de José Parejo y así nos abría los ojos para que dejemos de una vez de confundir el amor con el horror. Trece días después, su esposo acudió a la vivienda, la golpeó, la maniató, la arrastró hasta el jardín y allí la asesinó rociándola con gasolina y prendiéndole fuego.

El caso de Orantes marcó un precedente en España porque fue una de las primeras veces en que una mujer contó públicamente lo que había estado pasando detrás de la puerta y lo hizo nada menos que en la televisión. Contarlo le costó la vida en 1997. El escarmiento fue el fuego. Hasta ahora, las historias de mujeres quemadas con fuego, con ácido, con la plancha caliente, con agua hirviendo, solían llegar de los interiores de las casas en las que sus parejas llevaban mucho tiempo haciéndoles daño. Para asomarnos al horror, el horror definitivo tenía que haber ocurrido. Pero traspasó esa puerta. El año pasado, un grupo de mujeres quemadas con ácido por sus parejas participaron en un desfile de moda para denunciar la crudeza de la violencia de género en India. La mayoría tenía el rostro desfigurado. En el Perú decenas de mujeres han sido quemadas en los últimos años por hombres que decían quererlas. A una de ellas su pareja le echó la olla de ají de gallina hirviendo. Un plato que había cocinado ella.

Pero con Eyvi quemada, el horror salió definitivamente del hogar, de las cocinas, de las habitaciones y se desplazó a las calles, al espacio público. El asesino por esta vez no era el marido o el exmarido, era un tipo cualquie-

ra, un acosador. Treinta y ocho días después del ataque, Eyvi había sido sometida a una docena de intervenciones para revitalizar su piel a través de injertos. Pero como la piel, la primera barrera inmunológica de un ser humano, estaba semidestruida no pudieron evitar que un microorganismo entrara en su cuerpo. Eso dijo su médico a los medios. La primera vez pudieron combatirlo, dos y hasta tres veces, pero la última ya no, porque los bichos se volvieron resistentes a los tratamientos. Por esa razón, Eyvi tuvo una falla multiorgánica y murió el sábado 1° de junio; las puertas del hospital se llenaron de flores y velas. El presidente Martín Vizcarra no tuvo mejor idea que lamentar el hecho señalando que eran “designios de la vida que debíamos aceptar”. Sufrió un escrache de inmediato. Ni siquiera el presidente estaba a la altura. Una gran cantidad de gente opinó que el asesino era un perturbado y que había un problema de salud mental generalizado en nuestro país. Se entendía como locura, psicopatía, no como machismo. Mientras, las feministas llamaban a las cosas por su nombre: *violencia de género*, y exigían que se declarara el estado de emergencia nacional “porque nos están matando”.

En Perú el sistema de justicia parece esforzarse por disuadir a las mujeres de denunciar. La impunidad es una horrenda costumbre nacional, pero algunas veces se nos revelan las tramas de los hombres en el poder y cómo sus decisiones afectan a las mujeres. Muy pocas veces eso merece una condena. Por eso en las últimas manifestaciones feministas en Perú el gran reclamo ha sido la demanda urgente de una justicia no patriarcal, que escuche a las mujeres, que ayude a construir una cultura del respeto y de la no violencia hacia ellas. Aún

en nuestro país las mujeres son vistas como botines sexuales y monedas de cambio. Aún miles de mujeres indígenas víctimas de las esterilizaciones forzadas de la dictadura de Alberto Fujimori esperan justicia. También todas las chicas violadas durante el conflicto armado. Pero ni siquiera cuando la violencia contra una mujer ha sido explícita y la hemos visto todos en su más dolorosa crudeza significa eso necesariamente un castigo justo para el victimario. Perú es uno de los países más peligrosos del mundo para ser mujer. Según la OEA, es el segundo país, después de Bolivia, con la tasa más alta de violaciones en la región. Por eso se acuñó el eslogan “Perú, país de violadores”. Y ya contamos 118 feminicidios en lo que va de 2019.

Los misóginos creen que hay mujeres que deben ser castigadas por decir que no, porque ellos son buenos y atentos, porque un día les regalaron peluches gigantes en la vía pública y ellas los rechazaron; piensan que ellas deben ser condenadas por ser bellas, porque es una belleza que provoca y se les niega, por no estar a su alcance y disponibilidad. Sus mentes destrozadas por el patriarcado los llevan a cometer juicios delirantes, a reivindicar y aplaudir los más escalofriantes actos contra las mujeres, hombres frustrados que deciden vengarse cometiendo actos de terrorismo machista, como Hualpa, la gallina que quemaba mujeres.

¿Por qué quemarlas? Las quema para castigar la vida, su dermis inabarcable. La piel de una mujer le recuerda a un hombre gris su impotencia, la imposibilidad de controlarla por completo, su existencia marchita, su fracaso como patriarca, como fornicador, como amo, como proveedor y por eso tiene que quemarla, para borrar esa belleza, esa vitalidad

TOMAMOS LAS CALLES



Julia Stomal, *Tomamos las calles*, 2019. Cortesía de la artista

del mundo. Y lo hace en una vanidosa representación escénica para el resto de hombres; la sacrifica y así se siente menos gallina y más esa clase de hombre que quería ser. Ante el mundo, el pirómano de mujeres sella así su compromiso con la superioridad masculina y manda un mensaje de amenaza y sumisión a las mujeres. Las quema también para dejar una huella, para marcarlas, para rubricar su firma en la cara y en el cuerpo de una mujer, como un guasón al que sólo consuela convertir a la “amada” en un monstruo para paliar su propia monstruosidad espiritual.

La defensa de Hualpa intentó cambiar la tipificación del delito, de feminicidio a “lesiones graves con subsecuente muerte”, para conseguir una condena más benigna, pero no lo logró. La presión social hizo su trabajo y los

jueces también. Fue condenado a 35 años de cárcel por feminicidio agravado, una pena más severa que la que pedía la Fiscalía. Todos los días Gallina ora por el perdón de Dios y recibe cartas de fans¹. U

¹ De todo lo que hizo este criminal tampoco tiene la culpa ninguna de las personas que se apellidan Hualpa o Huallpa en Perú, un lugar en el que se suelen estigmatizar especialmente los apellidos de origen andino, una herencia sin duda colonial. En este artículo se usa la traducción de ese apellido sólo para construir una metáfora que sirva para explicar mejor las características del personaje, en ningún caso en tanto andinodescendiente sino en tanto hijo sano del machismo. Por cierto, amamos mucho a las gallinas y las consideramos más valientes en muchos sentidos que los gallos.

Una versión de este texto está incluida en VV. AA., *Crímenes en Lima*, Librerías Crisol, Lima, 2019. Se reproduce con autorización.



Ana Segovia, *Summer Wine*, 2019. Cortesía de la Galería Karen Huber y de la artista



PEDAGOGÍAS DE LA CRUELDAD

EL MANDATO DE LA MASCULINIDAD (FRAGMENTOS)

Rita Segato

Llamo *pedagogías de la crueldad* a todos los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas. En ese sentido, estas pedagogías enseñan algo que va mucho más allá del matar, enseñan a matar de una muerte desritualizada, de una muerte que deja apenas residuos en el lugar del difunto. La trata y la explotación sexual practicadas en estos días son los más perfectos ejemplos y, al mismo tiempo, alegorías de lo que quiero decir con pedagogías de la crueldad. Es posible que eso explique el hecho de que toda empresa extractivista que se establece en los campos y pequeños pueblos de América Latina para producir *commodities* destinadas al mercado global, al instalarse trae consigo o es, inclusive, precedida por burdeles y el cuerpo-cosa de las mujeres que allí se ofrecen.

El ataque y la explotación sexuales de las mujeres son hoy actos de rapiña y consumición del cuerpo que constituyen el lenguaje más preciso con que la cosificación de la vida se expresa. Sus deyectos no van a cementerios, van a basurales.

La repetición de la violencia produce un efecto de normalización de un paisaje de la crueldad y, con esto, promueve en la gente los bajos umbrales de empatía indispensables para la empresa predatora. La crueldad habitual es directamente proporcional a formas de gozo narcisista y consumista, y al aislamiento de los ciudadanos mediante su desensibilización al sufrimiento de los otros.

[...]

Es imposible hoy abordar el problema de la violencia de género [...] como si fuera un tema separado de la situación de intemperie de la vida.

Naturalmente, las relaciones de género y el patriarcado juegan un papel relevante como escena prototípica de este tiempo. La masculinidad está más disponible para la crueldad porque la socialización y entrenamiento para la vida del sujeto que deberá cargar el fardo de la masculinidad lo obliga a desarrollar una afinidad significativa —en una escala de tiempo de gran profundidad histórica— entre masculinidad y guerra, entre masculinidad y crueldad, entre masculinidad y distanciamiento, entre masculinidad y baja empatía. Las mujeres somos empujadas al papel de objeto, disponible y desechable, ya que la organización corporativa de la masculinidad conduce a los hombres a la obediencia incondicional hacia sus pares —y también opresores—, y encuentra en aquéllas las víctimas a mano para dar paso a la cadena ejemplarizante de mandos y expropiaciones.

En este sentido, es muy importante no “guetificar” la cuestión de género. Esto quiere decir, no considerarla nunca fuera del contexto más amplio, no verla exclusivamente como una cuestión de la relación entre hombres y mujeres, sino como el modo en que esas relaciones se producen en el contexto de sus circunstancias históricas. No guetificar la violencia de género también quiere decir que su carácter enigmático se esfuma y la violencia deja de ser un misterio cuando ella se ilumina desde la actualidad del mundo en que vivimos.

El hombre campesino-indígena a lo largo de la historia colonial de nuestro continente, así como el de las masas urbanas de trabajadores precarizados, se ven emasculados

como efecto de su subordinación a la regla del blanco, el primero, y del patrón, el segundo —patrón blanco o blanqueado de nuestras costas—. Ambos se redimen de esta emasculación, de esta vulneración de su condición social, laboral, incompatible con las exigencias de su género mediante la violencia. Ante el avance de la *pedagogía de las cosas*, como también podríamos llamarle a la pedagogía de la crueldad, el hombre indígena se transforma en el colonizador dentro de casa, y el hombre de la masa urbana se convierte en el patrón dentro de casa. En otras palabras, el hombre del hogar indígena-campesino se convierte en el representante de la presión colonizadora y despojadora puertas adentro, y el hombre de las masas trabajadoras y de los empleos precarios se convierte en el agente de la presión productivista, competitiva y operadora del descarte puertas adentro.

A esto se le agrega la expansión de los escenarios de las nuevas formas de la guerra en América Latina, con la proliferación del control mafioso de la economía, la política y de amplios sectores de la sociedad. La regla violenta de las pandillas, maras, sicariatos y todos los tipos de corporaciones armadas que actúan en una esfera de control de la vida que he caracterizado como *paraestatal*, atraviesa e interviene el ámbito de los vínculos domésticos de género, introduce el orden violento circundante dentro de casa. Es imposible hoy abordar el problema de la violencia de género y la letalidad en aumento de las mujeres como si fuera un tema separado de la situación de intemperie de la vida, con la suspensión de las normativas que dan previsibilidad y amparo a las gentes dentro de una gramática compartida.

[...]

LA ESTRUCTURA ELEMENTAL DE LA VIOLENCIA

El tema central de *Las estructuras [elementales de la violencia]*¹ es entonces la inserción del agresor en el cruce de dos ejes de interlocución. En uno de ellos él dialoga, mediante su enunciado violento, con su víctima, a quien pune, disciplina y conduce a la posición subyugada, feminizándola. Aquí es revivido, revisitado, el arcaísmo al que me referí hace un momento. Como argumento en aquel libro, los testimonios recogidos en la cárcel sugieren que el violador es un sujeto moralista y puritano, que ve en su víctima el desvío moral que lo convoca. De modo que su acto en relación con la víctima es una represalia. El hombre que responde y obedece al mandato de masculinidad se instala en el pedestal de la ley y se atribuye el derecho de punir a la mujer a quien atribuye desacato o desvío moral. Por eso afirmo que el violador es un moralizador.

Por acción del mismo gesto, el agresor exige de ese cuerpo subordinado un tributo que fluye hacia él y que construye su masculinidad, porque comprueba su potencia en su capacidad de extorsionar y usurpar autonomía del cuerpo sometido. El estatus masculino depende de la capacidad de exhibir esa potencia, donde masculinidad y potencia son sinónimos. Entreveradas, intercambiables, contaminándose mutuamente, seis son los tipos de potencia que he conseguido identificar: sexual, bélica, política, económica, intelectual y moral —ésta última, la del juez, la del legislador y también la del violador—. Esas po-

tencias tienen que ser construidas, probadas y exhibidas, espectacularizadas y además se alimentan de un tributo, de una exacción, de un impuesto que se retira de la posición femenina, cuyo ícono es el cuerpo de la mujer, bajo la forma del miedo femenino, de la obediencia femenina, del servicio femenino y de la seducción que el poder ejerce sobre la subjetividad femenina.

En esto hay una economía simbólica que se reproduce y puede ser observada, tanto en la historia de la especie, como también en el día a



Ana Segovia, *Retrato de Juan Allan*, 2019. Cortesía de la Galería Karen Huber y de la artista

¹ Este libro es producto del trabajo de Rita Segato en una penitenciaría de Brasilia, en donde, junto con equipos de estudiantes, escuchó a presos sentenciados, acusados de violación. El libro salió después de diez años de reflexión en torno a esas pláticas y a la violencia de género. [N. de la E.]



Ana Segovia, *Jorge Negrete's Cock*, 2017. Cortesía de la Galería Karen Huber y de la artista

día de la vida cotidiana. En ese punto mi tesis se diferencia de María Lugones, quien afirma, junto con algunas otras autoras, que el patriarcado es una invención colonial. Yo creo, en cambio, especialmente por la universalidad —en el sentido de extensa distribución planetaria— del mito adánico y del mito psicoanalítico, que el patriarcado se ha cristalizado en la especie con mucha anterioridad y a lo largo del tiempo; pero también creo que es histórico porque necesita del relato mítico, de la narrativa, para justificarse y legitimarse. Si el patriarcado fuese de orden natural, no necesitaría narrar sus fundamentos.

Podemos establecer, entonces, que la violación gira en torno a dos ejes que se retroalimentan. Uno, que he graficado como eje vertical, de la relación del agresor con su víctima, es el eje por el que fluye el tributo. La acción a lo largo de ese eje *vertical* espectaculariza la potencia y capacidad de crueldad del agresor. El

otro eje es el que he llamado *horizontal*, porque responde a la relación entre pares miembros de la fratria masculina y la necesidad de dar cuentas al otro, al cofrade, al cómplice, de que se es potente para encontrar en la mirada de ese otro el reconocimiento de haber cumplido con la exigencia del mandato de masculinidad: ser capaz de un acto de dominación, de vandalismo, de “tumbarse una mina”, de contar que se desafió un peligro; en fin, esos delitos pequeños que hacen a la formación de un *hombre*, a partir de la doctrina del *mandato de masculinidad*. Esa “formación” del hombre, que lo conduce a una estructura de la personalidad de tipo psicopático —en el sentido de instalar una capacidad vincular muy limitada— está fuertemente asociada y fácilmente se transpone a la formación militar: mostrar y demostrar que se tiene “la piel gruesa”, encallecida, desensibilizada, que se ha sido capaz de abolir dentro de sí la vulnerabilidad que llamamos *compasión* y, por lo tanto, que se es capaz de cometer actos crueles con muy baja sensibilidad a sus efectos. Todo esto forma parte de la historia de la masculinidad, que es también la historia viva del soldado.

El grupo de pares o cofrades constituye, en términos sociológicos, una corporación. Los dos trazos idiosincráticos del grupo de asociados que constituye una corporación son:

1. La fidelidad a la corporación y a sus miembros es, en un sentido axiológico, su valor central, inapelable y dominante sobre todos los otros valores, es decir que cancela cualquier lealtad u obediencia a otro valor que se coloque en conflicto con su égida y los intereses asociativos que protege (es por eso que tiendo a no utilizar la expresión *sororidad* para los vínculos entre mujeres. Me resisto al trazo corporativo que la noción de *sororidad* po-

dría imponer a nuestra manera de relacionarnos); y 2. La corporación es internamente jerárquica. Esas dos características me llevan a afirmar que la primera víctima del mandato de masculinidad son los mismos hombres, que hay una violencia de género que es intragénero —hoy hablamos de *bullying*—, y que la violencia contra las mujeres se deriva de la violencia entre hombres, de las formas de coacción que sufren para que no se esquiven —a riesgo de perder su título de participación en el estatus masculino, confundido atávicamente con la propia participación en el estatus de la humanidad— de la lealtad a la corporación, a su mandato, a su estructura jerárquica, a su repertorio de exigencias y probaciones, y a la emulación de una modelización de lo masculino encarnada por sus miembros paradigmáticos. Esto lleva a pensar que los hombres deben entrar en las luchas contra el patriarcado, pero que no deben hacerlo *por nosotras* y para protegernos del sufrimiento que la violencia de género nos inflige, sino *por ellos mismos, para liberarse del mandato de la masculinidad*, que los lleva a la muerte prematura en muchos casos y a una dolorosa secuencia de probaciones de por vida. Fue en Buenaventura, en la Costa Pacífica colombiana, donde bandas paramilitares al servicio del capital inmobiliario, con el encargo de limpiar el territorio habitado durante más de un siglo por poblaciones afrodescendientes, han masacrado comunidades y han tratado con crueldad inconcebible y ejemplarizante el cuerpo de sus mujeres, que recibí la siguiente pregunta: ¿Cómo se acaba con esta guerra? —Una guerra que no puede ser detenida por acuerdos de paz—. Nunca lo había pensado. Dónde está la raíz de una guerra como ésta, sin forma definida, sin reglas, sin tratados humanitarios: la guerra del ca-

pital desquiciado, obedeciendo solamente al imperio de la dueñidad concentradora. Pensé, muy sorprendida, qué podría contestar. Y solamente una idea que hasta hoy me estimula y me ilusiona vino en mi auxilio: *desmontando el mandato de masculinidad*. Más tarde se me ocurrió, y todavía lo pienso, que desmontar el mandato de masculinidad no es otra cosa que desmontar el mandato de dueñidad. U

El texto ha sido tomado de Rita Segato, *Contra-pedagogías de la crueldad*, Prometeo Libros, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2018, pp. 11-14 y 44-47. El libro es una transcripción editada de tres clases impartidas por Segato en la Facultad Libre de Rosario durante los días 25, 26 y 27 de agosto de 2016. Se reproduce con autorización.



Ana Segovia, *Idle*, 2019. Cortesía de la Galería Karen Huber y de la artista

Palabras de las mujeres zapatistas en la clausura del primer encuentro internacional, político, artístico, deportivo y cultural de mujeres que luchan en el caracol zapatista de la zona tzotz choj

10 de marzo de 2018

Pues tal vez llegamos más mujeres zapatistas y así podríamos abrazarlas a todas y cada una y poder decirles en personal lo que ahora les decimos en colectivo.

Vendríamos seis mujeres zapatistas para cada una de ustedes: una *pi-chita* (que así les decimos a las que acaban de nacer), una niña, una joven, una adulta, una anciana y una finada.

Todas mujeres, todas indígenas, todas pobres, todas zapatistas que te abracen fuerte, porque es el único regalo que podemos darte de vuelta.

Pero como quiera haz de cuenta, hermana y compañera, que esto que estamos diciendo aquí, te lo está diciendo una mujer zapatista mientras te da un abrazo y te dice al oído, en tu lengua, en tu modo, en tu tiempo:

“No te rindas, no te vendas, no claudiques”.

Que así, con estas palabras es que te decimos

“Gracias hermana. Gracias compañera”.

Hermanas y compañeras:

Ese día 8 de marzo, al final de nuestra participación, encendimos una pequeña luz cada una de nosotras.

La encendimos con una vela para que tarde, porque con cerillo rápido se acaba y con encendedor pues qué tal que se descompone.

Esa pequeña luz es para ti.

Llévala, hermana y compañera.

Cuando te sientas sola.

Cuando tengas miedo.

Cuando sientas que es muy dura la lucha, o sea la vida, préndela de nuevo en tu corazón, en tu pensamiento, en tus tripas.

Y no te la quedes, compañera y hermana.

Llévala a las desaparecidas.

Llévala a las asesinadas.

Llévala a las presas.

Llévala a las violadas.

Llévala a las golpeadas.

Llévala a las acosadas.



Llévala a las violentadas de todas las formas.

Llévala a las migrantes.

Llévala a las explotadas.

Llévala a las muertas.

Llévala y dile a todas y cada una de ellas que no está sola, que vas a luchar por ellas.

Que vas a luchar por la verdad y la justicia que merece su dolor.

Que vas a luchar porque el dolor que cargan no se vuelva a repetir en otra mujer en cualquier mundo.

Llévala y conviértela en rabia, en coraje, en decisión.

Llévala y júntala con otras luces.

Llévala y, tal vez, luego llegue a tu pensamiento que no habrá ni verdad, ni justicia, ni libertad en el sistema capitalista patriarcal.

Entonces tal vez nos vamos a volver a ver para prenderle fuego al sistema.

Y tal vez vas a estar junto a nosotras cuidando que nadie apague ese fuego hasta que no queden más que cenizas.

Y entonces, hermana y compañera, ese día que será noche, tal vez podremos decir contigo:

“Bueno, pues ahora sí vamos a empezar a construir el mundo que merecemos y necesitamos”.

Y entonces sí, tal vez, entenderemos que empieza la verdadera chinga y que ahorita, como quien dice, que estamos practicando, entrenando pues, para ya estar sabedoras de lo más importante que se necesita.

Y eso que se necesita es que nunca más ninguna mujer, del mundo que sea, del color que sea, del tamaño que sea, de la edad que sea, de la lengua que sea, de la cultura que sea, tenga miedo.

Porque acá sabemos bien que cuando se dice “¡ya basta!” es que apenas empieza el camino y que siempre falta lo que falta.

Fragmentos tomados de *Enlace Zapatista*, <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/10/palabras-de-las-mujeres-zapatistas-en-la-clausura-del-primer-encuentro-internacional/>



MUJERES INDÍGENAS, FIESTA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Yásnaya Elena A. Gil

Para Elena Vasquez:
Amuum tu'uk joojt, tuké'y, japom japom, ejtp.

De acuerdo con una antigua descripción del antropólogo estadounidense Ralph Beals, en Ayutla, un pequeño pueblo mixe en la Sierra Norte de Oaxaca, a principios del siglo xx, era necesario haber hecho las funciones de mayordomo al menos dos veces antes de convertirse en presidente municipal. Las mayordomías implicaban, más allá de sus motivaciones religiosas, la organización de la fiesta en torno de la cual se cohesionaba la comunidad. Hasta estos días, durante la organización y el transcurso de una fiesta comunitaria se despliega una red de personas y estrategias que actualizan el entramado social. La abundante bibliografía antropológica y etnográfica sobre las fiestas de muchas comunidades indígenas da cuenta de lo evidente: la fiesta más allá del mero acto festivo sostiene la unidad de la comunidad y pone en escena los resortes y las estructuras de las que está hecha. A finales del siglo xx, Floriberto Díaz, un antropólogo y luchador social mixe, describió la fiesta como uno de los pilares de la *comunalidad*, un concepto que describe las estructuras sociopolíticas de muchos pueblos de la Sierra Norte de Oaxaca. La importancia de una fiesta va más allá de los pueblos indígenas porque una fiesta, incluso en los ámbitos más urbanos/liberales/individualistas, necesita siempre de una comunidad, al menos de una comunidad momentánea de personas que han sido invitadas por quien la organiza. Incluso en contextos muy individualistas la

Hablando con otras mujeres indígenas de este continente o leyéndolas, me percaté de que muchas tenemos un acercamiento no siempre cómodo al feminismo.

fiesta sigue siendo la reafirmación de lo colectivo. Ante esta evidencia, la cineasta zapoteca Luna Marán y la politóloga mixe Tajëew Díaz Robles, con quienes he formado un pequeño círculo de conversación sobre estos temas, concluimos lo evidente: fiesta es resistencia (#FiestaEsResistencia).

El rol de mayordomo, orquestador principal de una fiesta comunitaria, era por definición un rol masculino que posibilitaba, como describe Ralph Beals, la entrada a funciones como la de convertirse en presidente municipal en Ayutla. El reconocimiento social se otorgaba al varón que fungía como mayordomo y, por extensión, el prestigio de haber organizado una buena fiesta cubría a su esposa y a su familia. Las mujeres siempre hemos tenido un papel fundamental en la organización de una fiesta, la compleja estructura de una cocina comunal que alimenta a toda la congregación festiva es elocuente: hay mujeres expertas que pueden calcular de manera apropiada la proporción de todos los ingredientes en grandes cantidades y que dictan la dinámica y el ritmo de trabajo de las demás personas, hombres y mujeres, que se involucran en la preparación de los alimentos y las bebidas. Pero ellas no podían ser mayordomas y por tanto tampoco podrían ocupar la posición de presidentas municipales.

Muchos años después, en 2007 Ayutla se convirtió en el primer pueblo de la Sierra y de la Región Mixe en elegir, mediante su propio sistema normativo, a una mujer como presidenta municipal. Desde entonces, se ha elegido a otras dos mujeres para esta función en

una dinámica ajena a los dictados de equidad de género de la reforma constitucional de 2015; éstos pretenden garantizar los derechos electorales de las mujeres indígenas que viven en municipios. Se eligen por un sistema normativo propio, también conocido como “usos y costumbres”, en el que la asamblea comunitaria es el órgano máximo de decisión. Pero el número de mujeres que han sido elegidas como presidentas municipales es sólo un índice. Algo cambió drásticamente en nuestra estructura comunitaria que permitió la participación política de las mujeres mixes de Ayutla. El cabildo municipal se elige mediante la asamblea general; para la elección del presidente y quienes integran el ayuntamiento no existen partidos políticos, que poseen una planilla, ni se hacen campañas previas. Las elecciones obedecen a un sistema de cargos complejo en el que cada función —desde hacer labores de menor responsabilidad hasta el cargo en la presidencia municipal o en la alcaldía— se presta durante un año sin cobrar salario alguno. Tener un cargo no es algo que se busque activamente pues supone un gran desgaste económico y anímico. Las personas que han hecho un buen papel en cargos menores pueden ser consideradas, mediante argumentos que se presentan ante la asamblea, para cargos de mayor importancia. El hecho de que en 2007 —antes de las políticas de paridad de género para los cabildos municipales dictadas desde el Estado— la asamblea de mi comunidad haya elegido a una mujer como presidenta municipal entraña todo un proceso comunitario que implicó que previamente las mujeres pudiéramos tener derecho a ser posesionarias de tierra comunal, a asistir a las asambleas, a tener voz en ella, a votar y a ser votadas; en otras pala-

bras, a ser incluidas en el sistema de cargos y cumplir funciones básicas de menor responsabilidad. Es un proceso que se gestó durante décadas. Antes de 2007 se desarrolló una historia compleja que se decantó en ese nombramiento tan significativo para nosotras. Sin embargo, si el logro es importante, lo es más el proceso.

El proceso de mi comunidad, como el de muchas mujeres indígenas en el mundo, se ha mantenido alejado de lo que hoy llamamos feminismo. No es que haya una contraposición consciente, pero sí una relación compleja con la palabra y el movimiento feminista. Las mujeres que con su trabajo comunal fueron abriendo espacios para las demás no se

adscribieron a ninguna de las olas del feminismo, ni participaron de sus reclamos, ni leyeron sus principales postulados ni supieron de su existencia. Estas mujeres establecieron un contacto cauto con mujeres feministas de organizaciones no gubernamentales que, una vez hecha la elección de la primera presidenta municipal, se acercaron con curiosidad o con prejuicios.

Hablando con otras mujeres indígenas de este continente o leyéndolas, me percaté de que muchas tenemos un acercamiento no siempre cómodo al feminismo. Algunas, como las feministas comunitarias de Bolivia, postulan que toda actividad encaminada a mejorar la vida de las mujeres puede llamarse fe-



Yolanda Pacheco Morelos asume el cargo como Presidenta Municipal de San Pedro y San Pablo Ayutla, 05/03/2018. Fotografía de Mario Arturo Martínez / El Universal



Koral Carballo, *La noche de la virgen*, 2018

minismo; otras, como la escritora kaqchikel Aura Cumes, hacen un cuestionamiento profundo a las prácticas colonialistas del feminismo occidental, mientras que la politóloga k'iche' Gladys Tzul explica cómo la expresión "feminismo blanco" es un pleonasma. ¿Cuáles son las implicaciones políticas de que las mujeres indígenas nos enunciemos feministas? ¿A qué proceso nos adscribimos las mujeres indígenas al nombrarnos *feministas*? En el mundo de los feminismos parece crearse

sobre todo en el feminismo, se explica en ese ambiente complejo, imbricado. La existencia de feminismos que no toman en cuenta las prácticas colonialistas que se reproducen hacia las mujeres indígenas nos lleva a preguntarnos si un movimiento de mujeres en específico, el feminismo, debería pretender incluir a los demás movimientos o si más bien, podemos reconocer que es un movimiento más en el mundo de la lucha de las mujeres. La direccionalidad de la inclusión me parece tam-

No podemos enmarcar la lucha de las mujeres sin considerar el ambiente imbricado en donde se mezclan el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo.

también un nicho para el feminismo llamado *interseccional* o para el feminismo que abandonan las mujeres racializadas. Este nicho creado para los "otros feminismos" me parece que puede ser una trampa. Como apunta Aura Cumes el establecimiento del orden colonial racializó el género desde entonces de manera que, si ya existía una relación de opresión contra las mujeres blancas, el colonialismo les genera un pacto racial con hombres blancos; este pacto que enuncia Cumes no debe obviarse nunca. Todas las mujeres, también las mujeres blancas/occidentales, hemos quedado racializadas. Si una mujer se piensa como no racializada es porque quedó racializada en la categoría privilegiada. Una lectura densa de la realidad nos indica que no podemos enmarcar la lucha de las mujeres sin considerar el ambiente imbricado en donde se mezclan el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo creando un mundo en el que, a estas alturas, son inseparables. Más que constituir secciones separadas que después se intersecan, toda acción de las mujeres organizadas,

bién preocupante en ciertos discursos porque no se discute si son nuestros términos en mixe, zapoteco o quechua los que deben incluir al feminismo. Quienes ponen en la mesa el discurso de la inclusión evidencian que tienen el poder de incluir. En este contexto, enunciarse feminista, así sin mayores adjetivos, como mujeres indígenas, nos pone en una situación incómoda pues evidencia los problemas que plantea un mundo en el que parece obviarse la relación colonial en la lucha contra el patriarcado.

En este contexto, los símbolos, los objetivos, los anhelos de las mujeres indígenas serán distintos y responderán a su propio proceso e historia. En un momento del siglo XX, la carretera llegó a mi comunidad, que se convirtió así en un centro aún más importante de comercio y punto de reunión de las comunidades de la región mixe. En otro momento, ser mayordomo dejó de ser un requisito para convertirse en presidente municipal. En esa nueva coyuntura, la función que tenía a las mujeres lejos de la posibilidad de encabezar

una mayordomía les confirió otras posibilidades. La elaboración y venta de alimentos, una de las actividades principales de las mujeres, se convirtió en un medio para alcanzar otros anhelos. Mi tía bisabuela Juliana entonces le propuso a su marido que pidiera una mayordomía, como ella siempre había deseado; su marido se negó argumentando los altos costos de un cargo de esa magnitud. Pero ahora ella misma podía hacerlo porque tenía los recursos de la venta de comida tradicional. Así lo hizo, pidió el cargo, le preguntaron si esta-

dentro de las familias. Hace un año, las mujeres asumieron labores de seguridad pública, como topiles, y aun con los muchos retos que implica todavía nuestra participación política comunitaria me impresionó verlas protegiendo la fiesta de la comunidad. De la titularidad de una fiesta como la mayordomía, las mujeres de mi comunidad se han abierto espacios en la vida comunitaria mediada por anhelos que hierven junto a la comida y junto a esa habilidad de alimentar a los demás.

Con el tiempo han sido nombradas en cargos que incluyen la impartición de justicia tradicional y han podido influir en labores de seguridad y de castigo a la violencia de género que se vive dentro de las familias.

ba segura de poder asumirlo y respondió que sí. Mi abuela recordaba que fue una de las mejores mayordomías a las que ella haya asistido: una mujer por primera vez era la titular, la mayordoma. Con el tiempo, esa capacidad relacionada con la preparación de la comida y sus rituales, asociada al fogón, a la *escuela de la leña*, como le llaman las mujeres mayores, las fue llevando a conquistar más espacios, de modo que si podían ser mayordomas, podían entonces participar en las asambleas, y si podían ir, tenían voz y votaban como viacerlo a las mujeres desde mi infancia.

Tradicionalmente han sido los hombres los titulares de los cargos de gobierno tradicional en el ayuntamiento, pero con el paso del tiempo la asamblea con la presencia de las mujeres las ha reconocido y nombrado aun cuando están casadas. Con el tiempo han sido nombradas en cargos que incluyen la impartición de justicia tradicional y han podido influir en labores de seguridad y de castigo a la violencia de género que se vive

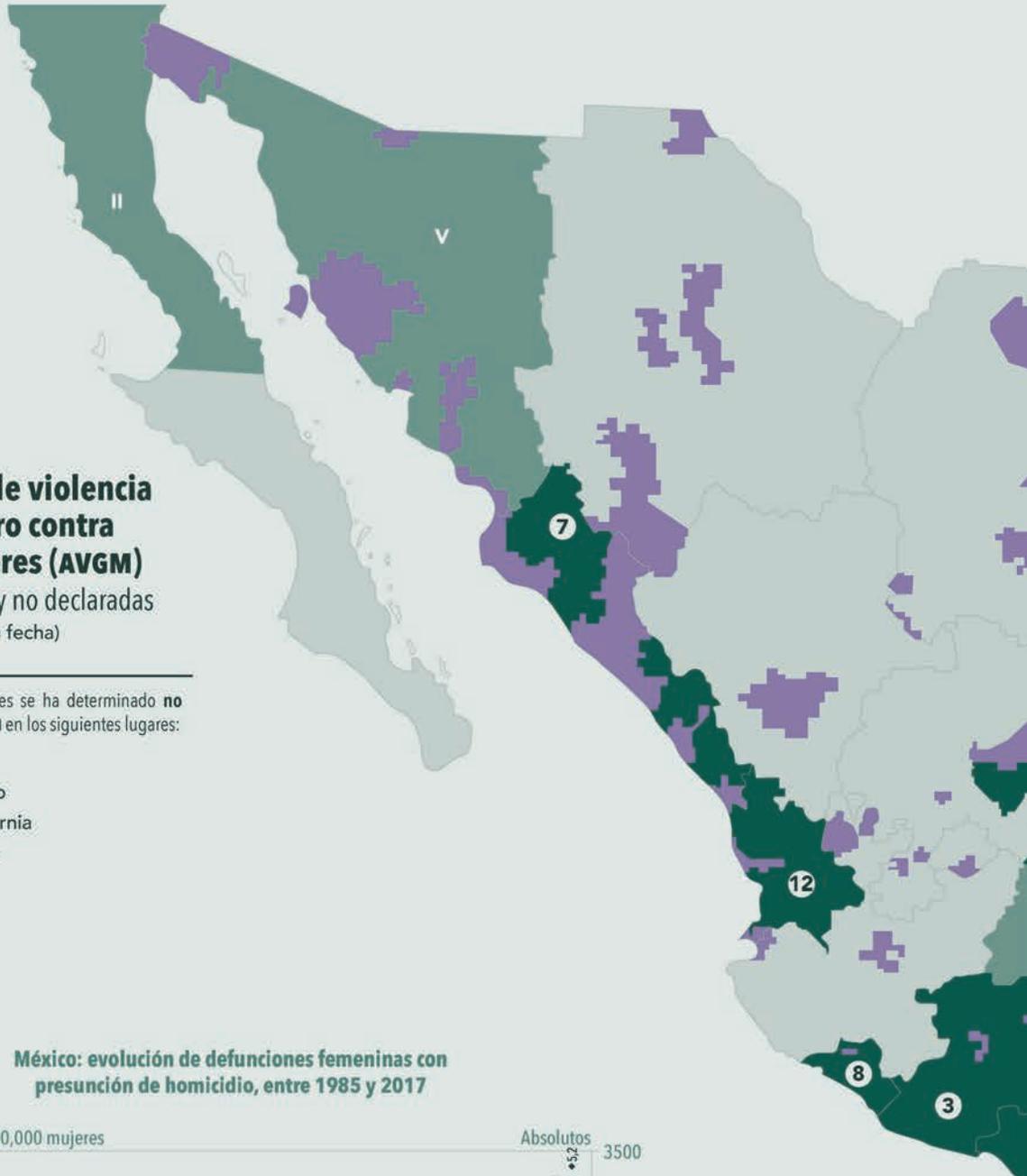
En un intercambio de experiencias con mujeres feministas, algunas mujeres mayores de mi comunidad no entendían a cabalidad por qué en ciertos discursos las labores de la cocina se veían como un espacio de opresión cuando la preparación y la venta de alimentos les habían conferido a ellas espacios de decisión que antes estaban vedados en la organización política de nuestra comunidad. En otro congreso, una funcionaria federal que se enunciaba feminista nos arengó a las mujeres indígenas ahí reunidas sobre la importancia de participar en algo que llamó "la política de verdad" y no esa política menor que se lleva a cabo en nuestras comunidades tan de usos y costumbres. Estos ruidos comunicativos entorpecen los espacios en los que sea posible establecer un diálogo más equilibrado que evite el tono condescendiente con el que se nos pretende incluir a las mujeres indígenas en un feminismo que muchas veces parece no escucharnos. **U**



Proceso electoral federal en San Bartolomé Quialana, 2018. Fotografía de Mario Arturo Martínez / El Universal



Mujeres topiles, San Pedro y San Pablo Ayutla. Fotografía de Mario Arturo Martínez / El Universal



Alertas de violencia de género contra las mujeres (AVGM) solicitadas y no declaradas (del 2015 a la fecha)

En siete ocasiones se ha determinado **no declarar la AVGM** en los siguientes lugares:

- I Guanajuato
- II Baja California
- III Querétaro
- IV Puebla
- V Sonora
- VI Tabasco
- VII Tlaxcala

México: evolución de defunciones femeninas con presunción de homicidio, entre 1985 y 2017



Total de defunciones femeninas con presunción de homicidio entre 1985-2017: **55,791** y 2011-2017: **18,961**

Alertas de violencia de género contra las mujeres declaradas

- 1 Estado de México | Declarada el 31 de julio de 2015 en 11 municipios.
- 2 Morelos | Declarada el 10 de agosto de 2015 en 8 municipios.
- 3 Michoacán | Declarada el 27 de junio de 2016 en 14 municipios.
- 4 Chiapas | Declarada el 18 de noviembre de 2016 en 7 municipios.
- 5 Nuevo León | Declarada el 18 de noviembre de 2016 en 5 municipios.

6 Veracruz | Declarada el 13 de diciembre de 2017 en todo el estado por transgresión de los principios de igualdad y no discriminación con algún ordenamiento jurídico vigente o con una política pública. Se declaró el 13 de diciembre de 2017 por agravio comparado a los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

- 7 Sinaloa | Declarada el 31 de marzo de 2017 en 5 municipios.
- 8 Colima | Declarada el 20 de junio de 2017 en 5 municipios.
- 9 San Luis Potosí | Declarada el 21 de junio de 2017 en 6 municipios.
- 10 Guerrero | Declarada el 22 de junio de 2017 en 8 municipios.
- 11 Quintana Roo | Declarada el 7 de julio de 2017 en 3 municipios.
- 12 Nayarit | Declarada el 4 de agosto de 2017 en 7 municipios.

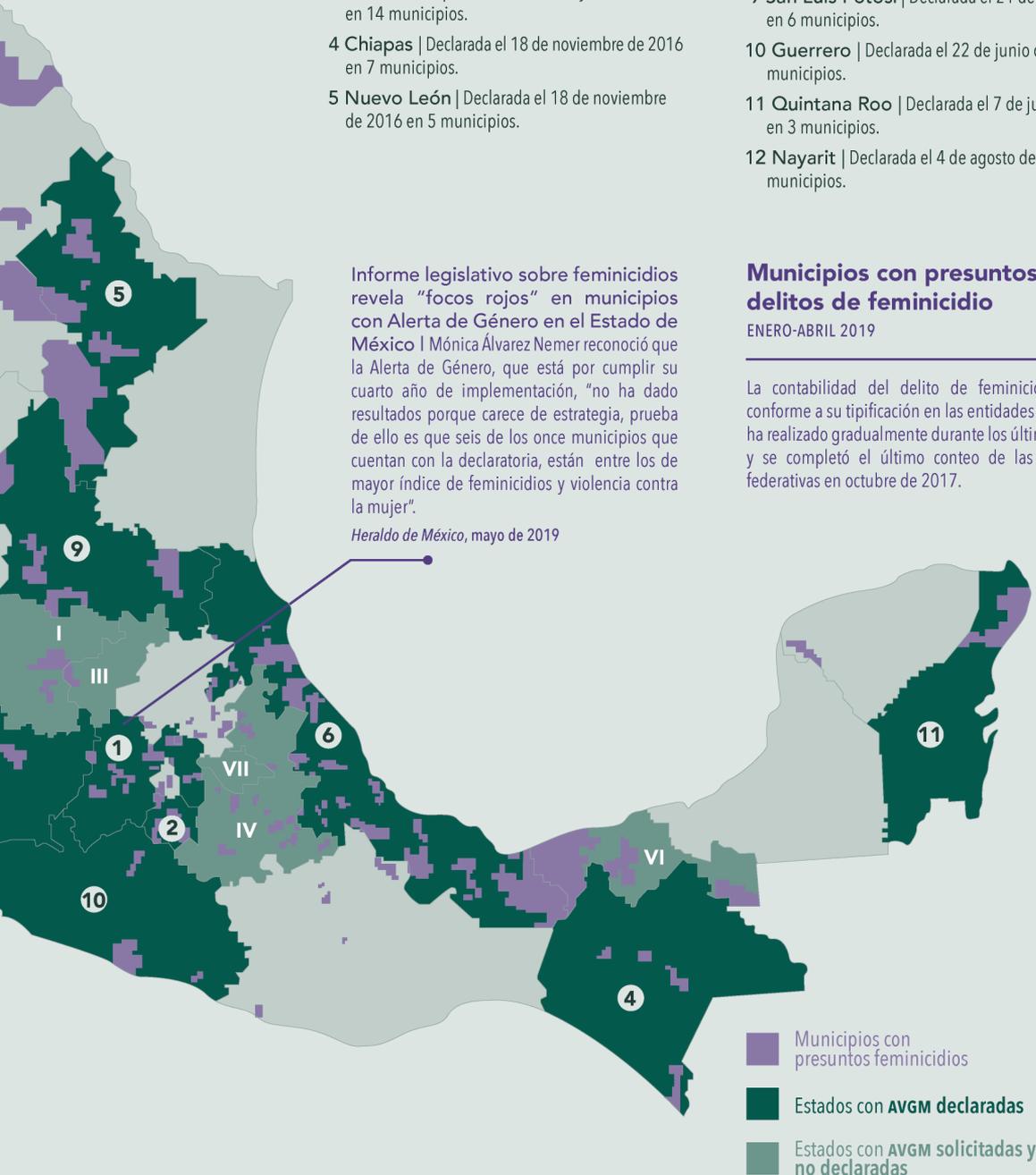
Informe legislativo sobre feminicidios revela "focos rojos" en municipios con Alerta de Género en el Estado de México | Mónica Álvarez Nemer reconoció que la Alerta de Género, que está por cumplir su cuarto año de implementación, "no ha dado resultados porque carece de estrategia, prueba de ello es que seis de los once municipios que cuentan con la declaratoria, están entre los de mayor índice de feminicidios y violencia contra la mujer".

Heraldo de México, mayo de 2019

Municipios con presuntos delitos de feminicidio

ENERO-ABRIL 2019

La contabilidad del delito de feminicidio se realiza conforme a su tipificación en las entidades federativas. Se ha realizado gradualmente durante los últimos siete años, y se completó el último conteo de las 32 entidades federativas en octubre de 2017.



Fuente: ONU Mujeres a partir de INEGI, Estadísticas vitales de mortalidad, CONAPO, Conciliación de la población de México 1970-2015 (1985-2015), y Proyecciones de la población de México 2016-2050 (2016-2017)

Diseño: Diana Muñoz

El feminismo compañero de las feministas compañeras

Claudia Korol

Hay un feminismo autónomo. Hay un feminismo institucional. Hay un feminismo académico. Hay un feminismo decolonial. Hay un feminismo del sur. Hay un feminismo comunitario. Hay un feminismo negro. Hay un feminismo campesino. Hay un feminismo popular.

Hay muchos modos de feminismos, y hay feminismos que son de muchos modos. Modos y no modas, los feminismos atraviesan el siglo xx, arrancando del siglo xix y proyectándose hacia el siglo xxi y seguramente más allá de él... Revolucionándose, cuestionándose, haciendo nuevas prácticas que a su vez saltan las tranqueras ideológicas dogmatizadas y burlan a las burocracias que administran las teorías.

Los feminismos no son el reverso del machismo. En cualquiera de sus versiones, están promoviendo emancipaciones y no opresiones. Los feminismos no son modos de intervención política fundados en la violencia. Son experiencias de solidaridad, buscando liberarse/liberarnos de las muchas violencias que sufrimos.

Hay muchos feminismos que nos reconocemos en variadas prácticas. De estos y otros posibles feminismos, yo elijo al feminismo compañero de las feministas compañeras. Elijo esas maneras de ser feministas que tienen como signo de identidad principal el acompañar. Se llaman socorristas. Se llaman mujeres de la campaña contra las violencias, de mujeres que luchan por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito, contra las redes de prostitución y trata, contra los pedófilos y los abusadores.

Se trata de las feministas compañeras que no hacen del individualismo posmoderno una moda, sino que se buscan y nos buscamos para sabernos cerca. Que nos encontramos en muchas esquinas, y nos reconocemos en el modo de abrazarnos. Las feministas compañeras que andamos los barrios, los juzgados, las plazas, las casas, los comedores populares, los piquetes, las huertas, los campos, las cárceles, las comisarías, las radios,

los periódicos. Somos las que decimos y gritamos que no estamos solas. Que si tocan a una nos tocan a todas. Somos el cuerpo del Ni Una Menos que se vino gestando en esta larga historia de más de un siglo.

Feministas compañeras. Las que nos llamamos cuando no sabemos cómo seguir andando con las heridas abiertas. Las que nos acompañamos cuando no sabemos cómo hacer la denuncia en comisarías donde lxs canas se ríen de nosotras, en juzgados indiferentes, en medios de comunicación que nos invisibilizan o estigmatizan. Feministas compañeras. Haciendo el aguante en las duras y en las maduras. Escrachando a los feminicidas. Inquietando a los machistas. Acusando a los pedófilos. Interpelando a los violentos que están en nuestros trabajos, universidades, movimientos, aunque se presenten en el mundo como los mismísimos hombres nuevos.

Audaces, valientes, tiernas, rabiosas, lúdicas, las feministas compañeras nos ayudaron alguna vez a salir del lugar de víctimas, para volvernos sujetas en la historia. Sujetas no sujetadas. Mujeres que recreamos la solidaridad, haciéndonos fuertes en el camino compartido.

Feministas compañeras, activistas, luchadoras populares. Mujeres siempre pero siempre al pie del cañón. Tendiendo la mano a todas y a todos quienes sufrimos distintas opresiones. Feministas libertarias, de abajo y a la izquierda. Cuerpos disidentes del heteropatriarcado, que se reinventan a sí mismos, en el amor, en la lucha, en el placer, en la libertad. Cuerpos territorios de la dignidad y de la rebeldía.

Feministas en bandadas disparando al patriarcado. Disidencias aladas, acompañando el vuelo.

Julio de 2015

Tomado de Edda Gaviola y Claudia Korol, *A nuestras amigas. Sobre la amistad política entre mujeres*, 2ª ed., Pensaré Cartoneras, Buenos Aires, 2018.



LINEA NIGRA FRAGMENTOS

Jazmina Barrera

La espera del embarazo es un frutero. Las aplicaciones te dicen cada semana a qué fruta se parece el feto conforme crece. Son extranjeras, no toman en cuenta la variedad de frutas que hay en México, los muchos tamaños diferentes que existen de mangos y aguacates. Alejandro dice que las mandarinas mexicanas son del tamaño de las naranjas chilenas y que las mandarinas chilenas son del tamaño de un limón mexicano. Además, lo que yo llamo *limón a secas* él lo llama *limón de pica*, y lo que él llama *limón a secas* yo lo llamo *limón amarillo*.

Fuimos hace algunos días a un ultrasonido y escuchamos su corazón. La enfermera dijo que latía muy fuerte. Es del tamaño de un arándano y gran parte de su cuerpo es un corazón que late. Está difícil no encariñarse con un ser del tamaño de un arándano que tiene un corazón, que es casi por completo un corazón que late fuerte.

Siempre me gustó el olor a pan, fantaseaba con un perfume llamado *Panadería*, pero ahora el tufo que escapa de la bolsa, la sola idea del pan con mermelada, me da unas náuseas espantosas. Le cuento a Alejandro y él me recomienda que escriba las cosas que me pasan para no olvidarlas después. No le dije que ya estoy escribiendo porque me parece un poco trillado esto de escribir un diario de embarazo. Es de hecho tan cliché que recomiendan hacerlo en el libro *What to Expect When You're Expecting*.

También estoy relejendo *Los argonautas*, de Maggie Nelson. Hoy leí esa parte donde dice que nadie habla lo suficiente de lo oscuro que puede ser el embarazo. Ella no tuvo un embarazo fácil: sentía mucho miedo y sufrió varios accidentes. Estuvo cerca de morir. Yo tampoco imaginaba que el embarazo tuviera momentos tan difíciles. Mi madre y mis amigas sólo me habían hablado de una transformación maravillosa, de lo increíble que fue el parto, y ahora resulta que tenían náuseas todo el tiempo y se sentían fatal. Hasta ahora me lo dicen. Claro que también hay alegría, muchísima, como cuando hablamos de nombres o cuando imagino su cara. Pero eso lo veía venir, lo esperaba; la oscuridad no.

Me cuesta lidiar con la idea de que media humanidad ha pasado por esto. Es lo más común del mundo y me parece tan distinto, incómodo y desconcertante.

La primera vez que la crítica reconoció a mi madre fue gracias a una serie de pinturas abstractas, de gran formato, cuyo tema central era el color rojo. Yo tenía tres o cuatro años. Pero justo en esa época de éxito decidí comenzar una nueva serie, un homenaje al suprematismo del pintor ruso Malévich, un conjunto de cuadros imposibles de fotografiar y de vender, un tratado sobre el negro y los límites del color. A lo largo de los años, en visitas a museos y exposiciones, mi madre me explicó cómo había que ver ciertos cuadros, por ejemplo los negros sobre negro de Rothko. Me enseñó la paciencia, la contemplación que se requiere para acostumbrar la mirada a ver el negro dentro del negro: los negros opacos, los negros brillantes, los negros rojos, morados y casi grises. Muchos años después de la

serie negra de mi madre, cuando en la adolescencia tuve clases de pintura, entendí la pericia que requiere distinguir, mezclar e igualar los tonos de negro, la dificultad de pintarlos como hacía ella, sin que se notara el trazo del pincel, para lograr esos negros mate absorbentes, el negro del vacío. Cuando pienso cómo se verá el mundo desde el útero, me acuerdo de esos cuadros de mi madre, de sus lecciones para ver en la oscuridad.

Regresé. Pasé días postrada por las náuseas, aferrada a mi cojín eléctrico o a la mano de Alejandro. Me convencí a mí misma de que era como estar en un crucero de tres meses y tener *mal de mar*. Tres meses es lo que dura el periodo de más náuseas. Quería tirarme por la borda y terminar con todo.

Hoy fui a comer con mi amiga U. y la escuché por un buen rato hablarme de lo maravillosas que eran las terapias alternativas que estaba probando para el dolor (acupuntura y flores de Bach). Mientras, yo pensaba en la bonadoxina con veneración. Llevo un día sin náuseas, desde que empecé el tratamiento, y quiero escribirle una carta de gratitud a su inventor, decirle que me salvó la vida.

Todavía no terminamos de arreglar el departamento. El embarazo puso patas para arriba muchos de nuestros planes. Por ejemplo: el casi estudio. Compramos un escritorio y una silla y los instalamos en el cuarto junto al nuestro. Mandamos poner el módem y el teléfono ahí. Pero ahora necesitamos un cuarto para el bebé. Tenemos que sacar de ahí todos esos cables y no sabemos qué hacer con el escritorio, no sabemos dónde vamos a escribir.

De haber sabido que estaba embarazada no habría cargado todas esas cajas en la mudanza. Con razón me sentía cansadísima, como fumigada.

Internet está lleno de historias sobre las dificultades para embarazarse. Tengo varias amigas que llevan mucho tiempo intentándolo sin éxito. Había leído en todos lados que, después de un periodo largo tomando pastillas anticonceptivas, al cuerpo le toma alrededor de un año ajustarse. Las dejé de tomar pensando que me iba a embarazar al menos un año después. Ese año estaba en el plan, en el orden de las cosas. Me embaracé un mes después de dejar las pastillas.

Hace varios meses pedí una beca para escribir durante un año y acabo de saber que me la dieron. No me salen los signos de exclamación. No sé si estoy más feliz o aterrada. ¿A qué hora con un bebé recién nacido voy a sentarme a escribir de no sé qué? Ya no me acuerdo bien ni de qué iba el proyecto.

El libro lo llama *sensación de irrealidad*. Mi panza es sólo un poco más grande, muy poco. Ha sido de este tamaño otras veces. Si no supiera que estoy embarazada, no podría imaginarlo. Creería que las náuseas y el cansancio son otra cosa, y que el retraso es por una irregularidad hormonal. He pensado en esa historia de Maupassant, "El Horla". El embarazo al principio se parece a un ser invisible que te chupa la energía y te hace sentir enferma. Cuando pienso en "El Horla" y en los vampiros recuerdo este dato: la leche materna es



Roser Bru, *Madre e hijo*, 2016. Cortesía de Agna Aquadé

sangre pasada por un filtro. Sangre que circuló por las venas y luego se convirtió en leche. Lo cuento y casi nadie lo sabe. Pero deben saberlo, todo el mundo debe saberlo.

Decidimos poner un escritorio en el comedor y otro en el cuartito de la azotea. No quería resolver por fin el *dónde* porque tengo miedo a pensar en el *cuándo*: ¿cuándo voy a escribir después del parto? ¿A qué hora? Claro que voy a seguir escribiendo, le dije a mi madre, cuando me preguntó si estaba dispuesta a abandonar mis proyectos durante los dos años siguientes. Claro que voy a seguir escribiendo, al menos mientras siga tomando bonadolina.

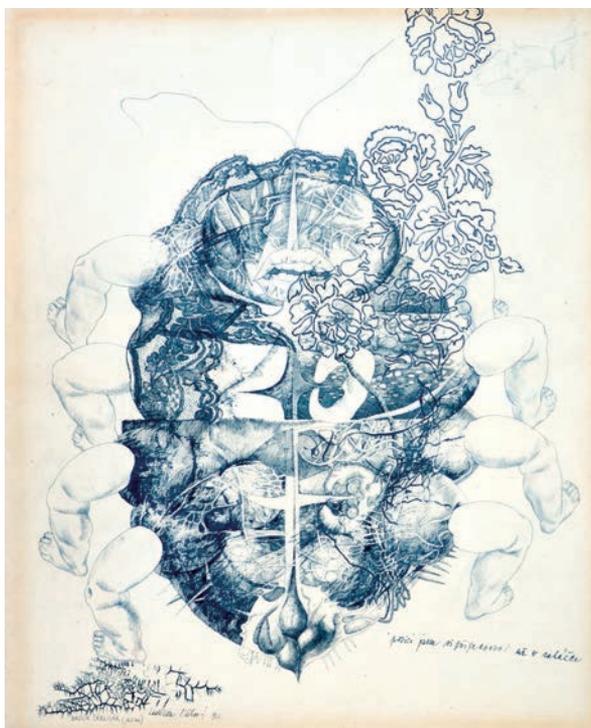
Acabo de leer "El tercer bebé es el más fácil", de Shirley Jackson. Una mujer se dirige al hospital para tener a su tercer hijo. El trayecto y el proceso del parto es largo, confuso, complicado y doloroso, a pesar de que la gente a su alrededor insiste en que "simplemente va a tener un hijo" y en que "el tercer hijo es el más fácil". Mi parte favorita es cuando llega al hospital y la recepcionista le hace una serie de preguntas tediosas que ella tiene que responder entre contracciones. Cuando la mujer le pregunta su ocupación, Jackson responde "escritora". La recepcionista le dice: "voy a anotar ama de casa". Jackson insiste, a pesar del dolor, en aclarar que su ocupación es la de "escritora", y la mujer reitera que va a anotar "ama de casa".

Estoy leyendo sobre Ritta-Cristina, las famosas siamesas que vivieron sólo cinco meses. Compartían una vagina y dos piernas pero cada una tenía su propia cabeza. Todavía no siento los movimientos de la manzana (una manzana verde, según A.), pero sé que hay una parte de mi cuerpo que no soy yo, que se mueve por voluntad propia y tiene sus propios genes. Una parte de mí que mueve manos y piernas y boca y tiene uñas, pero se alimenta de lo mismo que yo, va a donde voy yo y depende de mí para existir.

Tengo sueño todo el tiempo, me siento como anestesiada, como si estuviera aquí sin estarlo. Quizá porque una porción de mí está construyendo a alguien más, o porque una porción de mí es, en este momento, alguien más. Es todo muy confuso, pero lo que quería escribir es esto: el embarazo es una historia de *Doppelgängers*.

El significado de mi apellido, *Barrera*, es muy duro. Limitante, aburrido, cacofónico. *Zambra* quiere decir fiesta y ruido. También es el nombre de un barquito. Una pareja de amigos fue la primera en la ciudad en ponerle el apellido de la madre a su hijo, pero su apellido es sugerente, tiene mucho carácter: Prudencio. Todos los niños deberían llevar el apellido de su madre salvo en los casos en que el apellido de la madre sea *Barrera*.

A propósito de fiestas, leí sobre Niki de Saint Phalle, que en 1966 instaló en un museo de Estocolmo la escultura gigante de una mujer recostada: *Hon* (Ella). Los espectadores podían acceder al interior de la escultura, pintada con colores vivos, a través de la vagina. Adentro había una exposición de pinturas fal-



Naděžda Plíšková, *Beatle - the jealous*, 1966. Cortesía de Karolína Kračková Neprašová

Frankenstein es una historia sobre la creación de vida, acerca de un hombre que más que jugar a dios juega a ser mujer.

sas, un bar de leche en el seno derecho, y un planetario en el seno izquierdo. Niki la llamó "Una fiesta", "el regreso al vientre materno".

Sin ningún propósito en particular, paso mucho tiempo tratando de traducir y entender una frase de Megan O'Rourke que dice aproximadamente esto: "La madre está más allá de cualquier noción de comienzo. Eso es lo que la hace una madre: no puedes comenzar la historia". No, no dice eso. Lo voy a seguir intentando.

Ayer soñé que abortaba. Veía la sangre y gritaba. En la vigilia no me da tanto miedo abortar porque el feto es todavía muy chico: sólo unas pocas células. Es muy pronto para emocionarme.

Pensé: todo lo que escriba en estos meses, todo lo que haga, pero principalmente todo lo que escriba, lo escribimos los dos juntos. Tan juntos como se puede estar: uno en el centro de la otra.

Ayer soñé que estaba más embarazada. De unos ocho meses. Iba a hacerme un ultrasonido, el mismo que me van a hacer el jueves, y en la imagen, en tercera dimensión, muy clara, aparecía un niño. De pronto el niño era mayor y estaba afuera de mí. Tenía el cabello ondulado y un overol sobre una camisa roja. Sonreía. No se parecía a ninguno de los dos pero era hermosísimo. Siempre pensé que preferiría tener una niña, porque niña fui, a las niñas las entiendo. Los niños en cambio me

parecen un misterio. Sigo pensando que tener un niño debe ser muy difícil, pero ahora me emociona. Quiero un hijo como ese que soñé.

Busco lecturas para el embarazo como si fueran guías de viaje. Libros de consejos, de psicoanálisis, novelas, poemas o ensayos de embarazadas. Me cuesta trabajo encontrar literatura. Una amiga me contó de Mary Shelley, que estaba embarazada mientras escribía *Frankenstein*. Era evidente, y sin embargo todas las veces que leí la novela no lo había visto: *Frankenstein* es una historia sobre la creación de vida, acerca de un hombre que más que jugar a dios juega a ser mujer.

La feminista Mary Wollstonecraft murió cuando estaba dando a luz a Mary Shelley. Mary Shelley tuvo cuatro hijos y tres de ellos murieron, también Clara, la niña que esperaba mientras escribía la novela. Es razonable que la maternidad fuera para ella, al menos en parte, un relato de terror. Pienso en el pasaje en *Frankenstein* en el que cobra vida el monstruo y trata de matar a su creador, ese fragmento terrorífico que es como una pesadilla de posparto.

Al doctor Frankenstein le tomó dos años fabricar a su monstruo con retazos de cadáveres y fragmentos de animales. Dos años suena más razonable: nueve meses para crear un ser humano entero me parecen un santiamén. Los embarazos deberían durar tres o cinco años y ser menos radicales, más paulatinos. Y no lo digo por esa condición biológica que hace que los humanos nazcan mucho más indefensos que la mayoría de los mamí-

feros, que al nacer ya pueden caminar y casi valerse por sí mismos. Lo digo porque me parece una tarea titánica, sobrenatural, incomprendible y milagrosa. No entiendo cómo sucede tan rápido.

Tampoco me engaño. Sé que no soy yo la que lo está creando, son mi sangre y mis pulmones, la locura de los genes. Se siente como si alguien más estuviera usándome para fabricar otro ser humano, pero no soy yo, mis manos están fuera de mi vientre y no tengo idea, aunque leo que ya tiene pulmones y ojos y pelo, no sabría jamás explicar cómo se está haciendo. Todo suena tan improbable, como una alucinación o una historia fantástica.

Marlene Dumas tiene una pintura llamada *Imagen embarazada*. Es el retrato de una mujer de rodillas, con una blusa azul abierta y el resto del cuerpo desnudo. Los pezones grandes y oscuros y la panza enorme parecen de unos siete, quizás ocho meses de embarazo. Tardó varios años en pintarla, pero no se nota, porque los trazos parecen decididos, rápidos. La cara de la mujer es azul como la blusa, pero el cuerpo es color carne. Compuso la imagen a partir de distintas fotografías, entre ellas una de sí misma, cuando estaba embarazada de su hija Helena, en 1989, por eso parece que la cabeza no correspondiera con el cuerpo. Así se siente a veces estar embarazada, como si mi cabeza no correspondiera con mi cuerpo.

Alejandro está preocupado de que a *la guagua*, como él llama al bebé, no vayan a gustarle el jitomate ni la cebolla porque no los como mientras estoy embarazada. Nunca fui buena para comer. Hay demasiada comida que no me gus-

ta y odio la sensación de estar muy llena. Ahora tengo toda el hambre del mundo, el hambre que nunca tuve. Jamás me había sentido tan distinta de mí misma. Tanto de lo que asociaba con mi descripción, con mi narrativa personal, está cambiando. "Tu cuerpo no va a volver a ser el mismo", me dijo la ginecóloga, no recuerdo a propósito de qué, quizá sólo por mala onda.

Natalia Ginzburg tiene un ensayo a favor del aborto donde dice acerca del bebé en el útero que es "una forma sin voz ni ojos", "el proyecto remoto y pálido de una persona", "una individualidad concreta y real posibilidad viviente". Y sobre la decisión de dar vida a alguien o no: "Si nos ponemos a pensar en lo que puede deparar el destino, nos preguntamos si no sería sensato y justo no dar nunca la vida y elegir siempre la nada". Otra:

Amar la vida y creer en ella significa también amar su dolor; significa amar la época en la que hemos nacido y sus abismos de terror; y significa amar, del destino su oscuridad y su tremendo carácter imprevisible.

Nunca antes, como ahora, había estado tan a favor del aborto. Esta transformación tan brutal del cuerpo sólo debe suceder si la mujer está dispuesta, si lo desea fervorosamente. Nadie, nadie que no quiera pasar por esto, debería estar obligada a hacerlo. **U**

Linea nigra se publicará próximamente en Almadía. Se reproduce con autorización.



Marlene Dumas, *Pregnant Image*, 1988-1990 ©Marlene Dumas, colección privada



HABÍA UNA VEZ TRES MUJERES

Claudia Piñeiro

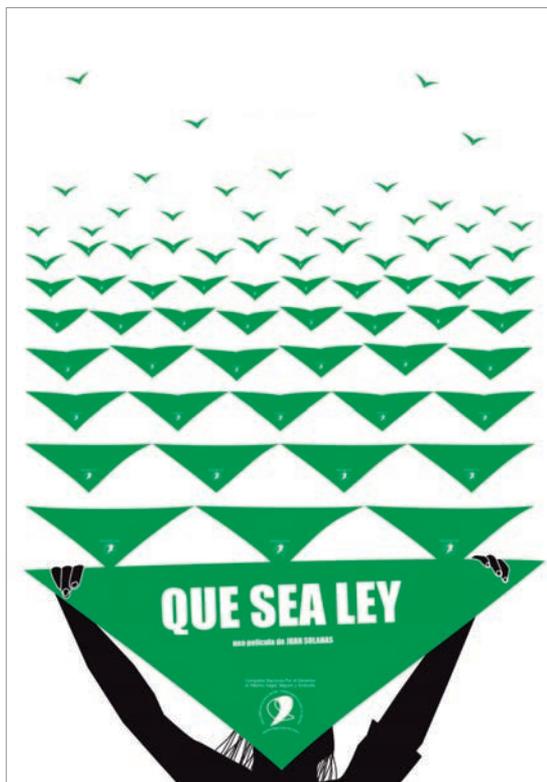
Había una vez una mujer llamada Ana María Acevedo. Era argentina, tenía diecinueve años. Vivía con sus padres, sus hijos y sus hermanos en Vera, una localidad a más de doscientos kilómetros de la capital de Santa Fe. La casa, una vivienda humilde construida con un plan del gobierno, estaba muy cerca del cementerio de su pueblo. Ana tenía tres hijos. El primero lo tuvo a los catorce años, producto de una violación. Para mantenerlos trabajaba limpiando casas de familia.

Un día cualquiera, Ana sintió un fuerte dolor de muelas. Fue a ver a un odontólogo al centro de salud que estaba cerca de su casa. El profesional que la atendió le sacó la muela y le dio antibióticos. Sin embargo, el dolor siguió y, con el correr de los días, empeoró. Ana volvió pero la derivaron a un hospital en la capital. Allí le diagnosticaron sarcoma maxilar, un tipo de cáncer que ataca huesos y músculos. Extirparon el tumor, aunque no lo pudieron quitar entero. Y le indicaron que se hiciera un tratamiento de quimioterapia y rayos en el servicio de oncología de otro hospital, también en la capital. Pocos días después, Ana viajó desde Vera para iniciar el tratamiento. Los médicos advirtieron que tenía un embarazo de dos semanas y se negaron a hacer la quimioterapia con el argumento de que podía ser perjudicial para el feto. Tampoco le hicieron rayos. La madre de Ana, Norma, ante el dolor insoportable que padecía su hija y la deformidad en que se había transformado su cara, exigió que le hicieran un aborto terapéutico con urgencia y empezaran, de inmediato, su cura. Pero los médicos, otra vez, se

negaron a hacerlo. Apenas le suministraron calmantes o morfina, aunque en dosis mínimas, para no perjudicar al feto. A las veintidós semanas nació una beba que murió veinticuatro horas después. A los ocho días del parto, Ana empezó a recibir quimioterapia, y le practicaron una traqueotomía. Dos semanas más tarde, murió. En la cama que ocupaba en el hospital había estampitas de la virgen de Guadalupe que le habían dejado las monjas que pasaban a rezar por ella. Ese nombre, Guadalupe, es el que le había puesto a la beba que la obligaron a tener. Hoy, los hijos de Ana son criados por sus abuelos.

Ningún médico ni autoridad del hospital fue condenado por la muerte de Ana Acevedo. El gobierno de Santa Fe pidió disculpas a la familia. Norma, la madre de Ana, habló en las audiencias legislativas cuando se debatió en Argentina la ley de aborto legal, seguro y gratuito, que finalmente no se aprobó. Ana Acevedo no necesitaba que hubiera sido aprobada esa ley para acceder a un aborto y así salvar su vida. Su caso ya estaba contemplado en una de las causales descritas por el código penal argentino desde 1921: "peligro de vida o de la salud de la madre que no se puede evitar de otro modo". Cuando en una junta médica se le preguntó al personal que intervino por qué siendo legal no se le ofreció a la paciente la posibilidad de abortar, la respuesta del jefe del servicio de oncología del hospital fue: "Por convenciones, cuestiones religiosas y culturales".

A Ana Acevedo se le negaron varios derechos que se suponen garantizados en una democracia: no tuvo ni salud ni libertad ni justicia. Su historia aparece en la película *Que sea ley* de Juan Solanas (2019), un documental que incluye testimonios de sus padres, sus hermanos y sus hijos.



Que sea ley, cartel del documental de Juan Solanas, 2019

Había una vez una niña llamada Lucía. Es argentina y, al momento de esta historia, tenía once años. En realidad, su nombre no era Lucía, pero la llamamos así para preservar su identidad. Su cuerpo era infantil y no llegaba a pesar cincuenta kilos. Vivía en Tucumán con su mamá, en una casa humilde con tres piezas de material y una casilla de machimbre.

Lucía fue violada reiteradas veces por su abuelastro. Quedó embarazada como resultado de esas violaciones. La niña no quiso seguir adelante con el embarazo. La madre pidió que se hiciera su voluntad, tal como prescribe la ley vigente. Pero la ley no se cumplió. El titular del Sistema de Salud de Tucumán les dijo, a madre e hija, que si Lucía abortaba iba a morir desangrada. Les prometió una casa si seguían adelante con el embarazo. También les dijo que, si no querían al bebé, él lo iba a criar. Y les advirtió que, sí o sí, debían espe-



Irana Douer, sin título, 2019

rar siete meses, porque el útero de Lucía tenía una enfermedad que no le permitía abortar, bajo riesgo de muerte. No especificó cuál era esa enfermedad.

Lucía estuvo semanas internada en el hospital a la espera de que se hiciera su voluntad, con cuadros de angustia profunda. Antes de eso, había sufrido autolesiones con intentos de suicidio. La cama estaba rodeada de sus juguetes, que la madre hizo traer desde su casa. La niña pedía el aborto con sus propias palabras: "Quiero que me saquen lo que el viejo me puso adentro". Se acostaba en posición fetal y le rogaba a la madre que le acariciara la cabeza hasta poder quedarse dormida. No permitía que ningún hombre se le acercara. Sin embargo, además de las enfermeras y las visitas familiares autorizadas, entraba todos los días un cura, varón y sin sotana, a rezar junto a ella. El cura iba dos veces, a la mañana y a la tarde. Le decía a Lu-

cía que ella tenía que querer a ese bebé, que Dios no quiere la muerte y le contaba la historia de la virgen de Guadalupe. Ella le gritaba que se fuera y él, en lugar de hacerlo, se acercaba y le hacía la señal de la cruz en la frente. En algunas oportunidades, la psicóloga no pudo ver a Lucía porque la madre se olvidó de anotarla en la lista de autorizados que le pedían cada mañana. El cura, en cambio, no estaba en esa lista pero entraba igual.

Finalmente, gracias a la intervención de la agrupación Ni Una Menos,¹ la madre de Lucía consiguió que se autorizara la interrupción voluntaria del embarazo. Las autoridades del hospital cambiaron la estrategia y, ahora, para impedir el aborto, comenzaron a demorar la práctica, con excusas diversas. Por ejemplo, pedían dos dadores de sangre; pero entonces, cuando la madre lograba dejar un rato a su hija, salía a conseguirlos y volvía con ellos, le pedían cuatro. El día anterior a la interrupción del embarazo, una médica le inyectó a Lucía algo que, según dijo, eran vitaminas para la anemia. Una enfermera, que vino por la tarde a darle la segunda dosis, confirmó que, en cambio, se trataba de medicación para que los pulmones del feto maduraran. Finalmente, con la autorización legal para que se le practicara el aborto, los profesionales del hospital se declararon todos "objeto de conciencia", negándose a hacerlo. Había pasado un mes desde que la niña manifestó su voluntad de interrumpir el embarazo que, a fuerza de dilaciones, llegó a veinticuatro semanas. Ante la situación inusual de que no había médicos que pudieran hacer valer la voluntad de Lucía

¹ "Ni Una Menos es un colectivo que reúne a un conjunto de voluntades feministas, pero también es un lema y un movimiento social". niunamenos.org.ar. [N. de la E.]

Miembros de grupos antiderechos, rodeaban el hospital pidiendo que no se realizara el aborto y exhibiendo carteles que decían: "Asesina".

en el hospital Eva Perón, le dijeron a su madre que tenía que llevársela a otro. Que juntara ya sus cosas, que un taxi la esperaba en la puerta. Gracias al asesoramiento de grupos feministas y de derechos humanos, la madre no aceptó firmar el alta de Lucía. Y esa noche vinieron dos médicos externos a hacer el aborto. José Gijena haría la práctica y su mujer, Cecilia Ousset, lo asistiría como instrumentista, porque no había en el hospital nadie dispuesto a acompañarlo. La niña, a esa altura, presentaba 17/12 de presión arterial, con riesgo de vida si continuaba con el embarazo. Finalmente, los médicos tuvieron que hacer una práctica con anestesia total por vía abdominal, porque por vía vaginal no se podían acercar. Lucía no permitía, siquiera, que le sacaran la ropa interior debido a los abusos sufridos. Miembros de grupos antiderechos, mientras tanto, rodeaban el hospital pidiendo que no se realizara el aborto y exhibiendo carteles que decían: "Asesina".

Lucía no murió desangrada. Los grupos antiderechos dicen que no fue aborto sino cesárea, que nació una beba de seiscientos gramos, que lograron bautizarla —¿con el consentimiento de quién?—, y que luego murió. Lucía tuvo que volver al hospital varias veces para revisiones posteriores. En la puerta, cuando tenía que entrar, sufría crisis nerviosas y se orinaba encima. Los médicos que practicaron el aborto legal recibieron y siguen recibiendo amenazas, maltratos y demandas judiciales. Los que no la atendieron en el hospital, no. El gobierno tucumano no cumplió con el código penal vigente ni con el protocolo para casos de violación. El arzobispo de Tucumán reveló la verdadera identidad de la niña. Lucía fue dada en custodia a su tío; su madre sigue pidiendo a la justicia que le devuelvan la guar-

da. En septiembre de 2019, organizaciones de derechos humanos, de la mujer, la niñez y la infancia denunciaron ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) los obstáculos que tuvo que padecer Lucía para acceder a la interrupción voluntaria del embarazo, y pidieron, ante ese organismo, que la Argentina reconociera el embarazo infantil forzado como tortura.

Había una vez una mujer llamaba Belén. Vivía en Tucumán con su familia, pero durante



Irana Douer, sin título, 2017

dos años y medio vivió en un penal en la Banda del Río Salí, cumpliendo una condena por un crimen que no cometió. De todos sus hermanos y hermanas, era la única que había terminado el colegio secundario. En el año 2014, cuando empieza esta historia, tenía 25 años.

Un día, Belén tuvo una hemorragia vaginal tan grande que le pidió a su madre que la acompañara al hospital Avellaneda de Tucumán. Hizo la fila para que le dieran un turno y la atendieran. Después de la revisión, los médicos de guardia le inyectaron un calmante y la dejaron arriba de una camilla. Belén empezó con contracciones abdominales y un mayor sangrado. Pidió ir al baño. Allí expulsó lo que creyó que era un coágulo. Regresó a la guardia. Estaba cursando un embarazo de cerca de veinte semanas, pero no lo sabía. Belén nunca volvió a su casa, fue directo a una prisión. No se sabe quién la denunció, pero un fiscal se presentó y la acusó de haber provocado su propio aborto en el baño de aquel hospital. Poco antes, personal médico le había preguntado dónde estaba el feto. Ella no sabía de qué le hablaban, pero dijo que cuando fue al baño le salió un coágulo. Un rato después, un enfermero le trajo “una cosita negra” dentro de una caja pequeña y le dijo, “acá está tu bebé, mirá lo que hiciste, hija de puta”. Belén no comprendió. Le explicaron: una enfermera había ido al baño, munida de guantes, había metido la mano en el inodoro y sacado lo que ahora le mostraban. La versión del personal del hospital fue que Belén parió un bebé de 32 semanas, le golpeó la cabeza hasta matarlo y lo tiró por el inodoro.

Belén fue condenada a ocho años de prisión por “homicidio doblemente agravado por el vínculo y por alevosía”, cuando en realidad sufrió un aborto espontáneo de un embarazo

que desconocía. Sus primeros abogados defensores la trataron como culpable desde el primer momento, y le dijeron que era mejor reconocerlo. Gracias a la intervención de organizaciones feministas, un tiempo después la fue a ver a la prisión otra abogada, Soledad Deza, que pertenece al grupo Católicas por el Derecho a Decidir. Deza no sólo la sacaría de la cárcel sino que, además, le enseñaría que no hay que tener miedo: ni a hablar ni a defenderse. El trabajo de Deza fue apuntalado con marchas de mujeres en todo el país que pedían la libertad de Belén. Los grupos feministas y de derechos humanos lograron que su caso llegara a los medios y se convirtiera en un escándalo judicial.

Dos años y medio después de comenzar a cumplir su condena, la Corte Suprema de Tucumán liberó a Belén. La justicia, por fin, pudo determinar que no hubo crimen alguno. Nada de lo que habían dicho los enfermeros era cierto. Cuando salió del penal, Belén y todas las mujeres que la esperaban para acompañarla llevaban cubierto el rostro con una máscara blanca con la leyenda: “Somos Belén”. Era un símbolo, pero también una herramienta para proteger su anonimato frente a los medios.

Después de salir de la cárcel, Belén sufrió ataques de pánico. No podía estar en la calle si no era acompañada por su mamá o sus hermanos. Tenía pesadillas en las que soñaba que estaba en prisión, rodeada de policías que observaban sus “partes íntimas”. Belén no quiso vivir más en su provincia, porque le traía malos recuerdos.

Su caso y su propio testimonio también forman parte de la película de Juan Solanas, *Que sea ley*. En estos días, aparecerá en Argentina el libro *Somos Belén*, de la escritora Ana Coire, con prólogo de Margaret Atwood.



Debate por la despenalización del aborto en el Congreso de Argentina, 10/04/2018, Fotografías emergentes. © BY-NC

¿Cuál es la situación del aborto en la Argentina? Uno podría responder que más tarde o más temprano el aborto será legal. Y lo será. En 2018 la cámara de diputados le dio media sanción al proyecto, pero los senadores lo rechazaron. Estuvimos cerca de lograrlo. En 2020 se volverá a presentar con grandes posibilidades de sanción gracias al recambio de legisladores. Las mujeres, los jóvenes, los grupos feministas y de derechos humanos saldremos, otra vez, a la calle para apoyar esta ley.

Sin embargo, debemos ser muy conscientes de que el problema es mucho mayor. Porque Ana, Lucía y Belén ya tenían una legislación que las protegía y esa protección, que debía proporcionarles el Estado, falló. En Argentina, pero también en toda Latinoaméri-

ca, cada vez es más difícil no sólo conseguir ampliación de derechos para las mujeres, sino que se respeten los que ya tenemos. Se oponen a ello las iglesias y otros grupos conservadores y patriarcales. Con leyes o sin leyes, hay quienes se sienten dueños del cuerpo de las mujeres y no están dispuestos a perder esa propiedad. Nosotras, con la ayuda de toda la sociedad, tenemos que demostrarles que el aborto es una cuestión de salud pública, que nada justifica que mueran mujeres en abortos clandestinos, y que somos las únicas dueñas de nuestro cuerpo.

Se lo debemos a todas las Ana, Lucía y Belén. Nos lo debemos a todas nosotras. **U**



POR UNA MATERNIDAD SUBROGADA COMPLETA

FRAGMENTOS

Sophie Lewis

Traducción de Edith Verónica Luna

Es sorprendente que dejemos a los fetos quedarse en nuestro interior. A diferencia de casi todos los animales, cientos de miles de humanos mueren cada año a causa de un embarazo y esto hace que los esfuerzos de las Naciones Unidas por detener la masacre en este milenio sean una burla. En Estados Unidos anualmente fallecen casi mil personas durante el alumbramiento y otras 65,000 "casi mueren". Este problema es social, no sólo "natural".

La situación es tal por razones políticas y económicas: nosotros hicimos que fuera así.

Sin duda la maternidad tiene sus satisfacciones; la natalidad es única. Por eso, aun cuando otros sufren profundamente su participación forzada en el embarazo, muchos de quienes quedan excluidos de la experiencia por distintas razones (ya sean cisgénero, transgénero o no binarios) se sienten profundamente despojados. Incluso así, y aun reconociendo por completo esta sensación de sublimidad que experimentan las personas durante la gestación, es notable que no haya un apoyo más concreto para la investigación cuya finalidad es solucionar el problema de la maternidad.

El "milagro" diario que acontece en el embarazo, la producción de esa cifra mayor que uno y menor que dos, recibe más falsas promesas idealizadas que respeto. En efecto, la creación de una nueva proto-persona en el útero es una maravilla en la que se han involucrado los artistas durante milenios (y los filósofos psicoanalíticos durante casi un

siglo). Muchos de nosotros no necesitamos que nos recuerden que somos, todos, el producto parpadeante, pensante y pulsante de un trabajo gestacional y sus secuelas igualmente laboriosas. No obstante, en 2017, una lectora y pensadora tan concisa como Maggie Nelson puede seguir afirmando casi incrédulamente, pero con un caso sólido que la respalda, que la escritura filosófica acerca de lo que realmente es el acto de la gestación constituye una ausencia en la cultura.

Lo que más me fascina acerca del tema es la morbilidad del embarazo, las poco discutidas formas en las que, biofísicamente hablando, la gestación es un negocio inescrupulosamente destructivo. La mecánica básica, de acuerdo con la bióloga evolutiva Suzanne Sadedin, ha evolucionado en nuestra especie de tal manera que sólo puede describirse como una abominable casualidad. Los investigadores han descubierto (en experimentos en los que colocan células placentarias en cadáveres de ratones) que las células activas del embarazo “destruyen” (a menos de que se contenga su agresividad) todos los tejidos que tocan. Kathy Acker no citó estos estudios cuando subrayó que padecer cáncer era semejante a tener un bebé, pero estaba canalizando estos descubrimientos inconscientemente [...].

Los genes activos en el desarrollo embrionario también están implicados en el cáncer y no es la única razón por la que en el embarazo del *Homo sapiens* (en palabras de Sadedin) se comete una especie de “masacre” biológica. El tipo específico funcionalmente raro de placenta con el que tenemos que trabajar (placenta hemocorial) es lo que determina que la entidad, que Chikako Takeshita llama “el madrefoeto”, se desgarre a sí misma en el in-



Sophia Pinheiro, de la serie *MÁTRIA*, 2019.
Cortesía de la artista

terior.¹ En lugar de sólo interactuar con la biología del gestante a través de un filtro limitado o conformarse con ofrecer secreciones libremente, esta placenta “digiere” todo a su paso en camino a las arterias de su anfitrión, garantizando el acceso pleno a la mayoría de los tejidos. Sadedin explica que los mamíferos cuyas placentas no “rompen las paredes del útero” pueden abortar sencillamente o reabsorber a los fetos no deseados en cualquier etapa del embarazo. Para ellos, “la vida sigue casi con la misma normalidad durante el embarazo”.² Por el contrario, un humano *no puede* arrancar una placenta en caso de cambiar de opinión (o, por ejemplo, por una sequía repentina o el inicio de una guerra) sin el riesgo de una he-

¹ Chikako Takeshita, “From Mother/Fetus to Holobiont(s): A Material Feminist Ontology of the Pregnant Body”, *Catalyst: Feminism, Theory, Technoscience* 3: 1, 2017.

² Suzanne Sadedin, “Why Pregnancy is a Biological War Between Mother and Baby”, *Aeon*, 4 de agosto de 2014, aeon.co.



Sophia Pinheiro, de la serie *MÁTRIA*, 2019. Cortesía de la artista

morragia mortal. Nuestro embrión crece enormemente y paraliza al sistema arterial mayor que lo alimenta mientras que eleva, al mismo tiempo y a nivel hormonal, la presión sanguínea y el suministro de azúcar. Un estudio de 2018 reveló que el trastorno por estrés post-traumático posnatal afecta al menos al tres o cuatro por ciento de las dadoras de vida en Reino Unido (es probable que el porcentaje en Estados Unidos sea mucho mayor, en especial entre mujeres negras).³

No hay duda de por qué los filósofos han cuestionado si los gestantes son personas.⁴ Parece imposible que una sociedad permita que ocurran cosas tan siniestras de forma ha-

bitual a entidades con personalidad jurídica. Dada la biología de la placentación hemocorial, el hecho de que muchas de quienes tenemos úteros "viables" caminemos por ahí en un estado de implantabilidad física (sin píldora, ni DIU) debe ser visto por derecho como la cosa más extraordinaria. Sin duda, en muchas partes del mundo ha sido relativamente sencillo detener la gestación *justo al principio del proceso* sólo porque se presentó un aborto común y corriente (que incluso pasó inadvertido), o porque el gestante ha tenido acceso a abortivos (gracias a un amigo o amiga informado). En 2008, Aliza Shvarts se autoinseminó con espermatozoides frescos y luego se practicó un "autoaborto", una y otra vez, ingiriendo píldoras, cada mes durante nueve meses, a modo de proyecto artístico.⁵ Tengo curiosidad de saber cómo fue ese perverso experimento de iniciar y detener la labor. Los verdaderos pensamientos no defensivos de Shvarts al respecto quedaron, por desgracia, destruidos por un muro de lamentaciones de la derecha. No es de sorprender, dado que uno esperaría sentirse bien después de ser liberado de un trabajo continuo que no está dispuesto a hacer, que en general la experiencia de finiquito produzca sentimientos de alivio y de haber recibido cuidados. Como lo demuestra Erica Millar en *Happy Abortions*, las emociones negativas constantes son extremadamente escasas en lo que respecta a practicarse un aborto.⁶

SOLUCIÓN GESTACIONAL

Desde hace mucho tiempo, el embarazo ya se ha "tecnosolucionado" sustancialmente para

³ BBC News, "Post-Natal PTSD: 'I Relived Childbirth Over and Over Again'", 28 de noviembre de 2018. Acerca del trauma del nacimiento: Linda Villorosa, "Why America's Black Mothers and Babies are in a Life or Death Crisis", *New York Times*, abril de 2018.

⁴ Susan Bordo, *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body*, University of California Press, Berkeley, 1993.

⁵ Ana Grahovac, "Aliza Shvarts's Art of Aborting: Queer Conceptions and Resistance to Reproductive Futurism", *MAMSIE* 5: 2, 1-19.

⁶ Erica Millar, *Happy Abortions: Our Bodies in the Era of Choice*, Zed Books, Londres, 2017, p. 4.

aquellas personas cuyas vidas realmente “importan”. En el capitalismo y el imperialismo, la gestación segura (o al menos respaldada médicamente) por lo general ha sido un privilegio de las clases altas. A lo largo de la historia, la atención médica de primera que los ricos han podido costear durante la gestación de sus hijos ha sido complementada en fechas recientes con una “tecnología” que absorbe el 100 por ciento del daño desde el punto de vista del consumidor: la labor humana de un “vientre gestacional subrogado”. La maternidad subrogada, tal como lo reportan los medios de comunicación, comenzó a tener auge a nivel global en 2011. Aproximadamente en 2016 la industria comenzó a sufrir una serie de contratiempos: Tailandia y Nepal prohibieron la maternidad subrogada por completo en el futuro próximo; otros grandes núcleos (India, Camboya y México) legislaron en contra de todas sus formas, excepto los acuerdos de maternidad subrogada “altruista” para pa-

reas heterosexuales. Aun así, sigue habiendo “clínicas para tratar la infertilidad”, privadas y con fines de lucro en todos los continentes, que enlistan vientres subrogados disponibles para alquiler, los cuales permanecerán, según dicen, genéticamente alejados por completo de los bebés que los usuarios se lleven al final del proceso. Pero, tal como lo predijeron los comentaristas más sagaces, las prohibiciones a la maternidad subrogada no la detienen sino que, por el contrario, fomentan el comercio de bebés, provocando que las trabajadoras gestacionales estén más vulnerables que nunca.⁷

La prohibición de la maternidad subrogada desplaza, aísla y criminaliza a las trabajadoras gestacionales orillándolas a moverse en la clandestinidad y, a menudo, a mudarse a tie-

⁷ Carolin Schurr, “‘Trafficked’ into a Better Future? Mexico Two Years after the Surrogacy Ban”, *HSG Focus* magazine, Universität St. Gallen, enero de 2018.



Sophia Pinheiro, de la serie *MÁTRIA*, 2019. Cortesía de la artista

Quizá jamás vea (o desee ver) a mi producto vivo: ¿acaso no estoy fundamentando, aun así, un lazo con el mundo a través de ese nacimiento?

rras extranjeras, donde se arriesgan a que se les enjuicie junto con sus jefes y agentes negociadores, lejos de sus redes de apoyo. En julio de 2018 treinta y tres camboyanas embarazadas fueron detenidas y acusadas en Nom Pen, junto con sus jefes chinos por "delitos relacionados con la trata de personas".⁸

Por otro lado, un especialista en infertilidad que vive en Bombay comenzó a reunir trabajadoras kenianas para que fueran vientres subrogados inmediatamente después de que la Suprema Corte de India se declarara en contra de la maternidad subrogada comercial y para beneficio de las personas homosexuales. Por medio de la fertilización *in vitro*, el especialista implanta en las kenianas embriones de sus clientes homosexuales. Ya embarazadas, estas trabajadoras vuelan de regreso a Nairobi tras 24 semanas de monitoreo en India. Los bebés nacen en hospitales designados en Nairobi, donde los clientes pueden recogerlos. El médico asegura que no ha violado la ley india, porque no ha interactuado con clientes homosexuales dentro de ese territorio: lo único que ha hecho, técnicamente, es ofrecer la fertilización *in vitro* a quienes buscan "atención médica" en Kenia. En otras palabras, los médicos simplemente sorteando las lagunas jurídicas transportando a las madres a otro país, exponiéndolas a mayores riesgos, al tiempo que expanden y diversifican sus sociedades comerciales en todo el mundo.⁹

⁸ Associated Press, "Pregnant Cambodian Women Charged with Surrogacy and Human Trafficking", 6 de julio de 2018.

⁹ Sharmila Rudrappa, "How India's Surrogacy Ban Is Fuelling the Baby Trade in Other Countries", *Quartz*, 24 de octubre de 2017.

La tendencia hacia la maternidad subrogada comercial no constituye una transformación cualitativa en la forma de reproducción biológica que actualmente destruye (como demuestran las estadísticas de mortalidad antes mencionadas) la vida de tantas personas adultas. De hecho, la biotecnología capitalista no hace nada para solucionar el problema del embarazo en sí, pues ése no es el problema que atiende. Responde exclusivamente a la demanda de paternidad genética, a la que aplica la lógica de la subcontratación. Aunque el desarrollo sigue siendo desigual y provisional, queda claro que lo que propone el capitalismo al alienar y globalizar de esta manera la maternidad gestacional subrogada es, como siempre, una opción que involucra trasladar el problema a otros lugares. El trabajo gestacional no está desapareciendo ni se está volviendo más sencillo a medida que choca con varias barreras regulatorias para salir al mercado abierto. Dejemos que los pobres hagan el trabajo sucio, donde sea más económico (o conveniente) reclutarlos.

Claramente, si estoy gestando un feto, puedo sentir que tengo una relación con esa parte (fetal) de mi cuerpo. Dicha "relación" podría incluso fundamentar la sociabilidad que surge alrededor de mí y del niño si nace y cuando lo haga, asumiendo que seguimos cohabitando; sin embargo, también podría conceptualizar el trabajo de una forma completamente distinta: fundamentando una palabra social alterna. Quizá jamás vea (o desee ver) a mi producto vivo: ¿acaso no estoy fundamentando, aun así, un lazo con el mundo a través de ese nacimiento? Lo que es más, las personas a mi alrededor podrían fantasear que están en una

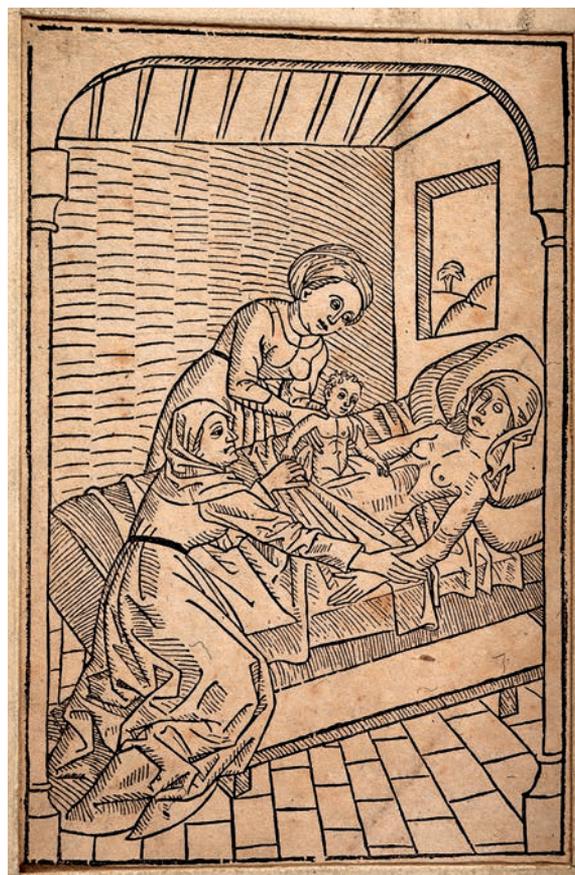
relación con el interior de mi vientre e incluso estarían en lo “correcto”, en tanto que la contaminación y la sincronización de los cuerpos (hormonal y epigenéticamente) ocurren de muchas maneras (hasta ahora poco comprendidas). Sencillamente no podemos generalizar acerca de “lo social” sin conocer los detalles específicos del parto en sí. Y, sin importar el “sustento” que ofrece la relación gestacional, el tejido de lo *social* es algo que entretejemos retomando el punto donde se quedó la gestación, encontrándonos mutuamente como los extraños que somos siempre, adoptándonos uno al otro, piel con piel, formando vínculos amorosos y abusivos y prosperando en la camaradería. Afirmar lo contrario es naturalizar y, por lo tanto, irónicamente, *devaluar* ese tabú ideológico del “vínculo madre-feto”. ¿Qué tal si reimaginamos el embarazo, y no sólo su consecuencia prescrita, como un trabajo supeditado al capitalismo, es decir, como algo dentro de lo cual hay que moverse con dificultad y contra lo cual hay que luchar con miras a un horizonte utópico sin trabajo y sin valor? Por supuesto, a pesar de la idea de una ausencia en la cultura, estoy lejos de ser la primera persona en involucrarse con la maternidad subrogada y el embarazo en el marco del trabajo gestacional.

Aunque no hago un llamado a la reducción¹⁰ en la fabricación de bebés, mi propuesta tiene

¹⁰ Mi involucramiento con “haz parientes, no bebés” puede consultarse en el artículo “Cthulhu Plays No Role For Me”, *Viewpoint magazine*, 2017, viewpointmag.com. Ver Donna Haraway, *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*, Durham, NC: Duke University Press, 2016, y la revisión subsecuente del argumento de Haraway, donde nuestra conversación en curso continúa, en Donna Haraway y Adele Clark, (eds.), *Making Kin, Not Population: Reconceiving Generations*, Prickly Paradigm Press, Chicago, 2018.

el objetivo de asestar un golpe al voraz apetito de la sociedad burguesa por bebés propios y legítimos (“por lo menos, [bebés] blancos y sanos”), como especifica Barbara Katz Rothman, probablemente usando la palabra *sanos* con ironía, en el sentido de ausencia de alguna discapacidad).¹¹ El régimen casi obligatorio de la “maternidad”, al tiempo que se reivindica en referencia a una transición no diferenciada de la “vida misma”, está profundamente

¹¹ Barbara Katz Rothman, *Recreating Motherhood*, Rutgers University Press, New Brunswick, 2000, p. 39.



Bebé siendo extraído del vientre de su madre por cesárea, 1483. Wellcome Collection. © BY

implicado en las estructuras que estratifican a los seres humanos en términos de su valor biopolítico en las sociedades actuales. Si, como revela Laura Mamo en su encuesta sobre embarazos en la comunidad *queer* en la era de la tecnociencia, la nueva máxima es "Si puedes embarazarte, debes procrear",¹² esa máxima, al igual que muchas cosas "universales", disci-

¹² Mamo, *Queering Reproduction*, p. 228.



Ana Galvañ, *Madre*, 2018. Cortesía de la artista

plina a todo el mundo, pero en realidad sólo se aplica a unos pocos (clase dominante). Mientras los asuntos de la comunidad LGBT y el conflicto migrante en ocasiones se separan del conflicto de clases, cualquier entendimiento del sistema de estratificación "económica" reproductiva estará incompleto sin la experiencia de las lógicas cissexistas, antihomosexuales y xenofóbicas que controlan las desviaciones de la imagen de una familia legítima unida en un hogar "saludable".¹³ Quienes consumen drogas, quienes buscan abortar, las mujeres solteras sexualmente activas, las mujeres negras, las mujeres que se defienden de los hombres, las trabajadoras sexuales y las migrantes indocumentadas son a quienes con más frecuencia se encarcela por violar esta norma parental. No han sido protegidas por el hecho de que la familia de la actualidad ya no es necesariamente heterosexual, y los estados hacen cada vez más concesiones al hogar "homonormativo" mediante la legislación del matrimonio igualitario.¹⁴

La intuición que sustenta mi postura experimental puede parafrasearse de la siguiente manera: la gestación es un trabajo y, como tal, tiene un género inherente e inamovible.

A la fecha, el género de la gestación ha sido ambiguo. No me refiero a la intensificación de

¹³ Melinda Cooper, *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*, Zone Books, Cambridge, 2017; Laura Briggs, *Somebody's Children: The Politics of Transracial and Transnational Adoption*, Duke University Press, Durham, 2012; Anglea Mitropoulos, *Contract and Contagion: From Biopolitics to Oikonomia*, Minor Compositions, Nueva York, 2012; Shelley Park, "Adoptive Maternal Bodies: A Queer Paradigm For Rethinking Mothering?", *Hypatia*, 21: 1, 2006, pp. 201-26.

¹⁴ Ryan Conrad (ed.), *Against Equality: Queer Revolution, not Mere Inclusion*, AK Press, Oakland, 2014.

la voz propia en el embarazo, el tapiz de nuestras piernas con vello hirsuto y ni siquiera a la antigua creencia de los griegos de que era un deber directo, análogo al de morir en la batalla de los hombres si eran llamados. Ni siquiera estoy pensando en la identidad de género heterogénea de quienes gestan. En cambio, en un contexto en el que los economistas políticos están hablando constantemente de la "feminización del parto", me parece que la clasificación del trabajo según el género no es tan clara como parecería. La tesis de la feminización del parto, que asume lo que es la "feminidad" y luego describe las tendencias globales hacia el parto emocional y la precariedad (perdón, flexibilidad) del trabajo en esos términos, no puede aplicarse aquí. Los lugares de trabajo para la fabricación asalariada de bebés del siglo XX no se ajustan bien a ese modelo. Las madres subrogadas gestacionales comerciales no son "flexibles". Se supone que no deben ser sentimentales, sino estar comprometidas, ser pura *tecné*, músculo no creativo. Puede que los sueños de un útero artificial se hayan abandonado en la década de 1960, pero desde que el perfeccionamiento de las técnicas de fertilización *in vitro* les permitió a los cuerpos gestar por completo material extraño, los seres humanos se han convertido en el componente asexual de la "tecnología" del eufemismo *Tecnología de Reproducción Asistida*.

Si las feministas quieren desnaturalizar el género del trabajo reproductivo de forma más general, debemos dejar de (re)imponer el género a la gestación y a las gestantes en particular.

COMUNA GESTACIONAL

"Full surrogacy now" [Maternidad subrogada completa ya], "otra maternidad subrogada es



Sol Díaz, *Una mujer elegante se ilumina desde adentro*, 2019

posible": en la medida que estos sentimientos intercambiables implican un programa revolucionario (como a mí me gustaría que fuera), yo propondría que las siguientes invitaciones le dieran vida. Hablemos de las condiciones de la posibilidad de una gestación de código abierto, completamente colaborativa. Preveamos una forma de manufacturarnos unos a otros sin competencia. Sostengámonos unos a otros con hospitalidad, destrocemos las nociones de paternidad hereditaria y multipliquemos las solidaridades verdaderas y amorosas. Construyamos una comunidad de cuidado basada en la camaradería, un mundo sustentado en la amistad y la amabilidad en lugar del parentesco. En lo que concierne al embarazo, dejemos que todos los embarazos sean de todos. Derroquemos, en pocas palabras, el concepto de "familia". **U**

Tomado de Sophie Lewis, *Full Surrogacy Now*, Verso Books, Nueva York, 2018. Se reproduce con autorización.

NOVELA GRÁFICA

VIRUS TROPICAL

Powerpaola

Con un dibujo en blanco y negro que describe detalladamente tanto a los personajes como los contextos, *Virus tropical* es una novela gráfica que presenta la autobiografía de Powerpaola. En la narración se intersectan experiencias de vida, grandes alegrías y fracasos, decepciones y momentos de reencuentro. El libro, que se convirtió también en película en 2017, retrata las historias de vida de la autora.

El segmento que aquí se presenta describe el momento en que las mujeres de su familia se han quedado solas cuando su padre se va de casa. Su familia cambia de pronto y es necesario redirigir y reordenar la vida en el hogar restableciendo un poder entre mujeres.



Ilustraciones: Cortesía de Editorial Sexto Piso. Powerpaola, *Virus tropical*, Sexto Piso, Ciudad de México, 2018.

CUANDO MI PAPA' SE FUE DE LA CASA. QUEDAMOS SOLO MUJERES.



CHAVELA, USTED TIENE UNA NARIZ MUY CHISTOSA

¿POR QUÉ?



SOY DIVINA

PORQUE ES GIGANTE. SE PARECE A LA DEL CONDE CONTAR.

TODAS TUVIMOS UN CAMBIO DRASTICO Y TOMAMOS POSICIÓN EN LA CASA,



ERES HERMOSA.

NO, TÚ M'A'S.

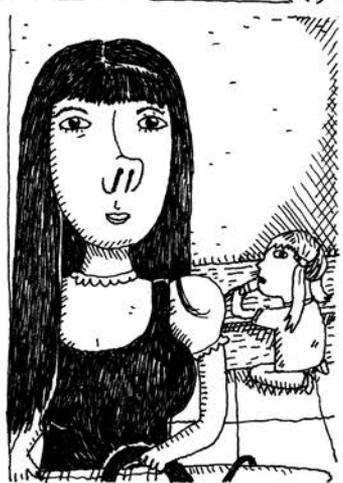
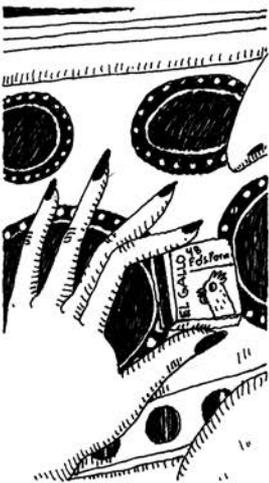
HABÍA UN EXCESO DE PODER FEMENINO



SMIFF

¿DÓNDE ESTARÁ KEN?

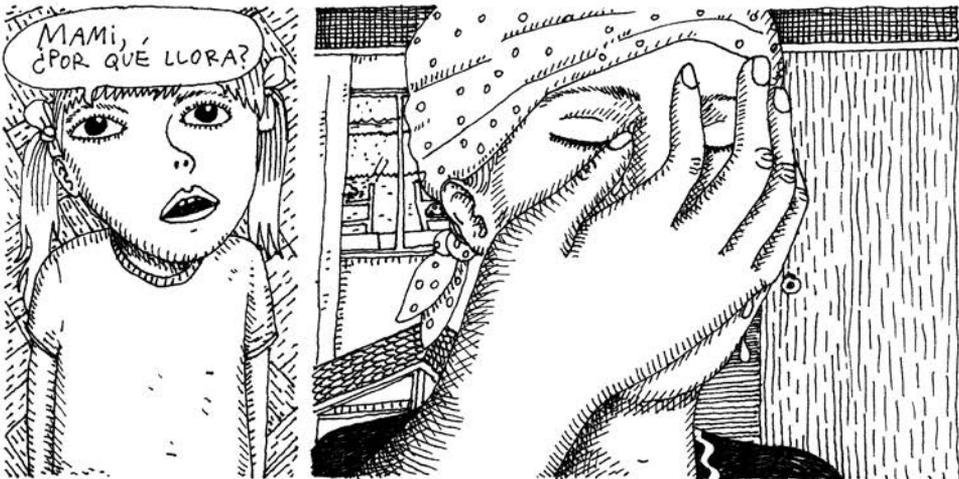
NO SÉ VAMOS A BUSCARLO EN LA MOTO.







* TINTO: CAFÉ









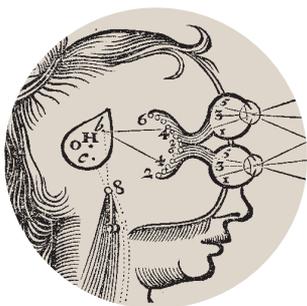
CLAUDIA, YO LA VOY A AYUDAR PARA QUE SE VAYA A ESTUDIAR DISEÑO DE MODAS FUERA DEL PAÍS.

PERO PROMÉTAME QUE NO VA A VOLVER A METER DROGAS.

SÍ, MAMI SE LO PROMETO.



La Marcha de las Putas, Ecuador, 2014. Fotografía de Pikara Magazine ©



EL LUGAR DE UNA PUTA

María Galindo y Sonia Sánchez

SONIA: El lugar de una puta no es entre putas, porque no quiero repetir el criterio de la homogeneidad.

El lugar de una puta es romper con los parásitos, como ya lo he dicho antes.

El lugar de una puta es dejar de verse como víctima.

El lugar de una puta es la dignidad intransigente.

La dignidad intransigente es la manera de romper con toda la humillación que sobre vos recae y recoger todos los detalles de tu vida, desde tu ropa, tus gestos, tus sentimientos, y entender que cada uno de esos pedacitos de vos son políticos.

El lugar de la puta es tomar la esquina no para interpelar la esquina, sino para desde la esquina interpelar a toda la sociedad, porque desde ya toda la sociedad pasa por la esquina de la puta.

El lugar de la puta es desnudar toda la hipocresía y toda la doble moral.

El lugar de la puta es poner en crisis todo el universo de mujeres.

Porque deja en la indefinición el universo de las mujeres-no putas.

La puta deja clara la forma en que la palabra puta atraviesa la vida de todas las mujeres.

Si nosotras nos pensamos, ella no tiene sino que pensarse a sí misma como puta.

El lugar de la puta es la fuerza que puede poner en evidencia la cadena masculina de complicidades en la cosificación del cuerpo de las mujeres.

El lugar de la puta es decir que el Estado es un Estado proxeneta, sea un Estado del bienestar, neoliberal, globalizado, capitalista o socialista.

MARÍA: Para mí el lugar de la puta es de la anfitriona del cambio social.

Para mí el lugar de la puta es el de la amante de la vida como le nombramos nosotras en las jornadas de octubre en Bolivia.

El lugar de la puta es el de la que tiene las claves y los misterios para desactivar el cuerpo violento de violadores, de chantajistas y de hipócritas. Porque así como el ama de casa puede recoger todo su saber sobre la vida y devolverlo como fundamental a la vida huma-

na, así como la lesbiana puede recoger todo su saber sobre su cuerpo y devolverlo a todas las mujeres, así la puta puede recoger todo su saber sobre el otro violento y prostituyente y devolverlo a las mujeres. En ella y desde ella en rebelión es que muchas cosas se pueden aclarar. Si ella desactiva los mecanismos de cosificación que sobre su cuerpo y su placer recaen es una tarea que nos va a llover y mojar de agua fresca a todas.

Por eso proponemos nosotras el cruce de miradas: que la puta se vea en la vendedora y la vendedora en la puta y que la monja se vea en la puta y la puta en la monja. Ese cruce de miradas donde la mera enunciación de nuestras diferencias se hace insuficiente.



Graffiti en la ciudad de La Paz, Colectivo Mujeres Creando, Bolivia. mujerescreando.org

Y en esa alianza prohibida la puta es el lugar de aquello que ha sido condenado como inmoral y culposo.

Ya no decimos:

Soy puta,
Soy lesbiana,
Soy loca,
Soy vieja,
Soy joven,
Soy del sur,
Soy del norte,
Soy argentina,
Soy boliviana.

Porque ese discurso se hace, además de insuficiente, egocéntrico. Ese discurso es testimonial y te lleva a negociar siempre desde tu condición sin poder ponerla en cuestión ni encontrar ni ver a la otra.

Pasamos de esa enunciación de las diferencias a la construcción de alianzas prohibidas e indigestas como la que está en la base de este libro.

Provocamos que a ti te pregunten: ¿y qué haces con una lesbiana? Y a mí me pregunten: ¿y qué haces con una puta?

Lo que hacemos juntas tiene una fuerza que desde nuestras parcialidades de unas y otras sería imposible. Lo que hacemos juntas es rondo y contundente. Confunde y perturba más, porque no responde a lógicas inteligibles para el patriarcado.

La alianza prohibida es la fuerza subversiva interpeladora y no la enunciación de las diferencias. Y en esa alianza prohibida la puta es el lugar de aquello que ha sido condenado como inmoral y culposo.

Por eso es que el desorden que con ella generamos juntas pone en cuestión el orden de la familia patriarcal.

Ella, la expulsada de la comunidad y de la familia, puede moverse al centro de las sensi-

bilidades sociales y poner en crisis al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, porque todos son sus "clientes".

No sólo planteamos entonces mirar la sociedad desde el lugar de la puta, sino también desde ese lugar desatar subversión, cambio y transformación.

Nos planteamos arrancarles a los lugares de tortura ya no sólo dolor y testimonio, sino desobediencia y osadía de pensar en la felicidad.

Arrancarle a la esquina mi propia vida y la vida de otras.

Arrancarles a las mujeres en situación de prostitución, viejas y con sida, la mirada interpeladora hacia el Estado, el proxeneta y el prostituyente.

Su mirada hacia el padre de familia y hacia la madre decente y de su casa. Hacia la tecnócrata que cobra por usarla de portada de informes y hacia la trabajadora social y la enfermera que la usan como imagen del horror. Podemos darle la mano a esa vieja esta noche que terminamos el libro para decirle que no la van a volver a usar como trapo con que limpiar el cuerpo, la salud y la violencia del prostituyente, del proxeneta, de la familia, del Estado o la Iglesia. Este gesto y este sentido de cambio e interpelación a ella le devuelven su muerte y a nosotras nos devuelven nuestros cuerpos y nuestras vidas.

Con amor,
Sonia y María U

Fragmento tomado de María Galindo y Sonia Sánchez, *Ninguna mujer nace para puta*, Cooperativa de Trabajo Lavaca, Buenos Aires, 2007, pp. 192-195.



TRAICIONANDO AL GRAN HERMANO EL DESPERTAR FEMINISTA EN CHINA (FRAGMENTOS)

Leta Hong Fincher

Traducción de Aurelia Cortés

La grabación comienza con el tintineo de la voz de la joven soprano que canta a capela en chino. Es una melodía de *Los miserables*, “La canción del pueblo”, pero la letra es sobre los derechos de las mujeres:

¿Eres igual que yo?
Creemos en un mundo con equidad,
ésta es una canción de libertad y dignidad,
¡una canción para todas las mujeres!

La activista feminista de veinticinco años Li Maizi compartió “Una canción para todas las mujeres” en chats feministas a través de la aplicación de mensajes más popular en China, WeChat, a mediados de abril de 2015. La acababan de liberar después de haber pasado un mes en detención junto con otras cuatro activistas feministas: Wu Rongrong, Zheng Churan, Wei Tingting y Wang Man. En su canción, que se ha convertido en el himno del movimiento feminista en China, le comunicaba al gobierno chino que, a pesar de las amenazas constantes y las repetidas interrogaciones durante su confinamiento, se mantenía incólume.

Las autoridades chinas encarcelaron a las cinco activistas porque planeaban conmemorar el Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo, regalando estampas contra el acoso sexual en metros y autobuses. Cuando las arrestaron, las cinco mujeres eran casi desconocidas. Si no

las hubieran encarcelado, sus actos posiblemente habrían pasado inadvertidos. Al reprimir a estas mujeres totalmente anónimas, sin embargo, el gobierno chino detonó la creación de un nuevo y poderoso símbolo de la oposición al Estado patriarcal y autoritario: las "Cinco Feministas".

Si los líderes chinos pensaron que podrían aplastar al incipiente movimiento feminista arrestando a cinco mujeres en Pekín y otras dos ciudades, estaban muy equivocados. Las noticias del arresto de las Cinco Feministas se propagaron mundialmente a través de redes sociales. Hubo marchas en protesta a su arresto en Estados Unidos, Reino Unido, Hong Kong, Corea del Sur, India, Polonia y Australia. Muchas de las grandes cadenas mundiales de noticias cubrieron el arresto de estas mujeres.

No hay manera confiable de medir la prevalencia del acoso sexual en China, sin embargo, algunas encuestas son reveladoras. Una de 2016, que hizo la organización no gubernamental Asociación para la Planeación Familiar de China y en la que participaron casi 18 mil estudiantes, demostró que más de un tercio de las estudiantes universitarias había experimentado algún tipo de acoso o violencia sexual; según el sitio web de noticias *Sixth Tone*, avalado por el gobierno, los hechos más comúnmente reportados fueron el "acoso sexual verbal", "ser forzada a besar a alguien o a tocar sus partes privadas" y "ser forzada a desnudarse o a mostrar partes privadas". En marzo de 2018, el Centro Cantonés de Educación de Género y Sexualidad (que fundó Wei Tingting, de las Cinco Feministas), junto con el Festival de Cine de Mujeres de China, realizó una encuesta en la que participaron más



Li Maizi en #Freethefive, @Badiucuo, 2018

de cuatrocientas periodistas. Los resultados revelaron que 80 por ciento había sido víctima de "comportamientos, requerimientos, lenguaje, acercamientos no verbales y contacto físico, todos con intenciones sexuales, sin consentimiento por parte de sus colegas o superiores". Y una encuesta de 2013 reveló que hasta 70 por ciento de las trabajadoras de las fábricas de Cantón había sufrido acoso sexual, según el *China Labour Bulletin*. (Después del arresto de las Cinco Feministas, también cerraron el centro que llevó a cabo esta encuesta, el Centro Girasol de Mujeres Trabajadoras.)

La experimentada estudiosa de los derechos de las mujeres Feng Yuan, que ha trabajado durante décadas para combatir la violencia doméstica y la discriminación de género

en China, cree que "99 por ciento de las mujeres chinas" ha sufrido algún tipo de acoso sexual. Pero la legislación china carece de una definición clara de acoso sexual, lo que hace prácticamente imposible que las víctimas tengan éxito ante la corte al demandar. Como demuestran la fuerte censura al movimiento #MeToo en China y el arresto de las Cinco Feministas, el tema del acoso sexual todavía se considera políticamente delicado.

El gobierno chino dice que una de cada cuatro mujeres casadas es golpeada por su pareja, si bien la incidencia real de la violencia se

estima más alta, según activistas. China aprobó su primera ley nacional contra la violencia doméstica en diciembre de 2015 y la implementó en 2016. Pero esta ley casi no se aplica, las órdenes de restricción son muy difíciles de obtener y la mayoría de los refugios para víctimas de violencia familiar del país nunca se ha usado, según un estudio sobre la implementación de dicha ley que realizó la organización de Feng Yuan, *Wei Ping* (que significa *equidad*), durante dos años. Además, la ley contra la violencia doméstica no menciona la violencia sexual ni considera como crimen la violación conyugal. No debería sorprendernos, entonces, que las experiencias de acoso sexual, violación y violencia doméstica hayan sido formativas para la mayoría de las activistas feministas chinas.

Como muchísimos niños en China, Li Maizi nació en una familia con una larga historia de abuso. Li vivió en las montañas del distrito Yanqing, fuera de Pekín, hasta los tres años, bajo el cuidado de su cariñosa abuela, quien la mimaba tanto que la llevaba consigo a todas partes, cargada en la espalda, incluso a su trabajo diario en el campo. Su abuelo llegaba en las tardes y golpeaba a la abuela. También golpeó a sus hijos (el padre de Li y sus tíos) y ellos crecieron creyendo que el abuso doméstico era normal. Así que el padre de Li también golpeaba a su esposa.

Li se mudó con sus padres a un pueblo más cerca de Pekín cuando tenía tres años, pero cuando cumplió siete la enviaron de regreso a las montañas para que fuera a la escuela y vivió con su tío. Como su familia no era propietaria de ninguna tierra y sólo rentaba en el distrito de Shunyi, su domicilio (*hukou*) estaba registrado en Yanqing y las reglas gubernamentales estipulaban que debía asistir



Wei Tingting en #Freethefive, @Badiuca, 2018

a la escuela allí. Pero su tío era violento y la golpeaba seguido, si bien no golpeaba a su propia hija, que era cuatro años menor. Una vez quemó el cuaderno de tareas de Li en el kang, una construcción muy común en el campo que funciona como horno para calentar las camas durante el invierno.

"Mi tío me pegaba porque yo tenía ideas propias y lo desobedecía", dice Li. "Quería que hiciera el quehacer de la casa pero yo le decía que no, que por qué tenía que trabajar para él." Le dijo a sus papás, pero se lo tomaron a la ligera y no intervinieron. Li se sintió abandonada y sola; la trataban como a una extraña, no tenía amigos y había tan pocos recursos en su escuela que un solo profesor daba todas las clases de todos los grados.

Pero incluso cuando sus padres lograron comprar una casa y regresó a vivir con ellos, en cuarto año, continuaron los problemas. A pesar de su corta edad, sabía que le gustaban las niñas y sus compañeros pensaban que ella era "diferente" y la molestaban constantemente. "Si alguna vez te pega alguien, tienes que regresarle el golpe", fue el consejo de su papá.

Un día, cuando Li estaba cosechando cacahuates en el campo, un niño del pueblo que siempre la molestaba finalmente le colmó el plato y Li le dio un puñetazo. Su nariz comenzó a sangrar. "Toda su familia estaba allí, alrededor de nosotros, viendo, pero simplemente no me importó", dijo. "Estaba muy enojada." Cuando el hermano mayor del niño vio lo que había pasado, se acercó y golpeó a Li. Luego, el papá de Li golpeó al hermano mayor. "Todo esto sucedió en un lugar público, todos estaban viendo y yo también", dice Li. "No sabía si sentirme mal por el hermano o feliz porque me habían vengado." Después de este incidente, Li nunca dudó en defenderse



Wang Man en #Freethive, @Badiuca, 2018

cuando la molestaban, fuera niña o niño, incluso cuando los niños eran mucho más grandes y fuertes físicamente. "Cuando no tienes a nadie que te defienda, no puedes ser cobarde", dice. "Nunca hay que rendirse. Nunca hay que someterse."

Mientras tanto, el padre de Li comenzó a golpearlas a ella y a su madre. Medía más de 1.80m y era muy fuerte, pero Li no le tenía miedo para este momento. Una tarde, cuando iba en la secundaria, Li estaba en casa de una chica que le gustaba y se dio cuenta de que ya casi era la hora de la cena. Su papá se enojaba mucho si no llegaba a tiempo para la cena. "Finalmente, era una niña", observa Li. Se subió a su bicicleta y pedaleó frenéticamente a casa, recorriendo casi ocho kilómetros en quince minutos. En cuanto entró por la puerta, su

padre comenzó a gritarle y ella alzó de inmediato sus dos puños, firme en su posición y viéndolo a los ojos. Su papá la pateó. Salió volando de la sala al cuarto de junto. "Lloré, pero me negué a someterme", dice.

Cuando Li estaba en la preparatoria, a los diecisiete años aproximadamente, tuvo una discusión con su padre durante la cena y se levantó de la mesa para irse a su cuarto. "¡Pinche perra!", le gritó su papá y siguió insultándola. Ella le gritó también. Su padre fue a la cocina y después entró a su habitación con un cuchillo grande en la mano que levantó por encima de la cabeza de ella. El abuelo y la madre de Li, ambos de estatura baja, se pararon flanqueando al padre, un hombre grande, tratando de separarlo de Li. "¡Vete! ¡Apúrate!", le rogaba su mamá.

Pensó que nadie la rescataría nunca. Pedaleó hacia el parque público junto a la escuela primaria, con la determinación de pasar la noche acostada en el pasto. Era mediados de otoño y el aire estaba muy frío. Después de un rato, no pudo aguantar la temperatura y se fue a casa de su tía a pasar la noche allí.

A la mañana siguiente fue a la escuela y se encontró a su mamá en la entrada, buscándola.

"Vi su cara de preocupación y me sentí culpable de haberla hecho sufrir tanto", dice. "Pa podía morirse y no podría importarme menos, pero no podía dejar a Ma sufrir más." Regresó a casa y, a partir de ese momento, su papá nunca la volvió a golpear. "Estaba ansioso porque yo era su única hija y, si me iba de casa, podría no volver nunca", dice Li. "Ésa fue la primera vez en que sintió que la

En cuanto entró por la puerta, su padre comenzó a gritarle y ella alzó de inmediato sus dos puños, firme en su posición y viéndolo a los ojos. Su papá la pateó. Salió volando de la sala al cuarto de junto. "Lloré, pero me negué a someterme", dice.

Li no tuvo miedo, pero estaba tan impresionada de que su padre pudiera comportarse así que se paralizó. "¡Adelante, córtame en pedazos!", le dijo, retándolo. Entonces notó la expresión de pánico de su mamá y pensó que estaba a punto de desmayarse. Li nunca había visto a su madre tan asustada, así que huyó.

Anduvo en bicicleta hasta la casa de la chica que le gustaba y se sentó afuera, en la oscuridad. Le daba mucha vergüenza tocar la puerta. En algún momento, el padre de la chica notó que había alguien afuera y salió. "¿Quién anda allí?", preguntó. "¡Tío!", respondió Li, pero él no pudo ver quién era y regresó adentro.

situación se había salido de control y simplemente dejó de hacerlo." El padre de Li también dejó de golpear a su esposa, aunque seguía siendo violento de manera psicológica, con comportamientos como cerrar la puerta con llave y dejarla afuera cuando estaba enojado con ella.

Cuando fue a la Universidad Chang'an, en Xi'an, una de las antiguas capitales de China, su vida se transformó. Se hizo amiga de otros estudiantes *queer*, se identificó públicamente como lesbiana y se convirtió en activista en un grupo de derechos LGBTQ. También descubrió el feminismo y comenzó a defender

perspectivas feministas dentro de la comunidad LGBTQI. Durante su último año de licenciatura, en 2012, Li participó en muchas acciones feministas (ella y sus colegas activistas evitaron deliberadamente la palabra *protesta*). Ese año la policía la reportó a las autoridades de la universidad para que recibiera algún castigo después de que la detuvieran por haber organizado a un grupo de voluntarios para que ocuparan un baño público de hombres en el centro de Pekín. En la universidad ya la tenían identificada como alborotadora, pues fue la única estudiante de su generación que se negó a unirse al Partido Comunista. El vicepresidente de la universidad citó a Li en su oficina para hacerle una advertencia formal. ¿Le gustaría tomar un puesto de trabajo y estudio en el campus con una paga de 120 renminbi al mes (unos 20 dólares americanos) a cambio de abandonar su activismo feminista? Li se negó y le respondió: "¿Qué te parece esto? Mejor te doy 250 renminbi y me devuelves mi libertad". Cuando se graduó, más tarde ese mismo año, supo que su llamado era convertirse en activista feminista lesbiana y luchar por los derechos de la mujer y la equidad en China.

Cuando la conocí, en 2013, Li había comenzado a trabajar tiempo completo para la ONG Yirenping. Mientras comíamos en un restaurante de *dumplings* en un *hutong* (un callejón) estrecho en Pekín, afuera de su oficina, hizo bromas subidas de tono en las que resaltaba cómo el movimiento feminista en China estaba formado mayormente por mujeres cuya sexualidad no era la normativa. "Entran derechas y salen torcidas", se rio, explicándome que el feminismo liberaba la mente de las mujeres y les hacía ver la posibilidad de elegir otros estilos de vida. Se quejó de lo cansado



Zheng Churan en #Freethetive, @Badiucao, 2018

que era hablar con hombres heterosexuales porque China tenía un gran "cáncer de hombres heteros" (*zhinan ai*, que puede traducirse, aproximadamente, como "chauvinismo masculino heterosexual" o "masculinidad tóxica") y después se rio con franqueza.

Sin embargo, durante su detención en 2015 se volvió más comprensiva con su padre. Su abogado se reunió con él cuando la detuvieron y le dijo que los agentes de seguridad la estaban interrogando a altas horas de la noche, que no la dejaban dormir y que la maltrataban. Su padre enfureció al escuchar eso y amenazó con conseguir una pistola para vengar a su hija si los abusos continuaban. "Eso me conmovió mucho", dice Li. "Es muy temperamental. Así es él."



Wu Rongrong en #Freethetive, @Badiucao, 2018

Para ser una iconoclasta que constantemente se burla de la tradición china de la misericordia filial, Li es notablemente compasiva con su padre. Mientras que en su vida pública militaba en contra de la violencia doméstica y el acoso sexual, en su vida privada creía que su padre la amaba genuinamente. Era violento con ella y su madre porque lo habían educado como macho chauvinista, explicaba. A veces sentía que la violencia combativa de su padre la había entrenado para sus propias batallas, contra los agentes de seguridad durante su detención, por ejemplo.

Se había encontrado con una amenaza aún mayor que su padre (la violencia política del Estado autoritario y patriarcal) y sentía que éste era el enemigo más peligroso, contra el

que debía luchar. Dada la historia singular de Li de persecución en muchos frentes, podía comprender sus sentimientos profundamente contradictorios hacia alguien que estuvo cerca de matarla. "Mucha gente me pregunta por qué me convertí en activista del feminismo, pero para mí, siempre he estado en resistencia. La resistencia ha sido mi vida diaria", dice Li. "Si no resisto, ¿quién soy?"

Muchas de las activistas feministas que he entrevistado relatan historias de abuso durante su juventud o infancia, lo que más tarde impulsó su intenso compromiso personal con el movimiento feminista emergente.

Recuerdo una conversación con Li Maizi, en 2016, cuando hablamos sobre cuántas mujeres en China son violentadas sexualmente y sin embargo, cuán pocas expresan públicamente su experiencia. "En China, la cultura de violación es tan fuerte que la mayoría no se atreve a hablar sobre agresión sexual porque temen que las culpen por lo que les pasó", dijo Li.

Quizás el ejemplo más prominente sea el de la actriz Bai Ling, quien fue parte de una compañía de teatro del ejército en el Tíbet de los catorce a los diecisiete años de edad. En 2011 le dijo a la *Associated Press* que varios generales del Ejército Popular de la Liberación le daban alcohol a ella y a otras niñas de la compañía y abusaban de ellas sexualmente. Una de las violaciones tuvo como consecuencia un embarazo que ella interrumpió. Bai Ling se había mudado a los Estados Unidos y tenía 44 años de edad cuando habló por primera vez de los abusos. "Debido a la cultura de la obediencia en China, una no hace preguntas", dijo. "Obedeces."

Con la campaña global #MeToo, en 2017, un grupo de mujeres conocidas por el público de Hong Kong comenzó a hablar sobre sus experiencias. En noviembre de ese año, una exmiss Hong Kong, Louisa Mak, reveló que de adolescente la habían acosado sexualmente durante una gira por China. La campeona de carrera de vallas Vera Lui Lai-yiu relató que su entrenador la había acosado sexualmente cuando ella tenía apenas trece años. La periodista Sophia Huang Xueqin en Cantón habló sobre un colega suyo, de mayor rango, que había abusado sexualmente de ella en el cuarto de un hotel durante un viaje de negocios. Huang comenzó su propia encuesta en 2017 sobre acoso sexual entre periodistas mujeres en China, misma que unió a la del Centro Cantonés de Educación de Género y Sexualidad. La gran mayoría de mujeres dijo que no había reportado el acoso sexual a los administrativos por miedo a que esto arruinara sus carreras.

En 2018 una egresada de la Universidad de Beihang, Luo Xixi, publicó en internet un ensayo personal sobre el acoso sexual que sufrió por parte de un profesor, Chen Xiaowu. Hace más de una década, narra Luo, su profesor la había llevado fuera del campus y había intentado tener relaciones sexuales con ella. Chen negó la acusación pero la Universidad de Beihang anunció que había "violado severamente" su código de conducta y lo despidieron después de que muchas más estudiantes se acercaran a denunciarlo por acoso sexual. Aunque Luo Xixi vive en Estados Unidos, su ensayo se hizo viral e impulsó a miles de estudiantes y exalumnas a lo largo de China a firmar peticiones de #MeToo, en una manifestación poco común de acción colectiva contra el acoso sexual. Pero estas peticiones en su mayoría no implicaban que las mujeres

se identificaran públicamente como sobrevivientes de acoso sexual.

Como en casi todos los países, en China hay un concepto social de la "víctima perfecta de violación". Si una mujer que ha sufrido abuso sexual se viste de manera incorrecta, dice algo incorrecto, usa un tono de voz incorrecto, mira a alguien de manera incorrecta, frecuenta un lugar incorrecto, sale a una hora incorrecta, toma demasiado o no lleva chaperón, entonces la culpan de haberlo "pedido". "Tienes que ser muy fuerte emocionalmente, además de tener el apoyo de una ONG para hablar sobre abuso sexual; de otra manera, vas a estar hasta el cuello de ataques humillantes", dice Li Maizi. Añade que van a pasar probablemente muchos años antes de que las mujeres chinas puedan discutir abiertamente y de manera pública el profundo trauma que dejan el acoso y el abuso sexual. Li dice a menudo en sus campañas contra la violencia de género que "nuestros cuerpos son nuestro campo de batalla", inspirada en la fotografía en blanco y negro de un rostro de mujer, e impresa en serigrafía, de Barbara Kruger, de 1989, titulada *Your Body Is a Battle-ground* [Tu cuerpo es un campo de batalla]. El abuso prolongado al que Li estuvo sometida en su infancia muestra que ésta es una verdad literal para ella, y para muchas mujeres en China y en el mundo. Ella y las demás integrantes de las Cinco Feministas fueron encarceladas por organizar un evento que ponía de relieve el severo problema de abuso sexual en China y que consistió en regalar estampas con mensajes sobre abuso sexual para que la gente se las pegara en el cuerpo. **U**

Fragmentos tomados de Leta Hong Fincher, *Betraying Big Brother. The Feminist Awakening in China*, Verso Books, Nueva York, 2018. Se reproduce con autorización.



POESÍA EN LOS PUÑOS

ENTREVISTA CON ANGÉLICA FREITAS

Joca Reiners Terron

Traducción de Paula Abramo

En septiembre un diputado evangélico presentó una moción de repudio contra el libro *Un útero es del tamaño de un puño*, de la poeta Angélica Freitas (*Pelotas, Brasil, 1974*), ante el parlamento de Santa Catarina, estado del sur de Brasil, como una reacción contra el hecho de que ese título consta en la lista de lecturas obligatorias para presentar el examen de admisión a las universidades en 2019.

¿Qué te motivó a escribir poesía? ¿Puedes recuperar tus primeras motivaciones?

Me motivó que me gustó mucho leer el primer tomo de la enciclopedia *El mundo de los niños* que una tía me regaló. Era una enciclopedia estadounidense traducida al portugués. El primer tomo incluía puros poemas y había cosas como Edward Lear. Me hizo gracia aquello y empecé a escribir mis propios poemas. La gente se reía de lo que escribía y eso me pareció bien. Entonces me puse a escribir poemas dirigidos a algunas personas, en los que me burlaba de mi familia, de mi papá. Mi papá era mi víctima favorita. Un día encontré una cosa que escribí cuando tenía unos 16 años y se la enseñé a Juliana [Juliana Perdigão, música y compañera de Angélica]: mi padre y yo nos peleamos porque yo estaba oyendo música muy fuerte y él dijo: “uf, a ti nomás te gustan esas canciones que no tienen ningún sentido” y arremedó “mi madre no nació”, etcé-



Carolina Monterrubio, *Lectura feminista*, 2019. Cortesía de la artista

tera. Entonces escribí la letra de una canción que decía: "mi mamá no nació", de la banda imaginaria Renato & Sus Hemorroides. Renato era mi papá. La letra dice así: "Mi mamá no nació / soy un espermatozoide autosuficiente / Mi mamá no nació / soy un debiloide demandante", y así. Luego luego me di cuenta del poder de aquello. Mis maestras, incrédulas, me preguntaban si de veras lo había escrito yo. Yo les contestaba que sí.

¿Pero Renato también fue tu primer lector, o sólo fue tu primera víctima?

Fue mi primera víctima. Mis primeras lectoras fueron mi mamá, mis hermanas y mis maestras. Tuve la suerte de tener algunas maestras que me motivaron, les parecía maravilloso todo lo que yo escribía. Yo les decía "ay, no es para tanto, ¿eh?".

Además de la enciclopedia *El mundo de los niños*, ¿qué otras lecturas formaron a la pequeña Angélica?

Los libros de mi abuelo. Yo de algún modo heredé su biblioteca. Mi abuelo era portugués; llegó a Brasil a los 13 años. No estudió mucho, pero le gustaba leer, y leía cosas como el *Selecciones del Reader's Digest* de los años cuarenta, de la época de la guerra. A mí me encantaba una sección titulada "La risa, remedio infalible", porque me gustaban mucho las máximas. A los 10 años, en un tianguis de la escuela, me compré un libro precioso titulado *Otimismo em gotas* [Optimismo en gotas] un libro de máximas. Aquello me pareció, uf, tan lleno de sabiduría, con tanto contenido en tan pocas palabras. Otro libro que me gustaba mucho era el *Manual do secretário moderno* [Manual del secretario moderno], que también era de mi abuelo y enseñaba desde a negociar la compra de una



Carolina Monterrubio, *Colectiva*, 2019. Cortesía de la artista

vaca hasta cortejar a una niña. También enseñaba a terminar un noviazgo, un compromiso. Me encantaba aquel lenguaje.

Cuando llegaste a la carrera de periodismo, ¿aplicabas un enfoque semejante al que aplicabas a tus poemas? ¿Algo así como Edward Lear aplicado al periodismo?

No, para mí fue un gran conflicto aprender a escribir artículos periodísticos, que tenían una fórmula de la que no estaba bien alejarse mucho. Al final aprendí y empecé a trabajar en el periódico *O Estado de S. Paulo*, donde estuve cuatro años. Pero durante toda la carrera de periodismo lo que hicieron los maestros fue básicamente convencerme de que yo no servía para eso. Así que fue una gran sorpresa lograr trabajar para ese periódico, porque alguien me había dado un empleo.

Siempre haces viajes asociados a compromisos en universidades extranjeras. ¿Crees que hay

más gente estudiando tu trabajo y un interés creciente por la poesía contemporánea en el medio académico? ¿Más que antes?

Yo creo que sí. De vez en cuando me entero de que alguien está escribiendo sobre mis libros. No sé si algo ha cambiado. A mí me gusta mucho viajar, entonces, si me invitan a leer, no sé, en Buenos Aires, si me piden que lea en Alemania, voy, pero porque me gusta eso de recorrer caminos. Así que es una maravilla, porque lo que hago me permite cambiar de paisaje.

En esas circunstancias, ¿has escuchado o leído algo sobre tu trabajo que te haya molestado?

Sí, al principio. Cuando empecé a publicar no sabía bien cómo funcionaba la literatura, cómo se relacionaban los poetas, así que algunas cosas, tanto positivas como negativas, me sorprendieron. Pero ahora me da lo mismo. Siendo sincera, y tal vez un poco inocente, al principio sí me impresionaron las críticas virulentas, porque pensaba, "caray, pero si esto no es más que un libro de poemas". Me sucedió algunas veces en internet, pero luego me di cuenta de que era normal. En cualquier país del mundo los poetas se pelean un montón por lo que escriben y yo no soy nada belicosa, así que no me meto en esas cosas. Si no me gusta un libro, simplemente no lo leo. Nunca he entendido esa dinámica de los poetas, pero no hay problema.

Mantuviste un blog durante un buen rato y al igual que gran parte de la humanidad, eres asidua a las redes sociales, donde despiertas curiosidad, porque tu presencia de alguna manera

Lo más fácil es mandar a Bolsonaro a la chingada, pero, en cuanto a nosotros, no es lo mejor que se puede hacer.

oscila entre lo cómico y lo irónico, pero a veces también te sumas a la militancia política, sobre todo en pro de la salud de los gatitos. ¿Tiene algún sentido el uso que les das a las redes sociales?

Sí, las redes sociales son fascinantes. La idea de escribir algo en Twitter y que cinco mil personas lo lean y algunas reaccionen es increíble. A los 15 años me compré un radio que sintonizaba ondas cortas para escuchar la BBC y la Deutsche Welle, así que para mí eso es como ¡guau! Pero ahora, con los algoritmos, son muy tóxicas. Casi no uso Facebook, lo que sí me gusta es Twitter. Y me gusta Instagram, sobre todo para postear fotos de gatitos. Últimamente, Twitter ha sido para mí casi un ejercicio espiritual de no-reacción. Qué sé yo, si se me aparece la cara de Bolsonaro, me dan ganas de agarrarlo a cachetadas, quiero que le caiga un meteorito en la cabeza. Pero ése es el sentimiento más básico que se puede tener, o el menos refinado.

Y, no obstante, eso pasa cada treinta segundos. ¿O sea que cada treinta segundos quieres que caiga un meteorito en la Tierra? ¿No te hace daño?

Ya no lo quiero. Precisamente, mi búsqueda ahora es otra. Querer eso es lo más fácil, es lo que ellos esperan, que reaccionemos y que nuestro día se eche a perder. Tengo la clara impresión de que lo que quieren es que nos sintamos de lo peor. Y he descubierto que sentirse de lo peor por Biroliro [Bolsonaro] no sirve de nada. Si queremos hacer algo, no va a ser estresándonos en Facebook.

¿Entonces usar las redes sociales para manifestarse políticamente no es más que una ilusión?

No, podemos usarlas para comunicar cosas. Bueno, un día les advertí por Facebook a las personas que votaron por Bolsonaro que no quería tener nada que ver con ellas. Me peleé con parte de mis familiares —¿quién no?— y ya no quiero volver a verlos. La verdad es que me peleé con muchos miembros de mi familia. Ahora me pregunto si vale la pena meterse a Facebook para estar mentándose a esa gente. Debe haber alguna manera, al menos para mí, de ser más eficaz políticamente y de preservar mi energía. Lo más fácil es mandar a Bolsonaro a la chingada, pero, en cuanto a nosotros, no es lo mejor que se puede hacer.

Volviendo a los viajes, ¿cómo se reflejan en tu trabajo?

Soy de una ciudad del interior de Rio Grande do Sul y desde los siete años ya sabía que tenía que irme de allí. Crecí con la idea de partir en cuanto fuera posible. Ya hice las paces con Pelotas, hasta volví a vivir allá algún tiempo, pero sigo sintiendo ese impulso de irme. No puedo estar más de seis años en un lugar. Mi madre era una gran mochilera y me lo transmitió.

Un útero es del tamaño de un puño, publicado en 2012, coincidió con un momento importante en el que, en resumen, una nueva generación de

feministas empezó a manifestarse contra la perversa lógica de la misoginia. En ese sentido, el Zeitgeist benefició mucho a tu libro. La coincidencia, en este caso, sólo podría definirse así: el libro dio voz a algo que estaba surgiendo. ¿Cómo interpretaste esta situación?

Los poetas son una especie de antenas. Del campo, de la raza, de la plaza. Así veo yo mi oficio. Sé que hay una parte muy grande de lo que escribo que no sé de dónde viene. Lo respeto. No es espiritismo: de pronto, soy un canal. Pero tengo una sensibilidad, claro, que no siempre funciona. A veces se conecta con algo que está en el aire. Eso fue lo que pasó con *Un útero es del tamaño de un puño*, hice un trabajo de investigación, sabía a dónde iba a llevarme. La mayoría de los pronósticos decía que no iba a funcionar. Cuando platicaba con mis amigas y amigos, les decía que iba a "escribir sobre mujeres", y me preguntaban qué pretendía hacer. Escribir sobre la mujer es escribir sobre lo femenino, sobre la maternidad, ¿a dónde pretendía llegar? No lo sabía muy bien, sólo sabía que cargaba con una incomodidad de décadas en torno a lo que es ser mujer, porque soy una mujer lesbiana. Muchas veces me sentí inadecuada, tal vez porque soy del interior de Rio Grande do Sul, porque nací en la década de 1970 y mi adolescencia transcurrió en los años ochenta en Pelotas. Viví mi sexualidad en el clóset hasta los 20 años porque sabía que, si la revelaba, todo iba a salir mal. Vivía en pánico. Era algo muy evidente, pero que no podía decir. De hecho creo que eso tiene que ver con mi manera de escribir. Hubo épocas en las que llevé un diario en cla-

ve. También le escribía a mi novia en clave. Porque nadie podía enterarse.

En 2005, el grupo "Escuela Sin Partido" creó la expresión "ideología de género", que ha estado a la cabeza de la guerra cultural en curso en Brasil. ¿Existe la "ideología de género"?

No. Como tú mismo dijiste, es un concepto que inventó esa gente, que claramente no tiene nada mejor que hacer que controlar la sexualidad ajena. Los LGBTQI+ son uno de los enemigos del momento (como en el siglo pasado lo eran los judíos, por ejemplo). Lo que hay en realidad es presión para que nos resignemos a un género, presión por parte de la sociedad. Y la heterosexualidad obligatoria, que tan bien señaló Adrienne Rich. Naces mujer y ya está, vas a tener que atar tu vida a la de un hombre. Lo gracioso —o lo trágico— es que ningún LGBTQI+ está tratando de convertir a nadie, sólo está tratando asegurar derechos básicos: el derecho de cada persona a ser sí misma.

En noviembre de 2017, alrededor de cien manifestantes, frente al lugar donde la filósofa estadounidense Judith Butler daría una conferencia en São Paulo, quemaron una muñeca en forma de bruja que tenía su rostro, y además hicieron una carta con miles de firmas contra la "ideología de género". ¿Qué representó ese episodio?

Una payasada. Un teatrillo de esos estúpidos. Claro que es preocupante, porque son personas altamente manipuladas, y quién sabe qué cosas estarán dispuestas a hacer además de confeccionar y quemar muñecos.



Carolina Monterrubio, *Sola me gusto*, 2019. Cortesía de la artista

Más recientemente, en septiembre de este año, el gobierno brasileño caracterizó documentos que hablan de la "ideología de género" como "sigilosos", y restringió el acceso público a su contenido durante los próximos cinco años. Esta decisión es contraria a la Ley de Acceso a la Información, que permite que el ciudadano tenga acceso a información del Estado. Con semejanza censura, ¿es posible que todavía vivamos en un Estado de derecho en Brasil?

Me está costando mucho trabajo ver a Brasil como un país, una nación, un lugar serio. Todo me parece una farsa con estos políticos en el poder. Y, no obstante, los resultados son bastante reales.

En septiembre de 2019, una moción de repudio contra Un útero es del tamaño de un puño fue propuesta ante la Asamblea Legislativa del Estado de Santa Catarina como reacción ante el hecho de que tu libro consta en la lista de lecturas obligatorias para presentar el examen de admisión a la universidad. En la tribuna, el autor de la moción, el diputado evangélico Jessé

Lopes (Partido Social Liberal), le dijo a la diputada Luciane Carminatti (Partido de los Trabajadores), que repudió la moción, que le regalaría el libro "para que pueda dárselo a alguien de su familia que tenga 18 años y quiera saber qué tamaño tiene un útero y si le cabe un puño adentro". ¿Qué se siente estar en el ojo del huracán? ¿La poesía todavía tiene el poder de incomodar?

Lo primero que pensé fue: "¿Cómo pueden ser tan estúpidos?" Si prohíben la lectura de un libro, van a llamar más la atención sobre él. La intención era la autopromoción: esos(as) diputados(as) necesitan llamar la atención todo el tiempo, porque son estúpidos(as), no tienen la capacidad para ocupar un cargo público. Y es obvio que les valen los tales "valores cristianos" que dicen que yo ofendo. Lo único que quieren es dinero. No son capaces de leer un libro, ni de poesía ni de nada. A esa gente no le importa la poesía. Se están burlando de nosotros. Pero nada dura para siempre, ¿no? La historia lo demuestra. **U**

POEMA

TRES POEMAS CON AYUDA DE GOOGLE

Angélica Freitas

Traducción de Paula Abramo

la mujer va

la mujer va al cine
la mujer va a hacer de las suyas
la mujer va a ovular
la mujer va a sentir placer
la mujer va a pedirte más
la mujer va a volverse loca por ti
la mujer va a dormir
la mujer va al médico y se queja
la mujer va notando el crecimiento de su vientre
la mujer va a pasar nueve meses con un niño en la barriga
la mujer va a realizarse el primer ultrasonido
la mujer va al quirófano y la anestesian
la mujer va a casarse a tener hijos a cuidar a su marido y a sus niños
la mujer va a un curandero con un grave problema de hemorroides
la mujer va sintiéndose abandonada
la mujer va gastando sus folículos primarios
la mujer va a arrepentirse hasta la última lágrima
la mujer va a la perrera dispuesta a comprar un perro
la mujer va al fondo de la camioneta y se sienta a lloriquear
la mujer va a poner orden en la casa
la mujer va al supermercado a comprar lo que se necesita
la mujer va a entrar en la casa para poner la mesa
la mujer va a renunciar a intentar cambiar a un hombre
la mujer va más temprano a la agencia
la mujer va al trabajo y deja al hombre en la cocina
la mujer va a salir con otro al final
la mujer va a ganarse un lugar bajo el sol
la mujer va a poder manejar en afganistán

la mujer piensa

la mujer piensa con el corazón

la mujer piensa de otra manera

la mujer piensa en nada o en algo muy semejante

la mujer piensa tal vez en compras quién sabe

la mujer piensa mediante metáforas

la mujer piensa en el sexo

la mujer piensa más en el sexo

la mujer piensa: si lo hago con él, va a pensar que lo hago con todos

la mujer piensa mucho antes de hacer tonterías

la mujer piensa embarazarse

la mujer piensa que puede dedicarse de tiempo completo a la carrera

la mujer piensa en esto, antes de embarazarse

la mujer piensa inmediatamente que puede estar embarazada

la mujer piensa más rápido, pero el hombre no le cree

la mujer piensa que sabe de hombres

la mujer piensa que debe ser una "supermamá" perfecta

la mujer piensa primero en los demás

la mujer piensa en la ropa, en los niños, en los viajes, en los paseos

la mujer piensa no sólo en su ropa, sino en su pelo, en su maquillaje

la mujer piensa qué podría haber pasado

la mujer piensa que fue su culpa

la mujer piensa en todo esto

la mujer piensa emocionalmente

la mujer quiere

la mujer quiere que la amen
la mujer quiere un tipo rico
la mujer quiere conquistar a un hombre
la mujer quiere un hombre
la mujer quiere sexo
la mujer quiere tanto sexo como el hombre
la mujer quiere que la preparación para el sexo se dé lentamente
la mujer quiere ser poseída
la mujer quiere un macho que la domine
la mujer quiere casarse
la mujer quiere que su marido sea su compañero
la mujer quiere un caballero que la cuide
la mujer quiere amar a sus hijos, a su hombre y a su hogar
la mujer quiere hablar para analizar la relación
la mujer quiere hablar y el botafogo quiere ganarle al flamenco
la mujer quiere simplemente que la escuches
la mujer quiere algo más que eso, quiere amor, cariño
la mujer quiere seguridad
la mujer quiere meterse en tu correo
la mujer quiere tener estabilidad
la mujer quiere nextel
la mujer quiere tener una tarjeta de crédito
la mujer quiere todo
la mujer quiere que la valoren y respeten
la mujer quiere separarse
la mujer quiere ganar, decidir y consumir más
la mujer quiere suicidarse

Quiero a una machorra de presidente. Quiero a un enfermo de sida de presidente y a una musculoca de presidente o de presidenta o de secretario o de secretaria de Gobernación y quiero a alguien sin seguro médico ni IMSS, quizá sólo con Seguro Popular, o ni eso, y quiero a alguien que haya crecido en un poblado tan contaminado de desechos tóxicos que su única opción en la vida sea la leucemia. Quiero un presidente que se haya practicado un aborto a los dieciséis y quiero un candidato que no sea el menos peor entre tres pobres diablos y quiero un presidente que haya perdido de sida a su último amor, que lo siga viendo cuando yace con los ojos abiertos en la oscuridad, alguien que haya sostenido en sus brazos a su amante sabiendo que ambos están, que estaban, que está muriendo. Quiero un presidente que no tenga aire acondicionado, que haya hecho una fila de todo el día en una clínica del ISSSTE, en la delegación, en la procuraduría, y que haya estado desempleado, que lo hayan echado, despedido, corrido, lanzado, desalojado, que lo hayan y la hayan acosado sexualmente, que le hayan gritado puto, puto, y que por puto lo hayan puteado, para que se te quite pinche puta, y que haya sido deportado. Quiero a una madre que haya pasado días y días buscando a su hijo en una fosa clandestina bajo el sol ardiente, a la madre que pintó de rosa la cruz de su hija, quiero de presidente a los padres de los desaparecidos que no quiso recibir el presidente. Quiero de presidenta a una sobreviviente de violación. A alguien que haya amado y haya terminado herido, a alguien que respete el sexo, que haya cometido errores y haya aprendido de ellos. Quiero a una mujer indígena de presidenta. Quiero a alguien con pésima dentadura ~~pero con actitud~~, alguien que haya tragado ~~esa~~ ~~esquerrosa~~ comida de hospital, alguien que se travista y se meta drogas y haya estado en terapia. Quiero a alguien que haya cometido acciones de desobediencia civil. Y quiero saber por qué esto no es posible. Por qué y cómo aprendimos allá, muy al comienzo de la fila, que un presidente siempre tiene que ser un pelele: siempre el padrote y nunca la puta. Siempre el jefe y nunca el empleado, siempre el ladrón, nunca el preso.

Quiero un presidente

Zoe Leonard

Traducción de Luis Felipe Fabre. Tomado de Revista Código

<https://revistacodigo.com/arte/zoe-leonard-quiero-un-presidente/>



María del Rosario Leyva Duarte, *La marea*, 2019



FEMINISMOS DESDE ABYA YALA

FRAGMENTO

Francesca Gargallo

La antropóloga kaqchikel Ofelia Chirix habla abiertamente de la necesidad de “descolonizar” al feminismo para entender que no todas las mujeres deben tener ideas y proyectos semejantes para lograr su liberación y buena vida. Para que se respete una real y completa diferencia sexual y étnica, la perspectiva de género debe aplicarse a la realidad de los pueblos indígenas y no puede obviarse que en los últimos veinte años la lucha de las mujeres mayas por hacerse de una voz ha generado tensiones, “ya que en las organizaciones indígenas donde los dirigentes son hombres se suele poner el asunto de la tierra como un tema prioritario que no deja espacio para nada más, invisibilizando los derechos de las mujeres y las desigualdades de género”.¹

Para la lesbiana feminista aymara Mildred Escobar, el feminismo es la opción de las mujeres indígenas para defender su libertad de amar; “no es una teoría ajena a mi vida cotidiana, es la posibilidad de construirme el derecho de estar libremente en la calle en una acción solidaria con más mujeres”.

¹ El 28 de agosto de 2010, durante el segundo día de actividades de la primera Asamblea Latinoamericana de las Voces de los Pueblos, en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la UNAM, Chirix sostuvo además que es indispensable una perspectiva de género en las políticas indígenas, porque deben superarse los pendientes que tienen los pueblos originarios con las mujeres, quienes a pesar de algunos avances todavía son afectadas por el machismo y la discriminación. En los pueblos mayas, señaló, todavía es predominante una visión idealista y romántica que considera al machismo y otros vicios sociales como si fueran siempre ajenos, y un discurso de justicia que no siempre se aplica en el interior, y ahora las mujeres lo cuestionan. Por ello, es necesario descolonizar la teoría feminista e integrarla a la cosmovisión de los pueblos originarios de América.

Integrante de la Asamblea Feminista en El Alto, en los años 2008 y 2009, Mildred fue nombrada autoridad del Movimiento TLGB (Travesti, Lésbico, Gay y Bisexual), donde como feminista logró darle nombre a su seguridad de que el amor es contradictorio:

Yo amo a mi padre aunque sepa que es un tirano machista, que es algo que rechazo, pero no amo a ningún otro hombre, porque no tolero su violencia. Es como feminista que me he dado cuenta de que en una sociedad tan patriarcal como la aymara, la violencia patriarcal no despierta sólo depresión, sino también una rebeldía contestataria en las mujeres. Aquí la violación de una lesbiana es un intento de apropiación por parte de un hombre del útero de una mujer que se le escapa. Si a los hombres eso se les hace todavía natural, a las mujeres se les hace cada día menos tolerable.²

La feminista autónoma mapuche en Santiago Marcia Quirilao Quiñinao considera que ella hace política feminista antes que política mapuche porque no puede vivir su nacionalidad como una religión. Por lo tanto, al des-dogmatizar su nacionalidad, se niega a defender una política comunitaria convertida en un "espacio político para el maltrato".

Las mujeres mapuche, sostiene, "no se atreven a destejer lo patriarcal inherente a su cultura, escondiéndolo detrás de la fuerza que los hombres reconocen a las campesinas o a la sabiduría de las Machis". No obstante, "el conflicto que las mujeres mapuche sienten con el feminismo" no es sólo fruto de su cierre ideológico, sino que se deriva de que

² Entrevista que me concedió en el Centro de Salud Sexual y Reproductiva de El Alto, el 20 de abril de 2011.

éste no reconoce, recoge o rescata la cultura de la tierra y la convivencia comunitaria relacionada con la cosmovisión, porque el feminismo se quiere vivir como algo general y las únicas diferencias que reconoce en su seno son las de clase social.³

DIÁLOGO ENTRE FEMINISTAS Y REVISIÓN DE LAS DISCIPLINAS

Las pensadoras mestizas críticas que abordan la cultura de los pueblos, cuyos largos procesos históricos han sido distorsionados y negados, saben que

hoy se continúa considerando a la población indígena una sola masa homogénea. Se pasan por alto los aspectos fundamentales que los definen como pueblos específicos, vale decir lingüísticos, culturales, históricos, económicos, políticos.⁴

Esta consideración básica y difusa provoca que aun antropólogas muy bien intencionadas como, para dar un ejemplo entre las mejores, la alemana Angela Meentzen, que a finales de la década de 1990 efectuó un estudio respetuoso y profundo de las relaciones de género entre los aymaras peruanos, se pregunten cómo experimentan las mujeres su vida cotidiana, qué principios orientadores siguen, cómo se organizan las relaciones de género, qué efectos produce la modernidad emancipadora sobre su identidad femenina, cómo se transforman desde fuera las relaciones de poder, pero nunca investiguen, pregunten, estudien o anali-

³ Ideas expresadas durante una entrevista que me concedió en el jardín de la Comuna de Ñuñoa, en Santiago de Chile, el 9 de mayo de 2011.

⁴ Ileana Almeida, *Historia del pueblo kechua*, Ediciones Abya Yala, Quito, 2005, p. 15.

cen cuáles son las ideas de liberación de las propias mujeres indígenas.

Angela Meentzen, para seguir con su valiente investigación (llevada a cabo en un Perú devastado por más de una década de violencia de Estado, la cual perjudicó mayoritariamente a los pueblos originarios), intenta entender cómo y por qué las mujeres tienen dificultades para liberarse del rol de “protectoras de la tradición” que les adjudican los dirigentes comunitarios hombres para impedir su movilidad y escolarización.

[Estudió] lo que se conoce acerca de la visión femenina del mundo rural aymara, siendo relevante la reconstrucción de los patrones de

percepción, pensamiento y acción de las mujeres, para tener un cuadro completo de las relaciones sociales existentes en la comunidad que supere el sesgo de la interpretación exclusivamente masculina.⁵

Para ello convivió y recogió importantes testimonios personales de mujeres aymaras, pero según se lo imponía su disciplina —que no cuestionó como instrumento del saber hegemónico—, lo hizo sólo para definir los principios normativos socialmente transmitidos

⁵ Angela Meentzen, *Relaciones de género, poder e identidad femenina en cambio. El orden social de los aymaras rurales peruanos desde la perspectiva femenina*, Centro Bartolomé Las Casas/Deutscher Entwicklungsdienst, Cuzco, 2007, p. 17.



Francisca Álvarez, *Especie vulnerable*, 2019. @cacarea

que orientan su vida. Aun priorizando los ámbitos de acción femenina, no los vio desde el reconocimiento de una idea propia, producida teóricamente por las mujeres aymaras, de su identidad y de su necesidad de liberarse del entronque entre el patriarcado colonial y racista y el patriarcado aymara, de origen precolonial. Para Meentzen, de alguna manera, los mecanismos de control y sanción para el mantenimiento de la desigualdad social entre mujeres y hombres en la comunidad aymara, aunque tengan especificidades etnicoeconómicas, son fundamentalmente los mismos que actúan en el conjunto de los pueblos in-

como en la definición de pueblos indígenas. Desde sus estudios sobre la construcción de los comportamientos sexuales defiende una radical autonomía cultural en el derecho al placer sexual de las y los kaqchikeles. Desde ahí asume que el feminismo, o más bien el *Q'ejelonik*, que ella define como un encuentro de mujeres que no conocen el feminismo, ni necesariamente son feministas, y que equivale a un momento privilegiado donde las mujeres hablan sobre cosas íntimas, debe servir para romper con el encasillamiento de la cultura indígena en los ámbitos del "subdesarrollo" y la curiosidad folclórica, y no para re-

En Nuestra América existen diversos tipos de relación entre las mujeres mestizas y las mujeres de los pueblos originarios que se inscriben en una peculiar tradición de alianzas.

dígenas. Las ideas de las mujeres no son tales, son repeticiones más o menos personalizadas por experiencias vivenciales diferentes de patrones genéricos subordinados: todas iguales, homogéneas.

El ocultamiento de la existencia de diferentes maneras de abordar y cuestionar la propia identidad sexual, así como la relación entre mujeres y las acciones que de ella se derivan, son parte de esta tendencia general de ver a "todas" las indígenas como igualmente subordinadas, silentes oprimidas necesitadas de la solidaridad de las blancas y mestizas, verdaderos "objetos" de su interés.

Ante estas posiciones, la socióloga kaqchikel Emma Chirix, hermana de Ofelia y activista de la participación de las mujeres en los movimientos indígenas, postula que esta mirada unilateral "interviene" tanto en la construcción de la feminidad y la masculinidad,

novarlos. Confronta, por lo tanto, diversos pensamientos sobre la sexualidad:

Algunos enriquecieron mi conocimiento y otros me provocan malestar porque existen autores androcéntricos y etnocéntricos que insisten en homogeneizar el pensamiento y las identidades en torno a la sexualidad, mantienen e imponen un modelo sexual que no está acorde con nuestra realidad social.⁶

La valorización de Chirix de las prácticas sexuales del pueblo kaqchikel tiene cierto paralelismo con las acciones reflexivas de las feministas del Grupo de Estudios Subalternos de India. Éstas han elaborado, en efecto, una teoría de la sexuación de la subalterni-

⁶ Emma Chirix, *Ru rayb'äl ri qach'akul. Los deseos de nuestro cuerpo*, Ediciones del Pensativo, Guatemala, 2010, p. 4.

dad ante el saber universalizante occidental y ante el saber patriarcal de sus países. Gayatri Spivak y Chandra Talpade Mohanty denuncian, como Chirix, que la mujer del mundo no hegemónico es representada por el feminismo blanco bajo un colonizado y monolítico discurso que la describe como una persona sin control sobre su propio cuerpo, atada a la familia, al trabajo doméstico, ignorante y pobre.

Existe una lectura posible de la relación entre las feministas universitarias, urbanas, de las capitales latinoamericanas o de Europa y Estados Unidos, con las mujeres de los pueblos originarios, que se puede leer fácilmente en la relación dominante-subalterna propuesta por las pensadoras indias y recuperada por pensadoras africanas, asiáticas y latinoamericanas en las últimas décadas. De hecho, puede hacerse un símil entre la relación de las antropólogas mexicanas y las mujeres nahuas de Puebla con la descripción que hace la africana Joy Ezeilo de las mujeres igbo de Nigeria en relación con las afroamericanas que llegaron a “ayudarlas”.

No obstante, en Nuestra América existen diversos tipos de relación entre las mujeres mestizas y las mujeres de los pueblos originarios que se inscriben en una peculiar tradición de alianzas entre personas indígenas, blancas y negras cuando buscan alternativas al poder y el saber hegemónicos.

Se trata de una tradición utópica propia. Puede rastrearse, por ejemplo, en la filosofía de la educación del brasileño Paulo Freire así como entre madres y parteras, en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y ciertas comunidades ecológicas y multiétnicas de la Amazonia colombiana: búsquedas de un diálogo entre saberes, de aprendizajes y enseñanzas mutuos y de producciones agrícolas



amor. visibilidad respeto

Del taller de grabado e ilustración Estampa Feminista.
@estampa.feminista

no determinadas por el mercado, como las del Ejido Vicente Guerrero, en Tlaxcala, México, y las de la Coordinación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (CONAMURI) en Paraguay. Se trata de una tradición norteamericana histórica aunque subterránea, cimentada en las alternativas a las imposiciones culturales de las clases dominantes, que permite el diálogo de ideas entre mujeres que quieren salirse del maltrato y la pobreza y pertenecen a pueblos diferentes.

Una tradición que puede sacar agua del pozo de proyectos mestizos, de blancos pobres aliados con todas las comunidades originarias que se rebelaron cada año durante 500 y más años, de utopistas, socialistas libertarios, comunistas y aun de feministas como la maestra y periodista anarquista e indigenista mexicana Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, quien en 1936 publicó un panfleto de título tan sugerente como *República Femenina* y buscó configurar una comunidad de mujeres indígenas y mestizas que se rigieran por sus propios deseos, según postulados éticos derivados de su experiencia de vida como madres.

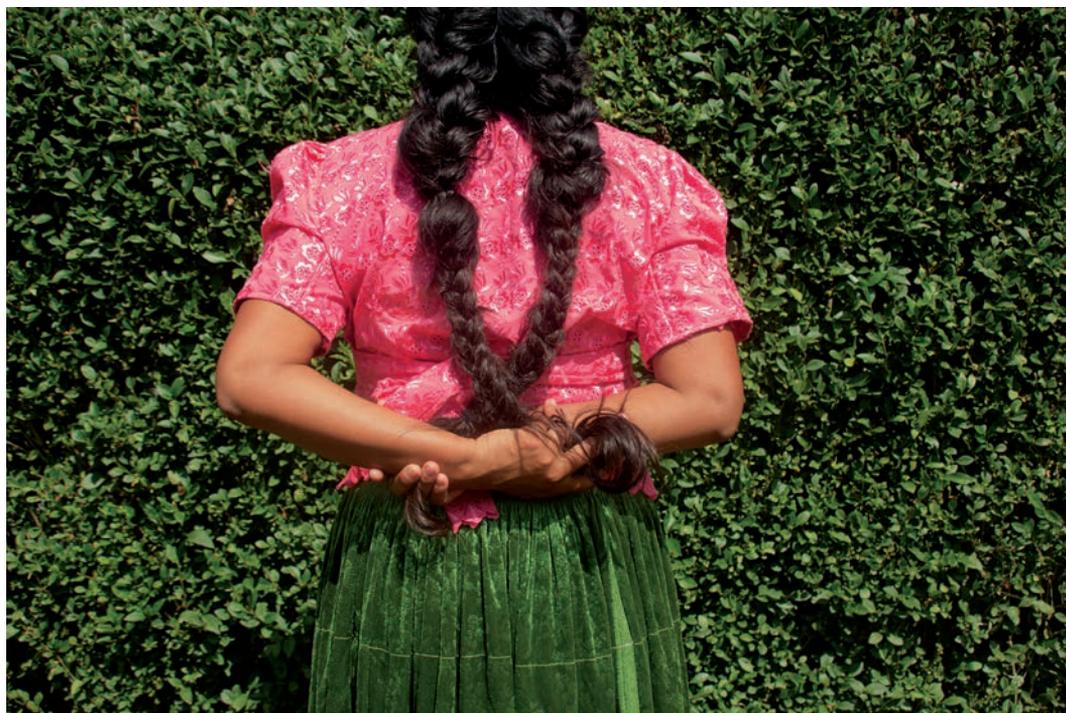
Es en esta dirección que se inscriben las palabras de la feminista hondureña Breny Mendoza:

Las feministas latinoamericanas decimos que la razón genocida del Occidente debe abrirle lugar a un pensamiento alternativo, una razón más allá del Occidente, una razón postoccidental, que está más allá de la democracia y quizá más allá del feminismo, si es que el feminismo occidental ha de servir para dejar sin realidad a las mujeres del Tercer Mundo en el nombre de la liberación femenina, como hemos podido ser testigos recientemente.⁷

⁷ Breny Mendoza, "Los fundamentos no democráticos de la democracia: un enunciado desde Latinoamérica postoccidental", en *Encuentros*, 2006, vol. III, núm. 2, San José de Costa Rica, pp. 85-93, bit.ly/341K5Xy.

El diálogo entre feministas de pueblos (y, por ende, de construcciones sociales del sexo) diferentes en América apunta precisamente a la construcción de una alternativa a un feminismo inconsciente de su adscripción al colonialismo occidental, en el horizonte de un presente donde nadie se quede sin realidad. **U**

Fragmento tomado de Francesca Gargallo, *Feminismos desde Abya Yala Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*, primera edición digital, Editorial Corte y Confección, Ciudad de México, enero de 2014, disponible en: francescagargallo.wordpress.com/. Reproducido bajo licencia CC BY-NC-ND.



Sallisa Rosa, fotografía de la bailarina argentina Ana Vásquez, 2018. Cortesía de la artista

Les escribimos en nombre de las aproximadamente 700,000 mujeres que trabajan en los campos agrícolas y emparadoras de todo Estados Unidos. Durante las últimas semanas, hemos visto y oído con tristeza a las actrices, modelos y otras mujeres que se han atrevido a hablar de la violencia de género que han sufrido a manos de sus jefes, compañeros de trabajo y otra gente poderosa en la industria del entretenimiento. Nos gustaría decir que nos impresiona darnos cuenta de lo generalizado que está el problema en su industria. Tristemente, no nos sorprende porque es una realidad que conocemos demasiado bien. Incontables trabajadoras agrícolas en todo el país sufren en silencio por los abusos y acosos sexuales generalizados que enfrentan en el trabajo.

Aunque trabajemos en ambientes muy distintos, compartimos la experiencia de ser presas de individuos que tienen el poder de contratar, despedir, poner en la lista negra o amenazar de alguna otra manera nuestra seguridad económica, física y emocional. Como les pasa a ustedes, hay pocos puestos disponibles para nosotras y reportar cualquier tipo de daño o injusticia cometida en contra nuestra no parece una opción viable. Quejarse de cualquier cosa —incluso de acoso sexual— parece impensable porque hay demasiado en riesgo, incluida la capacidad de alimentar a nuestras familias y de mantener nuestra reputación.

Entendemos el dolor, la confusión, el aislamiento y la traición que pueden sentir. También cargamos con la vergüenza y el miedo que resultan de esta violencia. Traemos a cuestas una carga opresora. Pero, en el fondo de

Queridas hermanas:

Nosotras no trabajamos bajo reflectores ni en la pantalla grande.

Trabajamos en las sombras de la sociedad, en campos aislados y emparadoras fuera de la vista y de la mente de la mayoría de la gente de este país. Su trabajo alimenta las almas, llena los corazones y propaga alegría. Nuestro trabajo nutre a la nación con las frutas, verduras y otros cultivos que plantamos, cosechamos y empaquamos.

nuestro corazón, sabemos que no es nuestra culpa. Los únicos culpables son los que decidieron abusar de su poder para acosarnos, amenazarnos y dañarnos, como las dañaron a ustedes.

En estos momentos de desesperación, mientras lidian con el escrutinio y las críticas porque decidieron valientemente denunciar los espantosos actos cometidos en su contra, sepan que no están solas. Les creemos y las apoyamos.

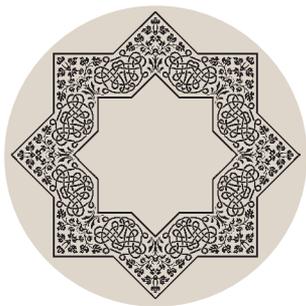
En solidaridad

Alianza Nacional de Campesinas

Traducción de Ana Inés Fernández Ayala. Esta carta fue publicada en inglés el 10 de noviembre de 2017 en la revista *Time*. Disponible en time.com/5018813/farmworkers-solidarity-hollywood-sexual-assault/



Maryam Yousif, *Puabi Bust*, 2019. Cortesía de la artista



UN DEBATE IDENTITARIO: EL CONTRAMODELO OCCIDENTAL

FRAGMENTO

Leila Slimani

Traducción de Malika Embarek López

Sin ánimo de ofender a quienes se sirven de la caricatura como arma, debo aclarar que las personas que entrevisté no son “una élite laica”. Son mujeres de todas las condiciones sociales, con unas historias y unas aspiraciones propias. Ninguna de ellas criticó su supuesta “identidad” marroquí, y su única reivindicación es vivir libres y disponer de su cuerpo a su antojo.

La novelista nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie, autora de *Todos deberíamos ser feministas*, cuenta que un profesor de universidad nigeriano le dijo un día que el feminismo no era africano. “No forma parte de nuestra cultura”, le soltó bruscamente. También para los islamistas, el feminismo universalista no es más que el caballo de Troya de Occidente. Según ellos, los principios de la Ilustración son un engaño. ¿No sirvieron acaso para legitimar la colonización? ¿No son una superchería, puesto que los dirigentes occidentales los ignoran ante el menor contrato jugoso? Un día, mientras defendía en un acto público la idea de la despenalización de las relaciones sexuales en Marruecos, un hombre se levantó en la sala, indignado, y me acusó sin más de querer generalizar la homosexualidad y convertir Marruecos en un inmenso lupanar. Si te atreves a decir que sí, que de Occidente envidias la libertad sexual, la igualdad entre sexos y, como mujer, el poder caminar sola por la calle de noche y sin miedo, te consideran una traidora. Y, sin duda, te volverán a lanzar ese argumento sibilino: “¿Es más libre una mujer que se exhibe en bikini, que se somete a los dictados eróticos,

Aceptar la libertad de la mujer es acelerar la descomposición del orden social y condenar a muerte una cultura y unas tradiciones.

que una que lleva *hiyab*? ¿Acaso son más felices las occidentales?”.

Cuando comento a mis amigos franceses lo obsesionados que están con Occidente en la otra orilla del Mediterráneo, se quedan dubitativos, por no decir algo hartos. “¡Basta ya con Occidente! La colonización acabó hace tiempo. ¡No van a echarnos la culpa de todo!” En efecto, las potencias coloniales se fueron y las relaciones con las antiguas colonias se han distendido. Pero desde la década de los noventa, las sucesivas guerras en el mundo árabe se viven como una humillación, y la hegemonía del modo de vida occidental se percibe como una colonización encubierta. Para Abdelhak Serhane, autor de *L'Amour circoncis*, “la cultura occidental sólo ha conseguido trastocar en sus formas la identidad tradicional y situar al individuo en unas ambigüedades inquietantes, que son fuente de conflicto”. La sensación de padecer la modernidad y la globalización refuerza la voluntad de los hombres de mantener vivo el patriarcado, como símbolo de una identidad amenazada. El espacio sexual se convierte en el único en el que pueden ejercer su dominio.

Para los salafíes, Occidente es un contramodelo: el de la transparencia a ultranza, donde todo se dice, todo se ve, donde se fornicaba en cualquier lugar y momento, donde el cuerpo femenino no es objeto de pudor alguno. Ceder a dicho modelo es arriesgarse a sumirse en el caos. Aceptar la libertad de la mujer es acelerar la descomposición del orden social y condenar a muerte una cultura y unas tradiciones. Cualquiera que mencione Occidente a

un islamista, observará que enseguida se lanza a hablar de las mujeres, de los homosexuales o de la libertad sexual. Para ellos, lo que caracteriza a Occidente es ante todo “la anarquía de sus costumbres” o “la desviación sexual”. El estudio *Islam and the West*, realizado por los estadounidenses Roland Inglehart y Pippa Norris, entre 1995 y 2001, mostraba que las mayores divergencias de opinión entre el mundo musulmán y Occidente no residen en los valores democráticos o en los sistemas políticos, sino en el papel de las mujeres y las cuestiones relacionadas con la sexualidad. Según estos investigadores, “la brecha cultural que separa el islam de Occidente tiene que ver más con Eros que con Demos”.

Con frecuencia, el debate se reduce a señalar con el dedo a cada bando y caricaturizarlo. Los conservadores denigran lo que denominan “las corrientes laicas”, y los progresistas reivindicaban la *modernidad*, palabra que en sus labios se vuelve insignificante. Según ellos, yo formo parte de esa élite occidentalizada, que goza de privilegios y está desconectada de las realidades de la mayoría de mis conciudadanos. ¿Es motivo suficiente para deslegitimarme? ¿Debo, por ello, como gran parte de la burguesía marroquí, contentarme con vivir oculta? ¿Disfrutar en mi espacio privado de unas libertades que están prohibidas por la ley? ¿Comportarme como quiero, porque tengo los medios, en unos espacios públicos reservados a personas procedentes de mi clase social? Durante mucho tiempo he creído en ello. Sucumbí a la idea de que imponer mi opinión implicaba cierta condescendencia. Hoy creo que lo único que importa es la legitimidad de lo que defiendo. Me baso en unos valores universales y rechazo absolutamente la idea de que la



Shaghayegh Cyrous, de la serie *Motivation*, 2010. Cortesía de la artista

identidad, la religión o cualquier legado histórico despojen a los individuos de unos derechos que son universales e inalienables.

Al contraponer una identidad musulmana, basada en la virtud y la abstinencia, a una cultura occidental que sería supuestamente la de la depravación, se está negando por completo nuestro legado cultural. La cuestión no es identitaria ni moral, sino política. Se puede considerar que si los musulmanes no tienen derechos sexuales es porque la mayoría de los regímenes en los que viven se sustentan en la negación de las libertades individuales. El creyente-ciudadano no está autorizado a pensar por sí mismo y a tomar sus decisiones con conocimiento de causa. Tampoco está autorizado a hacer el amor con quien quiera. Como afirma la socióloga egipcia de expresión inglesa Shereen El Feki en *Sex and the Citadel: Intimate Life in a Changing Arab World*,

la religión es un instrumento de control social, ejercido en particular sobre las mujeres y los jóvenes. Los regímenes, cuanto más se ven sometidos a presión, más reprimen la sexualidad bajo el velo del islam.

El sociólogo Abdessamad Dialmy me comentó que “en los años setenta, tras la revolución sexual en Europa y en Estados Unidos, algunos intelectuales del mundo árabe empezaron a interesarse por la cuestión de la sexualidad, del cuerpo”. Prueba de ello es el libro de Abdelwahab Bouhdiba, *La Sexualité en Islam*, y las obras de Fátima Mernissi, Assia Djebar o Malek Chebel. Desde hace varias décadas, una nueva generación de intelectuales, procedentes sobre todo del Líbano o de Egipto, trata de manera más directa la cuestión de la libertad sexual en los países musulmanes.

Pero en el día a día, el militantismo sigue centrándose en la problemática de la igualdad de sexos. Revalorización de los derechos, lucha por el acceso a la educación, a la sanidad, al empleo, a la contracepción: en cincuenta años, las feministas han realizado un trabajo colosal. Sin embargo, el combate contra la represión sexual es aún una cuenta pendiente. **U**

Leila Slimani, “Un debate identitario: el contramodelo occidental”, en *Sexo y mentiras. La vida sexual en Marruecos*, Malika Embarek López (tr.), Cabaret Voltaire, Madrid, 2018. Se reproduce con autorización.



CARTA DE KOMALÊN JINÊN KURDISTÁN (KJK), “MOVIMIENTO DE MUJERES KURDAS” EN ESPAÑOL, A LA PORTAVOZ DEL CONCEJO INDÍGENA DE GOBIERNO

Coordinación del Movimiento de Mujeres kurdas Komalên Jinên Kurdistan (KJK)

Para la compañera María de Jesús Patricio Martínez, representante de la voluntad del pueblo indígena de México y del Concejo Indígena de Gobierno

[...] Sin duda ningún pueblo es superior a otro, pero en un momento en que la modernidad capitalista trata de destruir todo valor comunal, los pueblos indígenas son el resguardo del tejido social de toda la humanidad. Los miles de años de memoria colectiva resurgen en nuestras canciones, en nuestros rituales, nuestras oraciones, nuestros tatuajes, nuestras danzas y nuestras tradiciones. Por lo tanto, la lucha por la identidad propia contra los intentos de la modernidad capitalista de borrar las raíces y la memoria de nuestros pueblos se convierte en la más valiosa de las resistencias. En América Latina como en el Kurdistan, las mujeres lideramos esa resistencia. En nuestros países, que fueron las cunas de miles de años de cultura de la diosa madre, la mujer y la vida, la mujer y la libertad, la mujer y la tierra, la mujer y la naturaleza están inextricablemente vinculadas entre sí.

[...] Queremos que sepan que consideramos a todas las mujeres y líderes de los pueblos indígenas que han sido asesinadas por los brazos que operan desde el sistema dominante como nuestras propias mártires y luchamos también para hacer realidad sus mismos sueños y esperanzas. Para nosotros las mártires no mueren. De ellas tomamos la fuerza y renacen en cada lucha que iniciamos. En este contexto, la decisión del pueblo indígena mexicano de declarar a una compañera como representante de su voluntad y hacerla su candidata en las próximas elecciones presidenciales es muy significativa. En este sentido la compañera Marichuy no es sólo la voz de los indígenas de México, sino al mismo tiempo de todas las mujeres del mundo. Queremos expresar que consideramos muy importante y valiosa la candidatura de la compañera Marichuy como representante de los pueblos negados, de las mujeres esclavizadas y de los miles de años de sabiduría ancestral que la modernidad capitalista quiere hacer desaparecer.

MANIFIESTO DE LA COLECTIVA RÍO COMBAHEE

[...]

Sobre todo, nuestra política brotó primeramente de la creencia compartida de que las Negras somos inherentemente valiosas, que nuestra liberación es necesaria, no como adjunta a la de alguien más, sino debido a nuestra necesidad de autonomía como humanas. Esto puede parecer tan obvio como para sonar simple, pero es evidente que ningún otro movimiento ostensiblemente progresista ha considerado nuestra opresión específica como prioridad ni ha trabajado seriamente para acabar con ella. Sólo nombrar los estereotipos peyorativos atribuidos a las Negras (por ejemplo, *mammy*, *matriarch*, *sapphire*, *whore*, *bulldagger*) sin categorizar el tratamiento cruel, frecuentemente sanguinario, indica qué tan poco valor se le ha dado a nuestras vidas durante cuatro siglos de esclavitud en el hemisferio occidental. Reconocemos que las únicas a quienes les importamos lo suficiente como para trabajar por nuestra liberación somos a nosotras mismas. Nuestra política nace de un amor saludable por nosotras mismas, nuestras hermanas y nuestra comunidad que nos permite continuar nuestra lucha y trabajo.

Este enfoque sobre nuestra propia opresión está incorporado al concepto de la política de la identidad. Creemos que la política más profunda y potencialmente la más radical se debe basar directamente en nuestra identidad, y no en el trabajo para acabar con la opresión de otra gente. En el caso de las Negras este concepto es especialmente repugnante, peligroso y amenazante, y por lo tanto revolucionario porque es obvio al ver a todos los movimientos políticos antecedentes al nuestro que en ellos cualquier otra persona merece la liberación más que nosotras.



Rechazamos pedestales, ser reinas y tener que caminar diez pasos atrás. Ser reconocidas como humanas, igualmente humanas, es suficiente.

Nosotras creemos que la política de la sexualidad bajo el sistema patriarcal se adueña de las vidas de las mujeres Negras tanto como la

política de clase y raza. También encontramos difícil separar la opresión racial de la clasista y de la sexual porque en nuestras vidas las tres son una experiencia simultánea. Sabemos que no existe tal cosa como la opresión racial-sexual que no sea solamente racial o solamente sexual; por ejemplo, la historia de la violación de Negras por hombres blancos como un arma de la represión política.

Aunque somos feministas y lesbianas, sentimos solidaridad con los hombres Negros progresistas y no defendemos el proceso de fraccionamiento que exigen las mujeres blancas separatistas. Nuestra situación como gente Negra requiere que tengamos una solidaridad por el hecho de ser de la misma raza, la cual las mujeres blancas por supuesto no necesitan tener con los hombres blancos, a menos que sea su solidaridad negativa como opresores raciales. Luchamos juntas con los hombres Negros contra el racismo, mientras también luchamos con hombres Negros sobre el sexismo.

Reconocemos que la liberación de toda la gente oprimida requiere la destrucción de los sistemas políticos y económicos del capitalismo y del imperialismo tanto como la del patriarcado.

[...]

Manifiesto de la Colectiva Río Combahee [abril de 1977]
Fragmento tomado de *Herramienta*. Revista de debate y crítica marxista, de la Ciudad de Buenos Aires. Traducción elaborada por la revista. Disponible en herramienta.com.ar/articulo.php?id=1802



CIUDADANÍA

UNA LÍRICA AMERICANA (FRAGMENTO)

Claudia Rankine

Traducción de Yolandí Cruz Guerrero

Hennessy Youngman, alias Jayson Musson, cuyos *Art Thoughtz* [sic] [*Pensamientos de arte*] conforman tutoriales en YouTube, educa a los espectadores sobre cuestiones de arte contemporáneo. En uno de sus muchos videos habla de cómo convertirse en un artista negro exitoso, sugiriendo irónicamente que el enojo de los negros es comercializable. Aconseja a los artistas negros que cultiven “una apariencia externa de *nigger* furioso” comenzando con mirar, entre otras cosas, el video de Rodney King mientras trabajan.

Las sugerencias de Youngman están destinadas a evidenciar las expectativas que existen para la negritud, y a la vez subrayan la dificultad inherente en cualquier tentativa de metabolizar una rabia verdadera por parte de los artistas negros. La rabia capitalizada que defiende su video descansa ligeramente en la superficie por el bien del espectáculo. Puede ser empleada o jugada como la carta de la raza y está únicamente ligada a la performatividad de la negritud y no al estado emocional de individuos específicos en situaciones específicas.

En el puente entre esta rabia vendible y “el artista” reside, a veces, una rabia real. En su video, Youngman no aborda este tipo de enojo: el enojo acumulado a través de la experiencia y las luchas cotidianas contra la deshumanización que cada persona morena o negra vive simplemente por el color de la piel. Con el tiempo, este otro tipo de rabia pue-



Lukaza Branfman-Verissimo, *NO* (de la serie *Protest Sign*), 2017. Cortesía de la artista

de evitar, en lugar de alentar, la producción de cualquier cosa que no sea la soledad.

Comienzas a pensar, quizás erróneamente, que este otro tipo de rabia es realmente una clase de conocimiento: del tipo que aclara y decepciona a la vez. Responde al insulto y al intento de ser borrado simplemente afirmando una presencia, y la energía requerida para presentar, reaccionar o afirmar es acompañada por la desilusión visceral: una desilusión en el sentido de que ninguna cantidad de visibilidad altera la forma en que somos percibidos.

El reconocimiento de esta carencia podría destrozarte. O el reconocimiento puede iluminar la borradura que el intento de borradura desencadena. Si tal discernimiento crea un yo más sano, aunque más aislado, no se puede saber. En cualquier caso, Youngman no habla acerca de este tipo de enojo. No dice que presenciar la expresión de este enojo más or-

dinario y cotidiano pueda hacer que el testigo crea que una persona está "loca".

Y la locura es en lo que piensas un domingo por la tarde, mientras bebes una Arnold Palmer, viendo la semifinal femenil del Abierto de Estados Unidos de 2009, cuando el comportamiento explosivo de Serena Williams se roba toda tu atención. Ante tus ojos, Serena en HD se ve poseída por una rabia que reconoces y que te han enseñado a mantener a distancia por tu propio bien. El comportamiento de Serena en este domingo por la tarde en particular sugiere que toda la injusticia que ha sorteado al jugar tenis durante todos los años de su ilustre carrera destella ante ella y finalmente decide responderle con una serie de invectivas. Nada, ni siquiera la repetición de negaciones ("no, no, no") que ella empleó en una situación similar años antes, cuando era una jugadora más joven en el Abierto de EE. UU. de 2004, te prepara para esto. "Dios mío, se ha vuelto loca", le dices a nadie.



Serena Williams, 2014. Fotografía de labradolci.
© BY-NC

¿Cómo se ve el cuerpo de una mujer negra, victoriosa o derrotada, en un espacio históricamente blanco? Serena y su hermana mayor Venus Williams nos recuerdan las palabras de Zora Neale Hurston: “Me siento más negra cuando me arrojan contra un fondo blanco nítido”. Este verso apropiado por Glenn Ligon y plasmado en estencil sobre lienzo usando letras plásticas, embarrando crayones de aceite y grafito para transformar las palabras en abstracciones, parece ser el eslogan de un anuncio sobre un aspecto de la vida de todos los cuerpos negros.

Las palabras de Hurston han sido representadas en la pantalla grande por Serena y Venus: a veces ganan, a veces pierden, han sido

heridas, han estado tristes, han sido felices, ignoradas, abucheadas, aclamadas, y por encima de todo es evidente para quien sea que algunas personas estaban enfurecidas de que ellas simplemente estuvieran ahí —grfito contra un fondo blanco nítido—.

Durante años atribuyes a Serena Williams el tipo de resiliencia que puede esperarse sólo de quienes existen en el celuloide. Ni su padre, ni su madre, ni su hermana, ni Jehová, su Dios, ni el campamento Nike podrían protegerla a la larga de la gente que siente que ese cuerpo negro no pertenece a su cancha, a su mundo. Desde el principio muchos dejaron claro que a Serena le hubiera ido mejor luchando por sobrevivir en las dos dimensiones de una pintura de Millet, en lugar de en su cancha de tenis —más vale poner toda esa fuerza a trabajar en fantasías donde ella labra la tierra, en vez de ahogarse en la turbulencia de nuestros dramas antiguos, como un barco luchando contra una tormenta en un paisaje marino de Turner—.

Entre los detractores de Serena, la más famosa se encarna en Mariana Alves, la distinguida jueza de silla de tenis. En 2004 Alves fue excusada de officiar más partidos en el último día del Abierto de EE. UU. después de marcar cinco errores contra Serena en el partido de cuartos de final contra su compatriota estadounidense Jennifer Capriati. Los servicios y las devoluciones que Alves marcó aterrizaron, asombrosamente sin ser devueltos por Capriati, dentro de las líneas, sin necesidad de otra mirada que lo corroborara. Comentaristas, espectadores, televidentes, jueces de línea, todo el mundo podía ver que fueron bolas buenas, todos, al parecer, excepto Alves. Nadie podía

entender lo que estaba pasando. Serena, con su falda de mezclilla, sus botas negras y su rímel oscuro, comenzó a mover el dedo y a decir "no, no, no", como si al negar el momento ella pudiera impulsarnos de vuelta a un mundo legible. John McEnroe, superestrella del tenis, dado su buen ojo para la injusticia durante su propia carrera profesional, estaba sorprendido de ver cómo Serena había podido mantener la cordura después de perder el partido.

Aunque nadie estaba diciendo nada explícitamente sobre el cuerpo negro de Serena, no eres la única espectadora que pensó que era su cuerpo lo que se interponía en la línea de visión de Alves. Un comentarista dijo que esperaba no sonar desagradable al afirmar: "Capriati gana con la ayuda de los árbitros y los jueces de línea". Un año más tarde, ese partido se citaría para demostrar la necesidad de instalar el "ojo de halcón", una tecnología de arbitraje que le quita la visión al encargado de observar. Ahora la decisión del árbitro puede ser desafiada por una repetición en cámara; sin embargo, en ese momento, después del partido, Serena dijo: "Estoy muy enojada y resentida en este momento. Me sentí engañada. ¿Debo continuar? Siento que me robaron".

Y aunque sentiste indignación por Serena después de ese Abierto de EE. UU. de 2004, a medida que pasan los años parece que Serena logra dejar ir a Alves y a una lista cada vez más larga de otras curiosas decisiones y equivocaciones, cometidas contra ella y su hermana, conforme suceden.

Sí, y el cuerpo tiene memoria. Como un carruaje que tira de algo más que su propio peso.

El cuerpo es el umbral a través del cual cada decisión objetable pasa a la conciencia: toda esa resiliencia imperturbable, impasible y sin parpadear no borra los momentos vividos, incluso cuando somos eternamente estúpidas o eternamente optimistas, tan listas para estar dentro, estar entre, ser parte del juego.

Y he aquí a Serena: cinco años después de Alves, de vuelta en el Abierto de EE. UU., nuevamente en un partido de semifinales, esta vez contra la belga Kim Clijsters. Serena no está jugando bien y pierde el primer set. En respuesta, estrella su raqueta contra la cancha. Ahora, McEnroe no se impresiona por su capacidad de mantenerse tranquila y se anima a decir: "Es lo más enojada que la he visto nunca". El árbitro le da una advertencia; otra violación significará una penalización en el marcador.

Está en el segundo set, en el momento crítico del 5-6 a favor de Clijsters, en el saque para permanecer en el partido, en el punto de partido. La jueza de línea empleada por el Abierto de EE. UU. para observar el cuerpo de Serena, cada uno de sus movimientos, dice que Serena pisó la línea en su saque. ¿Qué? (Al parecer, las cámaras de ojo de halcón no cubren los pies, sólo la pelota.) ¿Qué! ¿En serio? Sí, en serio: ella ha visto un fallo en los pies, que nadie más puede cofirmar a pesar de las varias repeticiones. "No hay falla en los pies, definitivamente no se ve una falla en los pies", dice McEnroe. "Sin duda esto es un sobrearbitraje", dice otro comentarista. Incluso el comentarista de tenis de ESPN, que parece predecible en su disposición a culpar a las hermanas Williams, dice: "Su decisión sobre la falta del pie estaba fuera de lugar". Sí, e incluso si hubo

De repente todas las reglas bajo las que todos los demás juegan dejan de ser aplicables para ti, y denunciar esto diciendo en voz alta "¡lo juro por Dios!" es anunciarte como demente, grosera, loca.

una falta en el pie, a pesar de la regla, rara vez se marca una falta así en los momentos críticos de un partido de Grand Slam porque "No haces un marcaje —dice la jueza de tenis Carol Cox— que puede decidir un partido a menos que sea flagrante".

Cuando miras a la afable Kim Clijsters, tratas de jugar con la idea de cómo hubiera terminado esta escena si hubiera sido al revés. Y cuando Serena se voltea hacia la jueza de línea y dice: "Te juro por Dios que voy a coger esta puta pelota y te la voy a meter en la pinche garganta, ¿me oyes? ¡Lo juro por Dios!", por muy ofensivo que sea su arrebato, es difícil no aplaudirle por reaccionar inmediatamente al ver su cuerpo arrojado contra un fondo blanco nítido. Es difícil no aplaudirle por existir en el momento, por luchar locamente contra la posición supuestamente incorrecta de su cuerpo en la línea de saque.

En 2009 dice, demasiado tarde, las palabras que debería haberle dicho al árbitro en 2004, las palabras que podrían haber enfocado a Alves, un foco desde el que se reconociera lo que realmente estaba sucediendo en la cancha. Ahora la reacción de Serena se lee como locura. Y su castigo por ese momento de romper las cadenas es la mentada penalización en el marcador que resulta en la pérdida del partido, más una multa de 82,500 dólares y un periodo probatorio de dos años por parte del Comité del Grand Slam.

Tal vez la decisión del comité sea sólo acerca del contexto, aunque el contexto no es significativo. Es un evento público que se ve en hogares de todo el mundo. En cualquier caso, es difícil no pensar que si Serena pierde el piso al abandonar todas las reglas de cortesía, podría ser porque su cuerpo, atrapado en un imaginario racial, atrapado en la incredulidad —el código de lo que significa ser negro en Estados Unidos— está regido, no por el partido de tenis en el que participa, sino por la relación con la promesa fallida de jugar bajo las reglas. Quizás así es como se siente el racismo, sin importar el contexto: de repente todas las reglas bajo las que todos los demás juegan dejan de ser aplicables para ti, y denunciar esto diciendo en voz alta "¡lo juro por Dios!" es anunciarte como demente, grosera, loca. Mala deportista.

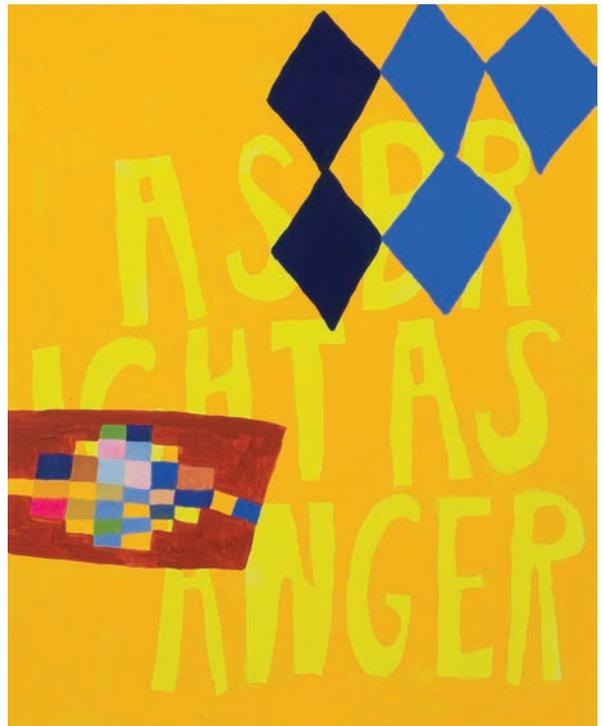
Dos años después, el 11 de septiembre de 2011, Serena juega contra la australiana Sam Stosur en la final del Abierto de EE. UU. Se espera que gane después de que la noche anterior derrotó a la jugadora número uno, la danesa Caroline Wozniacki, en la semifinal. Algunos especulan que Serena quiere ganar este Grand Slam en particular porque es el décimo aniversario del ataque a las Torres Gemelas. Se cree que al ganar demostrará su patriotismo estadounidense de hueso colorado y de una vez por todas será amada por el mundo del tenis (piensa en Arthur Ashe después de muerto). Todos los errores de arbitraje, los abusos, las críticas sobre la manera en que ella ha afeado el juego del tenis, a través de su físico y de su comportamiento, ese racimo de traiciones, se borrarán con esta victoria.

Imaginamos que lo que ella quiere decir es lo que su hermana diría al año siguiente después ser diagnosticada con el síndrome de Sjögren tras perder su partido con gritos de “¡Vamos, Venus!”, en el estadio Arthur Ashe:

Sé que ésta no es la etiqueta tenística correcta, pero es la primera vez que una multitud me apoya de esa manera. Hoy me sentí estadounidense, sabes, por primera vez en el Abierto de EE. UU. Toda mi carrera había esperado tener este momento y aquí está.

Es demasiado agotador y el agotamiento de Serena se manifiesta en su forma de jugar; está perdiendo por un set y un partido. Sí, y finalmente devuelve un gran tiro, un gran golpe de derecha, y antes de que la pelota rebase con seguridad la zona de devolución de Sam Stosur, Serena grita “¡vamos!”, pensando que ha dado un pelotazo ganador e irre recuperable. La árbitra, Eva Asderaki, marca correctamente que Serena, al gritar, interfirió con la concentración de Stosur. Entonces, una bola que Stosur aparentemente no podría haber devuelto se convierte en punto para Stosur. La respuesta de Serena es preguntarle a la árbitra si está intentando jodérsela otra vez. Ella recuerda lo que la árbitra le hizo en el pasado. Como espectadora, tú también, junto con John McEnroe, comienzas a preguntarte si ésta es la misma árbitra de 2004 o 2009. No lo es: en 2004 fue Mariana Alves y en 2009 fue Sharon Wright; sin embargo, el uso de las palabras “otra vez” por parte de Serena devuelve a sus televidentes a las otras veces en las que le llamaron la atención sobre su cuerpo.

De nuevo, las frustraciones de Serena, sus desilusiones, existen dentro de un sistema que tú



Lukaza Branfman-Verissimo, *AS BRIGHT AS ANGER* (de la serie *AS BRIGHT AS YELLOW*), 2018. Cortesía de la artista

sabes que no debes tratar de entender de forma imparcial, porque hacerlo es comprender la borradura del yo como algo sistémico, ordinario. Para Serena, el menosprecio cotidiano es un fuego lento, un goteo constante. Cada mirada, cada comentario, cada mala decisión aflora de la historia, a través de ella, en ti. Comprender es ver a Serena tan acorralada como cualquier otro cuerpo negro lanzado contra nuestro fondo estadounidense. “¿No eres tú quien me jodió la última vez aquí?”, pregunta a la árbitra Asderaki. “Sí, lo eres. No me mires. En serio, ni siquiera me mires. No mires hacia mí. No mires hacia mí”, y lo repite, porque es así de sencillo.

Sí, ¿y quién puede dejar de mirar? Serena no se está quedando sin aliento. A pesar de todo su entendimiento, ella sigue sacando mientras destroza raquetas y deshilacha dobladillos. En los Juegos Olímpicos de 2012 llevó a



Libby Black, *I Think It's Bad When People Start Booing Between Serves*, 2016. Cortesía de la artista
Fotografía de Beatriz Escobar

casa dos de las tres medallas de oro que los estadounidenses ganarían en tenis. Después de su baile de celebración de tres segundos en el patio central del All England Club, los medios estadounidenses informaron:

Y estaba Serena... Bailando como pandillera en el lugar más blanco, crema y nata del mundo... No podemos evitar negar con la cabeza... Lo que Serena hizo fue similar a soltar una broma sexual de mal gusto dentro de una iglesia... Lo que ella hizo fue inmaduro y sin clase.

Antes de hacer el video "Cómo ser un artista negro exitoso", Hennessy Youngman subió a YouTube "Cómo ser un artista exitoso". A la vez que presenta el argumento de que uno necesita ser blanco para ser verdaderamente exitoso, agrega, aparte, que esto podría no funcionar para los artistas negros porque si "un artista negro pinta una flor se convierte en una flor de esclavitud, flor de la Amistad"¹,

insinuando así que cualquier relación entre un espectador blanco y el artista negro se convierte inmediatamente en una dinámica de la persona blanca y la propiedad negra, que era el estado legal de las cosas antes, como ha señalado Patricia Williams en *La alquimia de la raza y los derechos*: "El frío juego de la mirada igualitaria me hace sentir como una hoja delgada de cristal... Yo podría forzar mi presencia, el yo real contenido en esos ojos, sobre ellos, pero me destrozaría en el proceso".

En una entrevista después de su victoria en los Juegos Olímpicos de 2012, el británico Piers Morgan le informa a Serena que planeaba llamar a su baile de la victoria "la movida de Serena"; sin embargo, él ha aprendido de la prensa estadounidense que es un baile de pandillero. Serena responde incrédula preguntándole si cree que parece una pandillera. "Sí", responde él. Bromas a la ligera, quizá, le pese a quien le pese, Serena Williams vuelve a florecer en Serena Williams.

¹ En español en el original. [N. de la E.]

Cuando se le pregunta si está segura de poder ganar sus próximos partidos, su respuesta sigue siendo: "Al final del día, estoy muy feliz conmigo misma y estoy muy feliz con mis resultados".

Serena ganará todos los partidos que jugó entre el Abierto de EE. UU. y el campeonato de fin de año de 2012, y como el tenis es un juego de ajustes, lo hará sin reaccionar ante ninguna de las varias decisiones cuestionables. Más de un comentarista haría hincapié en su capacidad de mantener la calma durante esos partidos. "Es una mujer enamorada", sugiere alguno. "Ha madurado", decide otro, como si responder a la injusticia del racismo fuera algo infantil y su previa demostración de emoción no estuviera ligada a nada y se mantuviera distante de cualquier acción externa de los demás. Otros teorizan que está desarrollando la admirable "lógica tranquila y calculada" de Arthur Ashe, a quien el periodista deportivo Bruce Jenkins consideró "digno" y "valiente" en su capacidad de enfrentar la injusticia sin hacer un drama. Jenkins, quizás inspirado por el nuevo comportamiento de Serena, argumenta que su continuo boicot en Indian Wells en 2013, donde se sintió traumatizada por la agresión de insultos racistas lanzados contra ella en 2001, era una falta de "dignidad" e "integridad" y solamente demostraba "torpeza y rencor". (Serena levantó su boicot en 2015, y Venus levantó el suyo en 2016.)

Al ver a esta nueva Serena contenida, empiezas a preguntarte si finalmente ha dejado de querer algo mejor de sus colegas o si ella también se ha encontrado con *Art Thoughtz* de Hennessy y está canalizando su afirmación de que cuanto menos de esto se comunique, mejor. Sé ambigua. Este tipo de ambigüedad

también podría diagnosticarse como disociación y apoyaría la afirmación de Serena de que tuvo que separarse de sí misma y crear personajes diferentes.

Ahora que no es señalada la injusticia, ahora que no hay gritos, ni insultos, ni dedos meneándose, ni sacudidas de cabeza, los medios deciden tomar partido cuando el 12 de diciembre de 2012, dos semanas después de que Serena sea nombrada Jugadora del Año de la World Tennis Association, la danesa Caroline Wozniacki, una jugadora exnúmero uno, imita a Serena metiéndose toallas en su corpiño y bajo la falda, todo en buena onda, en un partido amistoso. ¿Racista? CNN quiere saber si la indignación es la respuesta correcta.

Es entonces cuando las sugerencias de Hennessy sobre "cómo ser un artista exitoso" regresan a ti: sé ambigua, sé blanca. Queda claro, finalmente, que Wozniacki ha puesto en escena lo que muchos detractores de Serena deseaban, consciente o inconscientemente, en el momento en que la chica de Compton pisó por primera vez una cancha. Wozniacki (aunque hay varias maneras de interpretar sus acciones: burla juguetona de una compañera, homenaje a las payasadas del conocido tenista bromista Novak Djokovic) finalmente le da a la gente lo que siempre ha deseado: encarna los atributos de Serena mientras deja atrás su "furioso *nigger* exterior". Por fin, en este momento real e irreal, tenemos la imagen de Wozniacki, la bondad blanca y sonriente, haciéndose pasar por la mejor jugadora de tenis de todos los tiempos. **U**

Citizen. An American Lyric será publicado próximamente en español por Antilope y Surplus. Se reproduce con autorización.



¿QUIÉN LE TEME A VIRGINIA WOOLF?

Laura Freixas

Madrid, 1991. Era otoño y yo acababa de llegar a la ciudad; la estaba descubriendo. “La novela en Europa”, decía un folleto que vi en alguna parte. Anunciaba un congreso que iba a celebrarse en una de las principales instituciones culturales madrileñas al año siguiente.

Madrid, 1992. Mi primer año en Madrid y el año en el que ésta sería capital cultural europea. La coincidencia parecía un buen presagio: llegaba a un lugar que apreciaba la cultura, que acogía a novelistas. Lo que yo quería ser: estaba escribiendo mi primera novela. En Madrid nos instalaríamos; Madrid sería, tras una etapa de viajes y mudanzas (mi marido y yo nos habíamos conocido en Southampton y habíamos vivido en Barcelona y en París), la ciudad en la que iba a hacer por fin lo que siempre había querido, a convertirme en lo que siempre soñé ser: escritora. Terminaría mi novela, la enviaría a editores, me la publicarían, le pediría a algún autor conocido que me la presentara... Y algún día —seguía soñando, como la lechera— yo sería una de esos novelistas que escriben, publican, viajan, que hablan de lo divino y lo humano con otros creadores y pensadores, ante auditorios... Sería como ellos. Como esos veinte novelistas de toda Europa que iban a congregarse en Madrid.

Abrí el folleto. Leí la lista de participantes (mis futuros colegas..., ¿por qué no?: soñar es gratis). Uno, dos, tres..., conté veinte. Algunos nombres me sonaban, otros no, y éstos los anotaba mentalmente, hambrienta como siempre de descubrir obras, mundos, voces que se me habían escapado hasta entonces. De distintas generaciones, distintas

lenguas, distintos países. Los nombres, las procedencias aguzaban mi curiosidad: ¿qué contaría un escritor noruego?, ¿y uno griego?, ¿y ese otro, albanés? Pero, pero...

Había algo raro y al principio no supe bien qué. ¿Cómo? ¿Podía ser que...? Volví a leer los nombres, uno por uno. No me lo podía creer, pero así era. De los veinte nombres, veinte eran masculinos.

¿Qué? ¿Veinte de veinte? Habían encontrado hasta escritores noruegos o albaneses ¿y no habían sido capaces de encontrar, en toda Europa, a una sola escritora? ¿Eso era normal? Miré a mi alrededor; empecé, por primera vez,

a contar mujeres y hombres en ciclos de conferencias, en las listas de "Últimos títulos publicados" que salían en los libros que leía, entre los directores de las películas en cartelera... Y comprobé con asombro que era normal, sí, si por normal entendemos habitual: poquísimas mujeres en el mejor de los casos, y muchas veces, ninguna. Lo más asombroso era que nadie decía nada.

Y yo, ¿qué podía hacer? A lo sumo, escribir alguna carta: a los organizadores, a algún periódico...

¿Una carta, dices? ¡Ja! ¿Una carta de protesta? Chica, empiezas con buen pie. A esos



Fotograma de Mike Nichols, *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*, 1966

organizadores que sueñas con que te inviten algún día, a esos editores a los que vas a pedir que te publiquen, a esos escritores a los que pedirás que te presenten, ¿así te diriges a ellos? ¿Criticándolos? ¿Con qué argumentos, si no los tienes, si nunca habías pensado en este tema? ¿La primera vez que oirán tu nombre será ésta? Una que no saben quién es, pero que les mete el dedo en el ojo. ¿Qué van a pensar de ti? Que eres una resentida, claro. Una mediocre, que sólo haciendo valer su sexo puede aspirar a trepar a algún sitio. Una usurpadora que amenaza con disputarles su bien ganado puesto, ¡a ellos, que han trabajado tanto, a los que nadie ha regalado nada! De común acuerdo, sin necesidad siquiera de decírselo entre ellos, como si fueran un solo hombre, te pondrán en la lista negra, y tu sueño terminará antes de haber empezado.

Me callé, claro. Y estuve años callada. La razón era simple, contundente: tenía miedo.

Madrid, 2011. Despacho del director de una de las principales instituciones culturales de la ciudad. Dos mujeres, dos hombres. Ellos son el director y su adjunto. Nosotras, presidentas de sendas asociaciones por la igualdad en el mundo de la cultura. Porque en el curso de estos veinte años hemos descubierto que éramos muchas las que, cada una en su casa y creyéndose única, hervíamos de furia, de preocupación, de desconcierto, ante un mundo cultural donde las mujeres teníamos un papel tan escaso y poco lucido, y no entendíamos por qué... Yo he ido aventurándome: en 1996 hice la antología *Madres e hijas*, de relatos de autoras españolas, y le puse un prólogo militante; en 2000 publiqué el ensayo *Literatura y mujeres*. He ido conociendo a otras mujeres del mundo de la cultura y descubrien-



Marcha contra la violencia machista en Madrid, 2015.

do que les preocupaba lo mismo que a mí. Hemos debatido, conversado, hemos pensado juntas, nos hemos dicho unas a otras: ¿por qué no hacemos algo?, y finalmente lo hemos hecho: asociarnos. Así han surgido CIMA, la asociación de cineastas; AMIT, la de científicas; MAV, la de artistas plásticas; Mujeres en la Música, y Clásicas y Modernas, que abarca la cultura en general, de la que soy presidenta.

Una de las cosas que hacemos es contar. No como yo al principio: en casa, con los dedos, cogiendo un ciclo de conferencias aquí y un catálogo editorial allá, sino de forma sistemática, tomando programaciones enteras, años enteros, muchas instituciones, para ver si aquellos casos que nos parecían escandalosos (veinte hombres, cero mujeres) eran excepcionales o representativos. Hemos descubierto que son, ay, lo segundo: rara es la institución que tiene



Fotografía de Adolfo Luján. © BY NC-ND

entre sus miembros —como la Real Academia— o sus directivos, o los creadores y pensadores a los que invita, o el palmarés de los premios que concede, más de un 15 por ciento de mujeres. Entonces nos dedicamos a hacer unos gráficos muy monos, de colores, que adjuntamos a unas amabilísimas cartas, dirigidas al presidente, director o lo que sea, de tal o cual institución, en las que señalamos esta desproporción. Estamos seguras, aclaramos enseguida, de que tal desigualdad no es fruto de ninguna mala intención por su parte, y convencidísimas de que tan pronto como reparen en ella, se apresurarán a corregirla. Ofrecemos para ello nuestra desinteresada colaboración (mencionamos, así como de paso, que tenemos cientos de asociadas: productoras de cine, escultoras, galeristas, poetas, dramaturgas..., la flor y nata de la cultura española), y

terminamos sugiriendo, siempre en términos de la mayor afabilidad y cortesía, reunirnos con ellos para hablarlo.

El director y su adjunto nos reciben con grandes muestras de cordialidad. Saben que su obligación es poner alfombra roja a los, en este caso las, representantes de ese público, esa ciudadanía, sociedad civil o como se le quiera llamar, para la que supuestamente trabajan. Afirman con mucho énfasis su interés por la carta que les hemos enviado, su sorpresa por los datos que les hemos proporcionado sobre su propia programación. Aseguran que nunca habían reparado en la escasez de mujeres (y lo peor es que, por experiencia, nos lo creemos). Nos ruegan que tomemos asiento, nos dicen humildemente: "Os escuchamos".

Pero mientras en efecto nos escuchan, yo los miro a hurtadillas, y ¿qué veo? Los veo cabizbajos. Cariacontecidos. Y me parece adivinar, desfilándoles por la frente, uno de esos letreros electrónicos de letras rojas que se deslizan en tiras por una pantalla, en la calle o en las estaciones; y lo que leo en ellos, en mayúsculas, son dos frases, repetidas en silencio una y otra vez: QUE SE CALLEN. QUE SE VAYAN. QUE SE CALLEN. QUE SE VAYAN. QUE SE CALLEN... Y entonces, con profundo asombro, comprendo algo que jamás hasta ahora sospeché: tienen miedo.

Madrid, 2019. Al escribir este ensayo me he acordado de muchas cosas.

Me he acordado de lo que dice Brenda Silver en su interesantísimo ensayo *Virginia Woolf as Icon*: la imagen, el nombre de Virginia Woolf están por todas partes, y la emoción que más se asocia a ese nombre es el miedo. *Who's Afraid of Virginia Woolf?*, canturrea el protagonista de la obra de Edward Albee (Richard Burton,



Luisa Rivera, *Unidas y despiertas*, 2019. Cortesía de la artista

en la película), con la melodía de *Who's Afraid of the Big Bad Wolf?*, ¿quién teme al lobo feroz? Y parece que la respuesta es: mucha gente.

Me he acordado de frases: "Los hombres tienen miedo a que las mujeres se rían de ellos. Las mujeres tienen miedo a que los hombres las maten" (Margaret Atwood). "Hacerse hombre es aprender a no tener miedo, hacerse mujer, aprender a tenerlo" (Elvira Lindo).

Me he acordado de cómo aumenta el número de jóvenes españolas (son ahora 62 por ciento), y también, aunque menos, de jóvenes españoles (37 por ciento) que se declaran feministas, según las encuestas (en 2017 eran 46 y 24 por ciento, respectivamente), pero también de cómo aumentan las violaciones en grupo, lo que en España, a raíz de un caso célebre, llamamos "las manadas". (¿O será sólo que se denuncian más? Yo, siguiendo a Rita Segato, creo que no: que a medida que avanza la igualdad, hay más hombres que sienten la necesidad de reafirmar su poder sobre las mujeres.)

Me he acordado de tal o cual líder político español que ha salido a declarar ante la tele-

visión y la prensa que él es feminista (nada que ver, no seáis malpensadas, con el hecho de que poco antes gigantescas manifestaciones feministas llenaran las calles, ni de que poco después hubiera elecciones). Y lo ha declarado situándose él solo en primer plano, mientras en segundo plano un grupo de mujeres de su partido lo escucha y le aplaude obsequiosamente. Uno de ellos llegó incluso a asegurar, en un arrebatado de ardor por la causa, que "los hombres tienen que liderar el feminismo".

He recordado a esos mismos líderes políticos, u otros, y a escritores, académicos, directores de cosas varias, empresarios..., murmurando, cabizbajos y cariacontecidos, que ellos son feministas, ¡claro!, más feministas que nadie, y desde siempre (nunca lo manifestaron, debemos entender, porque no lo veían necesario, de puro obvio), ¡pero que las mujeres se están pasando!, ¡que ya no reclaman cosas justas, ésas que ellos siempre apoyaron (¿y por qué será que nunca se les oyó decir nada, cuando no estaban conseguidas?), sino que ahora exageran, desbarran, hacen el ridículo, piden la luna!

He recordado a hombres protestando, airados, de que pretendan darles lecciones de feminismo las feministas (¿recibir lecciones?, ¿ellos?, ¿de mujeres?), mientras nos imparten *ex cathedra* una lección magistral de cuál es, según ellos, el verdadero feminismo. El que consiste, por ejemplo, en poder prostituirse o embarazarse y parir para regalar el bebé a una pareja estéril.

Me he acordado de la pregunta que me hacen estos días muchas de las y los periodistas que me entrevistan sobre mi último libro, *A mí no me iba a pasar*, una autobiografía en la que cuento mi matrimonio: "Si pudieras volver atrás, ¿qué cambiarías?", y mi respuesta: "Ha-

bría hablado con mi marido mucho antes, poniendo los conflictos sobre la mesa". ¿Por qué no lo hice? Por miedo.

He recordado las muchas cartas y algunas visitas de Clásicas y Modernas y otras asociaciones a los, a veces las, responsables de instituciones o empresas culturales. Cómo se notaba, en sus gestos sombríos, que nos recibían a regañadientes. Cómo nos oponían siempre los mismos argumentos: "sólo tomamos en cuenta la calidad", "no aplicamos cuotas", "recibimos muy pocas propuestas de mujeres",

siempre el que manda e inventa, por buenos sueldos, por esposas en casa haciendo la cena y acostando a los niños, por secretarias, suegras y abuelas ocupándose de todo para que ellos puedan ocuparse sólo de inventar y mandar? Temen, fui comprendiendo, que todo se cuestione. Que esa visita de dos desconocidas demasiado sonrientes (sonríen y sonrían, pero no se callan ni se van) sea el principio del fin. "El feminismo es hoy el más resuelto enemigo de la literatura", ha escrito Vargas Llosa. Temen que lo que tenían garantizado ahora

Hoy las artistas, pensadoras y gestoras culturales nos sentimos fuertes, arropadas por nuestras asociaciones, alegres, seguras de que el futuro es nuestro.

y la sonriente facilidad con que los desmontábamos ("¿calidad a juicio de quién?, el arte no es una ciencia exacta", "si no aplican cuotas, ¿cómo es que en todas partes los hombres representan 85 por ciento? Empiecen por no aplicar la cuota masculina", "claro que muy pocas mujeres les hacen propuestas: basta ver su programación para entender que sería perder el tiempo"), porque a ellos se les acababan de ocurrir, mientras que nosotras sabíamos que iban a argumentar lo mismo que argumentan todos.

Me he acordado, sobre todo, de mi sorpresa aquel día de 2011, cuando en mi primera visita al director de una institución cultural para señalarle la infrarrepresentación de mujeres en sus programas, descubrí lo que menos me esperaba: que ellos también tenían miedo. ¿A qué, me preguntaba yo con asombro, protegidos como están por autoridades y genealogías masculinas, por libros de texto de los que se desprende que su sexo ha sido

haya que defenderlo, justificarlo, disputárselo con competidoras imprevistas.

Pero hoy, veintiocho años después de "La novela en Europa", de aquel primer atisbo de injusticia y de miedo a denunciarla, y ocho años después de la primera sospecha de que ellos, los hombres poderosos, también tienen miedo, soy optimista. Hoy la conciencia de que existe en la cultura (y en todas partes) una desigualdad injusta se ha extendido. Hoy no señalan a quienes la denuncian (o sí las señalan, pero ellas han dejado de temer las consecuencias del señalamiento). Hoy las artistas, pensadoras y gestoras culturales nos sentimos fuertes, arropadas por nuestras asociaciones, alegres, seguras de que el futuro es nuestro. Y hoy muchos responsables de instituciones culturales nos acogen con los brazos abiertos, sabiendo que aportamos nuevas ideas, savia nueva, nuevos públicos. Quedan, es verdad, baluartes de hombres atrincherados en sus privilegios. **U**

**Zero
0×01**

[...]

Cualquiera que se haya considerado “no-natural” bajo las normas biológicas reinantes, cualquiera que haya experimentado injusticias en nombre del orden natural, comprenderá que la glorificación de “lo natural” no tiene nada que ofrecernos —a lxs queer y trans entre nosotrxs, a las personas con diversidad funcional, como tampoco a quienes han sufrido discriminación debido al embarazo o a las tareas ligadas a la crianza—. XF es vehementemente anti-naturalista. El naturalismo esencialista apesta a teología —cuanto más rápido lo exorcicemos, mejor—.

**Interrumpir
0×05**

El exceso de modestia en las agendas feministas de las décadas recientes no es proporcional a la monstruosa complejidad de nuestra realidad, una realidad sombreada por cables de fibra óptica, ondas de radio y microondas, oleoductos y gaseoductos, rutas aéreas y marítimas, y la imparable y simultánea ejecución de millones de protocolos de comunicación cada milésima de segundo que pasa. El pensamiento sistemático y el análisis estructural se han quedado en su mayor parte a medio camino en favor de admirables, aunque insuficientes, luchas en localidades concretas y de insurrecciones fragmentadas. Mientras que el capitalismo es entendido como una totalidad compleja y siempre en expansión, muchos posibles proyectos de emancipación anticapitalista conservan un miedo profundo a convertirse en universales, resistiendo la política especulativa a gran escala al condenarlos como vectores necesariamente opresivos. Una certeza tan errónea trata los universales como absolutos, generando una disyunción entre lo que queremos destituir y las estrategias que fomentamos para hacerlo.

0×06

La complejidad global nos abre a demandas éticas y cognitivas urgentes. Éstas son responsabilidades prometeicas que no podemos dejar pasar sin mencionar. Mucho del feminismo del siglo veintiuno —desde los remanentes de las políticas posmodernas de la(s) identidad(es) hasta grandes franjas del ecofeminismo contemporáneo— se esfuerza por abordar adecuadamente estos retos de una manera capaz de producir un cambio sustancial y duradero. El Xenofeminismo se empeña en encarar estas responsabilidades como agentes colectivos capaces de hacer transiciones entre múltiples niveles de organización política, material y conceptual.

Xenofeminismo: una política por la alienación

Laboria Cuboniks

Traducción de Giancarlo Morales Sandoval

Fragmentos tomados de www.laboriacuboniks.net/es/#firstPage



MI PARTO

FRAGMENTOS

Frida Cartas

Yo en tanto trans soy la mujer, la madre y la hija, me autoparí. Y esto que puede sonar a súper poderes o a una triada divina, la verdad no es así. Mi embarazo, aunque planeado y deseado, no fue nada fácil. El sólo hecho de concebir la idea de gestar a Frieda Frida me confrontó con muchos fantasmas y, por ende, con el miedo. Les platico.

En 2010 cuando todo el país enardecía en Twitter porque cada 100 años el pueblo se levanta y hay una revolución (1810, 1910, ¿2010?), yo me encontraba acompañada en terapia por violencia en la pareja. Ese diván al que yo asistía para resolver conflictos “en nombre del amor” y un ideal de proyecto de vida, sin esperarlo me llevó por otros caminos.

Fue una tarde, en la acostumbrada sesión, una tarde fría y lluviosa, (cómo olvidarlo) donde yo miraba a través del vidrio el agua caer, y a lo lejos escuchaba una cantante que practicaba su voz con el piano en vivo (el consultorio estaba en el patio de una casona privada en Coyoacán donde habitaba una cantante de ópera), un poco distraída y no, la terapeuta me preguntó:

—Y tú, Freddy, ¿te sientes más hombre o más mujer en el matrimonio, en el hogar, en la cama..., en general?

—¿Cómo? —Titubeé.

—¿Te sientes más hombre o mujer? —Repitió ella.

Y esa pregunta, esa sola pregunta que pareciera tan obvia en la propia vida de cada quien, esa pregunta tal vez para ella rutinaria y parte de su trabajo, fue el detonador que me descompuso (¿o compuso?) y



Joseph Liatela, *Surface Tension 1* (detalle), 2017

terminó por desconfigurar en mí lo que jamás se había configurado plenamente.

Fue un puñetazo que me tumbó no al diván, sino al pasado, a toda mi vida atrás hasta entonces, a muchos años ya vividos: a mi infancia, mi adolescencia, mi educación escolar, mi carrera, mi familia, el inicio de ese matrimonio ahora en terapia (porque yo me casé, ah, con firma ante el juez, el corazón hinchado de romanticismo y ese amor de novela, que tanto enferma y duele sí, pero que una no conoce hasta que lo tiene enfrente).

No supe qué contestar allí, no supe qué decir en ese momento porque yo ya no estaba en el lugar aunque mi cuerpo seguía presente. Mi mente en imágenes de 24 por segundo me había transportado al pasado, y todo acontecía delante de mí en un cúmulo de recuerdos y vivencias... Y de dolores, de caras y colores, de voces y personas, de espacios y regaños, de castigos y maltratos, de violación y abuso sexual, de lo que ahora muy derechohumanistamente llaman *bullying*, y de escarnio social, que a esa edad no sabes qué es escarnio pero sucede. Todo pasaba.

Me fui noqueada a casa junto con el hombre que una vez amé incluso más que a mí misma, y en ese mar de recuerdos alcancé a recordar también que en algunas sesiones donde llegamos temprano me dio por mirar la biblioteca de la terapeuta, y un libro con la silueta de un hombre y una mujer, en colores azul y rosa, en su pequeño librero, llamó mi atención y hojeé. Ese libro aparecía ahora en mi mente como un imán, aparecía incluso insistentemente al cerrar los ojos como aparece la maculopatía serosa que desde años padezco: *El género en disputa*. Su autora, Judith Butler.

De modo que ese centenario y profético año donde la afamada revolución no le llegó al pue-

blo, sí fue en cambio, curiosamente, el inicio de mi propia revolución. El psicoanálisis fue lo que me llevó a las teorías de género, y las teorías de género al feminismo, y el feminismo al lesbianismo, y el lesbianismo a devenir transexual, y el devenir transexual a escribir esta historia.

Comencé a leer *El género en disputa* y otros más, a revisar cualquier ensayo, artículo o texto relacionado con género que aparecía delante de mí (Marta Lamas, Beatriz Preciado —que a saber qué nombre tiene ahora—, Teresita de Barbieri, y hasta con Bauman, Foucault y Marcela Lagarde me topé).

No es que cada texto me enseñara o revelara “una verdad”, es que cada explicación, disertación o dilucidación era revivir el pasado y comprender más claramente lo que yo misma había sentido... Vivido, experimentado, lo que a mí misma me había atravesado y no supe nunca nombrarlo.

Comencé a sentirme, cómo decirlo, menos atada, menos culpable, menos “monstruo”, más yo. Comencé a fluir. Desde ese momento todo lo que acontecía en mí y en mi vida, comencé a percibirlo con un análisis de género desde mi sentir y mi propia verdad. “Todos los caminos conducen al género”, interpretó nunca un famoso cantante.

Cuando los meses pasaron y ese año acabó, yo fui comprendiendo que nunca me sentí ni viví hombre, pero jamás me había imaginado que pudiera ser una mujer (porque ya saben, mujer es una chica rubia delgada que aparece en revistas). Y ahí aparecían los fantasmas: Cuando se burlaban de mí (hablas como niña, pareces niña, corres como niña, te sientas como niña, peleas como niña, lloras como niña). Fantasmas que lo mismo encarnaban los vecinos, los compañeros esco-

lares, las maestras, las gentes en la calle, en el transporte, en la banqueta de mi casa, en la fila de las tortillas... O en mi papá. Fantasmas que no se fueron con el tiempo y estuvieron en la infancia, en la adolescencia y hasta en la vida universitaria. Fantasmas que no se cansaron nunca y siguieron estando aun con la compañía de él, mi esposo (el amor no lo puede todo, ¿viste?).

Cuando los meses pasaron yo entendí que la feminidad que siempre me habitó no era vergonzosa ni símbolo de debilidad alguna, ni ninguna mierda cultural de ésas que se dicen tanto a diario con la mente cerrada pero la boca muy abierta.

tar poner aquí toooodo lo que ahora está saltando en mi mente como fuegos artificiales. Y os aviso que será largo largo, para que se prevengan, o lo dejen aquí. Están a tiempo de huir y no sentirse ofendidxs.

Siempre tuve claro que aunque nací con un pene no era un hombre, y que al no sujetarme tampoco a los estereotipos de género femeninos y mucho menos al esencialismo genital, jamás podría llegar a ser una mujer como se conoce en esta sociedad patriarcal. Y entonces por muchos, muchos años, me sentí no menos que un monster. Y sufrí en demasía. Desde pequeñita, al no tener la apariencia fuerte, ruda, agresiva, dura, del niño que dijeron que era, y de pión poseer

Jamás me había imaginado que pudiera ser una mujer (porque ya saben, mujer es una chica rubia delgada que aparece en revistas).

Cuando los meses pasaron yo supe libremente que mi feminidad era hermosa, y no me hacía un "hombre afeminado", sino una persona femenina, siempre femenina. Y que la feminidad era simplemente otra manera de ver el mundo, sentirlo... Y habitarlo. Supe que la feminidad no es la imagen ni el estereotipo que insisten en vendernos, sino que la feminidad es parte intrínseca de la sexualidad de las mujeres, de nosotras las mujeres.

Así surgió la idea de gestar a Frieda Frida y lo planeé. Ahí inició este devenir. Decidí, pues, con toda la alegría que genera una libre elección, embarazarme de mí. Y recuerdo que para dejarlo por escrito, una noche redacté un texto, el primer texto de transgresión y feminismo que escupí... Y escupí:

Hace días vi el documental Man for a day y fue simplemente esclarecedor. Así que voy a inten-

esta voz aguda, fui catalogada como "maricón" y maltratada como mujer, por mi voz, por mi apariencia frágil, sensible, por mi apariencia bella y tranquila.

Pero nadie me preguntó qué sentía yo, y lo que es peor, nadie me informó nunca que tales o cuales rasgos o etiquetas no son realistas y no determinan la forma en que nos sentimos las personas. Y que eso que se cataloga como "femenino" no es la feminidad de una mujer, sino el ser femenino que los hombres han construido para ellas, a conveniencia y función de ellos.

En esta cinta, Diane Torr, que es activista de género, lleva al extremo precisamente esta farsa social de representar un papel en el mundo heteropatriarcal: los roles masculinos de hombre y los roles femeninos de mujer. Los únicos aceptados y "normales".

Entonces, como decía, yo nunca me sentí un hombre porque lo que la sociedad y mi familia



Joseph Liatela, *Artful Concealment and Strategic Visibility*, 2018

ya no me llevaban regularmente, pues hacía calor... Siempre hacía calor en Mazatlán.

Entonces crecí (omito aquí la larga y horrenda parte de tener un papá militar dictatorial y una mamá rebelde que nunca fue el prototipo de esposa servil y obediente, y toda la violencia que siempre hubo por ello en ese matrimonio y hogar). Descubrí que parte de mi deseo sexual era por niños. Por los cuerpos y caras de los niños. Por sus piernas y sus labios. Así que además de no pensarme hombre, parecía que socialmente era homosexual, cuando la cuestión ahí era muy heterosexual. Vaya manera de retorcerle el rabo a la marrana.

Pero ahora que vi el documental me compuse, y es que Diane Torr dijo dos cosas en su taller performativo de roles de género. Una es que los hombres salen de casa al mundo, a la sociedad, sintiéndose dueños del piso, de la calle, de cada paso que dan, de cada silla donde se sientan, de todo lo que tocan y ven. La otra es que salen para observar, para mirar, no para ser observados ni mirados. ¡Claaaaro! Y entonces todo vino a mi mente como en flashback. Yo nunca pude ejer-

cer el rol de género hombre, pero si algo hice, de manera inconsciente, fue ejercer en mayor medida siempre el rol de género mujer (porque aunque no me sentía en ninguno, es claro que esos dos géneros fueron lo único que aprendí, y no conocía la amplia gama de posibilidades). Yo hasta la fecha sigo saliendo a la calle con ganas de que nadie me volteé a ver, ni siquiera para que me ligen. Me siento observada y no una persona observadora. Y la sensación es mortal. Menos me siento con autoridad para ser dueña de algo o de alguien, para tomar algo como mío o hacer algo para agredir a alguien. Me dan miedo las miradas, me da miedo alzar la voz.

Desde pequeñita hasta la universidad, salir de casa era enfrentar los silbidos de los hombres, los besos tronados e inmediatamente las risas burlonas y asesinas ("por joto, por maricón"). Salir a la calle siempre fue incluso correr cuando intentaban acercarse para agredirme. Por eso entiendo cuando hablan de acoso y de abuso sexual. Y conozco el calor y hormigueo que invaden el rostro en ese momento, deseando desaparecer. Sé lo que se siente que alguien te

toque para satisfacer un deseo sexual cuando tú no tienes deseos iguales.

En el documental, además, se muestra cómo Diane Torr les enseña a las mujeres (porque esto no es travestismo) el rol de hombre en la sociedad: cómo sentarse, cómo caminar, cómo gesticular, cómo mover las manos, los ojos, la cabeza, los pies, cómo no sonreír, cómo ser observador... Para reflejar en la práctica justo esta idea de superioridad y de dominación. Y lo logra en una semana. Me sorprendió fuertemente ver cómo consigue que cada una pueda hacer la voz grave ("de hombre" y alzarla. Me acordé de dos clases de karate a las que fui (porque si bien es cierto que no me sentía hombre, sí intenté varias veces hacer algo por encajar en ese género y no sentirme más el monster que me sentía o el castigo social de mi padre y otros entornos) cuando tenía 11 años, dos clases nada más, porque el maestro me pedía que gritara al tirar patadas y golpes. Un ejercicio similar que Diane les pone a las alumnas. A mí me fue imposible gritar. Me es imposible. A mí me enseñaron que las mujeres vienen del planeta del silencio y que no tienen voz (por fortuna este devenir transexual me lo ha podido sacar de la cabeza, y ahora además de cuerpo, de mujer y de revolución, soy voz).

Que no era hombre me quedaba clarísimo, que no pude llegar a ser mujer y que no llegaría a serlo jamás me tenía en duda. Y con el documental me he dado cuenta de que ni siquiera hace falta tener vulva para vivirme mujer. Como tampoco hace falta tener pene para ser hombre. Hasta el cuerpo ese que "se nos da por biología", puede ser moldeado con relación a una función social (y se me ha venido asentado en la cabeza toda esa teoría de género y feminista que he absorbido recientemente).

Si partimos de que el sexo "biológico" con el que nacemos (mujer, hombre, intersexual) es una

cosa "natural", y el género (código binario Mujer-Hombre) es otra distinta, "social" digamos, o "biopolítica", dijera Foucault, que no tienen que ir de la mano una de otra ni determinarse, hasta ahí vamos más o menos clarxs... Pero la misma teoría feminista y de género me ha enseñado que existen posibilidades trans, binarias de transición o no... "Migrar" (en mi caso) con todo y pene a ser mujer, o "pasar" de hombre a mujer adaptando una vagina estética por medio de cirugías y diciendo adiós al pene... ¿Pero qué hay si teniendo pene no quiero pasar a ser mujer, y tampoco teniéndolo quiero ser hombre? Ni en lo transgénero ni en lo transexual. ¿Qué soy? ¿A fuerza tengo que tener un género? ¿Cuál sería el género para una persona intersexual que no es mitad hombre ni mitad mujer, sino intersexual, ninguno de los dos sexos educados como naturales y únicos? Ése podría ser a lo mejor el mío. Ya, ¿pero si no soy intersexual podría tenerlo de todas formas? Vuelvo a lo mismo, ¿por fuerza hay que elegir un género y un rol de género? ¿Por fuerza sexo y género tienen que embonar? Me gusta mi cuerpo así como es y está. Me siento cómoda así. Y es que conociendo ahora sobre la configuración social del género (ese representar un papel como un guion escrito de antemano para una obra de teatro como la vida) y sobre feminismo, no acepto ni aceptaré para mi vida que se me siga leyendo hombre, porque no lo soy. Y esa lectura social sobre mí es la primera de las grandes violencias que he aguantado tantos años. Algo tengo que hacer.

Hoy día me tiene hasta el hartazgo incluso la etiqueta homosexual que también se ha impuesto por ideas naturales y esencialistas. Estoy harta del culto a la virilidad y de la obsesión por el tamaño del pene que abunda en el mundo gay. No voy con las modas, y una vez más me resisto a los clichés. Hoy día para mí ser gay no es una

orientación sexual, sino ser parte del sistema capitalista y heteronormativo. El sistema ha captado a la homosexualidad con el discurso treta de los derechos. Y la sociedad tiene expresiones incluso como "pobrecita, él ya nació así", mientras que para las lesbianas tiene un "es que no ha encontrado un hombre que la sepa tocar". Lesbiana sigue escapando al sistema. Entre los gays está la misoginia del "soy hombre y me gustan los hombres", como dejando tajantemente claro que cero feminidad y nada que sea femenino o de mujer, porque qué asco. Perdón, pero la discriminación vía la "homofobia" (sí, así entre comillas) viene por la feminidad y la relación con los roles de género (enseñados y practicados), viene por la misoginia, no por lo gay. Al que "no se le nota" nadie lo discrimina.

Yo necesito, pues, una identidad de lucha, un posicionamiento político, para seguir en la deconstrucción del género y los roles. Y lo he encontrado maravillosamente en las lesbianas feministas, en las lesbianas que no se definen como mujeres porque son prófugas del género y del sistema. Porque con quien me acueste, con quien me lama, con quien me ensalive, con quien me folle, con quien sude y me revuelque a nadie le importa, finalmente.

Hay lesbianas que no son feministas y hay lesbianas que sí lo son y también se sienten a gusto con el rol de género mujer y otras no. La peña es amplia y diversa. Pero yo he conocido lesbianas que son feministas y que no se definen como las mujeres del mundo social. Ahí me he sentido identificada. En ese grupo que no quiere ser aceptado por la norma y el régimen, el grupo que no quiere cambiar al sistema sino destruirlo. En las lesbianas feministas que intentan dinamitar el código binario y que no están defendiendo su derecho a comerse un coño ni a amar a una mujer, porque inteligentemente saben que es un dere-

cho humano que tienen desde el día que nacieron. ¿Pedir permiso para disfrutar el propio cuerpo? No, gracias.

Las mismas lesbianas feministas no mujeres, a las que no les importan las cuotas de género ni se alardean ni hacen fiestas cuando una mujer es nombrada ministra ni presidenta ni líder ni na... Porque al ser prófugas del sistema no celebran la llegada de ninguna mujer al poder. Eso es una muestra fehaciente de cómo el sistema está comenzando a captar también a los feminismos. A hacerlos suyos.

Así que si tengo que elegir una identidad de género, me quedo por lo pronto con el vivirme trans y lo dejo ahí... Reivindico en lo trans la transición sí, pero hacia la libertad y el fluir, no "al cambio". Puedo portarme y comportarme como quiera y como me sienta en paz. Femenino o masculino, ¿o uno y otro? ¡No vivo para cumplirles estándares! Con una mano deconstruyo a la clasificación sexo-género, al código binarista, y con la otra construyo mi propio espacio, mi propia libertad; me construyo trans.

[...]

Me nombraron Freddy, pero ahora yo me nombraré Frieda Frida, y soy trans. Soy lesbiana feminista y me niego a ser mujer como se nos ha enseñado en esta sociedad patriarcal que se tiene que ser mujer. De aquí en años venideros voy con todo. Y nada me va a parar. "The feminazi is coming foy you", beibi. **U**

Tomados de Frida Cartas, *Cómo ser trans y morir asesinada en el intento*, edición de la autora, Ciudad de México, 2017. Se reproduce con autorización.

Melanie Cervantes, *Our feelings are our most genuine paths to knowledge* (Audre Lorde), 2017 ▶



ARTE

LYDIA HAMANN & KAJ OSTEROTH

ADMIRACIÓN RADICAL

Carolina Magis Weinberg

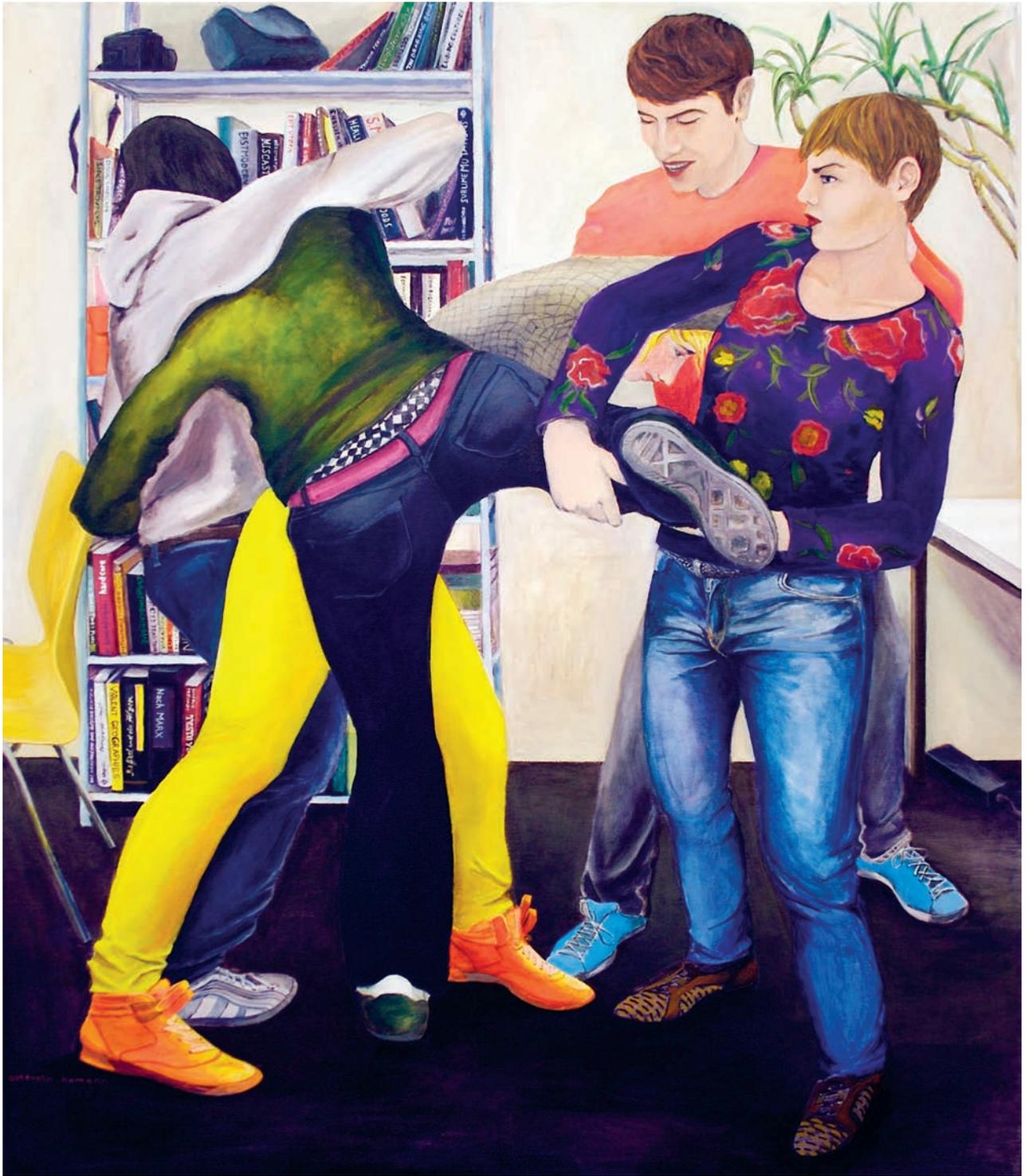
Lydia Hamann (Potsdam, 1979) y Kaj Osteroth (Beckum, 1977) son dos artistas que pintan juntas. Trabajando sobre la misma superficie ponen en tensión el canon de la pintura y el concepto de autoría. Crean una perspectiva en fuga que abre la posibilidad de generar encuentros transhistóricos y transgeográficos.

En esta selección de pinturas, las figuras convocadas llenan con su presencia toda la imagen, la van saturando propositivamente sin dejar espacios vacíos. En las imágenes se visibiliza a las mujeres a través de innumerables referencias visuales y textuales.

Estas pinturas se abren a varios niveles de interpretación. Donde el ojo inocente ve solamente mujeres reunidas, el ojo experto descubrirá innumerables referencias, guiños y claves. Pero hay un tercer ojo: el ojo incisivo, afectivo, politizado, que verá en ellas una exigencia de visibilidad, un programa, un acto de resistencia, una llamada a la acción.

Las artistas componen un espacio de y para la *admiración radical*, como ellas mismas la han nombrado, que abre la posibilidad de generar tradición a partir del afecto y el reconocimiento de aquellas artistas que vinieron antes, de hacer presente esta tradición y de recuperar su fuerza creativa con perspectiva de futuro. Una admiración también llena de deseo.

Admiran a Polvo de Gallina Negra, Maris Bustamante, Mónica Mayer, Mmakgabo Mapula Helen Sebidi, Djanira da Motta e Silva, Lygia Clark, Wanda Pimentel, Anna Maria Maiolino, Tarsila do Amaral, Regina Vater, Rosana Paulino, Lina Bo Bardi, Anna Bella Geiger, Teresinha Soares, Mônica Nador y JAMAC, Donna Haraway, Niki de Saint Phalle y Guerilla Girls. Admirarlas a todas como una forma de resistencia y también de creación. Admirar no es un acto pasivo, sino radical, que construye una genealogía de miradas.



you must enter a queer time and space, 2009-2010, acrílico sobre tela, 100 x 85 cm



Staying with the Trouble, 2019, óleo sobre tela, 140 x 240 cm





U.C.E. - Unidentified Critter Entanglements, 2019, óleo sobre tela, 140 x 180 cm



Admiring Polvo de Gallina Negra, *Mistresses of Feminist Art*, 2016, óleo sobre tela, 115 x 160 cm



Admiring Mmakgabo Mapula Helen Sebidi, *Enjoy Drama!*, 2014, óleo sobre tela, 115 x 160 cm

Melanie Cervantes, *Consciousness is Power* (Yuri Kochiyama), 2017 ▶



PANÓPTICO

IDENTIFICAR EL DESEO DEL CUERPO

ENTREVISTA CON CRISTINA MORALES

Nayeli García Sánchez

Cristina Morales (Granada, 1985) ganó el premio Herralde en 2018 con su novela Lectura fácil,¹ que cuenta la historia de cuatro mujeres mal llamadas “discapacitadas mentales” y hace una crítica aguda al asistencialismo público de Cataluña. El hilo argumental en el que confluyen todas las líneas narrativas es el proceso legal de esterilización forzada de la Marga —diagnosticada como hipersexual (lo que antes era denominado ninfomanía)—, y se narra por medio de diversos géneros discursivos (actas de asamblea, un fanzine, un monólogo en Whatsapp y el ensayo político). En esta entrevista el lector podrá asomarse al proceso de elaboración de la novela para conocer el escenario desde las bambalinas.

Frente a un panorama en el que “tiempo es dinero” y en el que para ser escritora necesitas tener una beca (ya sea académica o creativa) o tener ahorros en el banco, ¿cómo conseguiste tiempo para escribir Lectura fácil?

Coincidió con una beca que yo conseguí de una fundación privada, que se llama Han Nefkens, conseguí esa beca de escritura creativa y fui la última en recibirla. Me la dieron para *Terroristas modernos*, la estaba terminando; pero ciertamente como esa beca me permitía vivir pagando el alquiler, pues en realidad no me tenía obligada a ningún trabajo más allá del

¹ Véase una reseña de este libro en la edición Lenguajes de esta revista. [N. de la E.]

◀ Iniciativa Sexual Femenina, 2018. Fotografía de Laura Rubiot



literario de por sí. Me permitía estar terminando *Terroristas modernos* para su publicación y eso coincidió con el interés de la editorial Seix Barral, que iba a publicar esta novela y que me la había encargado. Entonces, me encontré con que tenía ese momento de estabilidad: tiempo, espacio y tranquilidad económica para la escritura.

Vi en una entrevista tuya que en un primer intento de publicación querían suprimir todo el fanzine de *Lectura fácil* y que era mucho más largo.

Ese fanzine tiene cien páginas, el Herralde lo gana con sus cien páginas. También la novela era algo más larga cuando yo la metí al premio. Al presentar yo la novela, junto con la editorial hice recortes de algunas partes, entre ellas el fanzine. Sin embargo, lo que Seix Barral proponía era quitarlo íntegro porque les resultaba peligroso. Tenían un miedo letal a que pudiera afectar la edición. Y eso no ha ocurrido. No he recibido hasta el momento ninguna demanda, ni creo que ya la reciba.

La parte del fanzine, en el que veo la propuesta de una escritura colectiva y de una desappropriación autoral, resulta muy interesante porque era un reto de edición, ¿cómo lo resolvieron?

El fanzine es un facsímil de algo que yo hice con tijeras y pegamento, y luego escaneamos. Poquito antes de salir la novela, un grupo anarquista del barrio de Barcelona donde yo vivo (el grupo se llama Acció Llibertària de Sants) lo imprimió íntegro, lo presentamos y lo sacamos a la venta. Lo ganado fue para el colectivo. Yo

en cada presentación de *Lectura* me he llevado fanzines y los vendo aparte del libro. Y llevaré un cargamento ahora a Latinoamérica, espero que cuando llegue a México me queden en la maleta.² Tiene vida aparte del libro: *Lectura fácil* no podría estar sin ese capítulo de la novela, pero el fanzine, aunque aparece dentro del libro, no está firmado y puede sobrevivir por sí mismo; por eso es que lo vendemos.

¿Qué diferencias hay entre las libertades y los discursos que te permite hacer el cuerpo en escena en comparación con lo que se puede hacer desde la esfera de la escritura literaria?

Efectivamente son códigos no muy diferentes, pero diferentes. Por ejemplo, depende de en qué estamos pensando: en una clase, en un ensayo, en una escena con público o estamos pensando en una improvisación que hace una sola en su casa mientras lava los platos, estamos pensando en las fiestas del pueblo... Si nos referimos a ámbitos profesionales, que pasan normalmente por el escenario, el público, la sala de ensayo, la clase, la academia, te diría que igual que con la escritura hay códigos. En *Lectura fácil* hay una reflexión sobre cuáles códigos son aceptados y cuáles no.

Ahora recientemente no conozco mucho la escena de España, pero como que empieza a llegar la tentación de crear una filosofía y una teoría de la danza. Yo me he empapado de todos estos textos, (que quizá son cinco libros y diez artículos)

² Cristina Morales presentó *Lectura fácil* el 16 de octubre de 2019 en la FIL Zócalo, en la Ciudad de México.

La fuente de la documentación se la debo a mis colegas aquí en el barrio que me permitieron abrir esos archivos. Una maravilla total.

los devoro. Si bien yo me empapé y los leí a fondo, me parece interesantísimo porque es también ponerle palabras a algo que está creado al margen del lenguaje verbal, del escrito. Hay una pérdida en esa necesidad, y es una pena que se requiera de la escritura y del pensamiento racional para legitimar el discurso. Una sabe que un cuerpo moviéndose es un discurso, que no necesitamos ponerlo en gramática alfabeta para leerlo. Eso es lo que he notado: nuestra absoluta falta de conocimiento del propio cuerpo y nuestro gran extrañamiento ante el cuerpo cuando habla.

En mi práctica con mis compañeras en una compañía de danza que se llama Iniciativa Sexual Femenina nuestra manera de teorizar pasa por el deseo, aunque nosotras no la llamamos así para nada (lo vivimos desde un lugar mucho más básico, inmediato). Ser capaces de, en primer lugar, identificar nuestro propio deseo, qué tenemos ganas de hacer con el cuerpo: es una tarea ímproba. Identificar el deseo propio y aprender a comunicarlo, luego ya darle forma y meterlo en el formato de lo escénico.

Diría que la pieza que estamos girando ahora, *Catalina* se llama, está cargada de eso que el lenguaje necesita llamar *teoría*. Un modo donde la disciplina del cuerpo se ve explícitamente y donde el placer del cuerpo, como poder perverso, se ve empíricamente. Claro que

se pierde la lectura retórica de lo físico, se pierde el embellecimiento. Una cosa maravillosa. Eso lo podríamos ver de manera paralela con lo literario. Se podría identificar con una escritura que pretende ser esteta, que busca ser bella, y una escritura que no. Una en la que la belleza simplemente emerge.

¿Cómo fue que decidiste escribir en español y no en catalán considerando que tu novela transcurre en Barcelona y propone una mirada crítica a sus “políticas de inclusión”?

Tengo un catalán de supervivencia, sería imposible que escribiera en ese idioma. Llevo en Cataluña siete años apenas y tampoco estudié catalán en ninguna academia o escuela. Cuando lo hablo se me cuelan palabras en castellano para nombrar ciertos objetos. En mi entorno profesional, familiar o de amigos no tengo necesidad de hablar en catalán. Si yo me pusiera a escribir en catalán saldría algo que no respondería en absoluto con el catalán normativo. Es como si yo escribiera en “charnego”, que es como se les llama a los migrantes del resto de España que van a parar a Cataluña que son extremeños, andaluces..., que llegaron allá después de la Guerra Civil. Se le llama *charnego* a esa mezcla de catalán y español que hablan los migrantes. Como yo no he tenido la necesidad de aprender el idioma para trabajar, pues ni eso. Sería una lengua que no me he puesto a investigar siquiera. Sería una lengua —como diría María Galindo— bastarda. Y no estoy en ese experimento, todavía no me nace estar ahí.



Video promocional de *Catalina*, pieza escénica del colectivo Iniciativa Sexual Femenina



Fotograma del video promocional de *Catalina*, Élise Moreau, Elisa Keisanen y Cristina Morales, 2018

**¿Hay algo de autobiográfico en *Lectura fácil*?
¿El personaje de la Nati es tu alter ego?**

Por un lado, a mí me encantaría ser ella; pero, por otro, es un personaje trágico. Muy trágico. Yo tengo más habilidades sociales que la Nati, pero sí es cierto que hay cosas de ella que a mí también me han pasado, ojalá tuviera yo esa fuerza. Al momento de la cocina de la escritura, el personaje sería como una versión extrema de mi respuesta a lo político, que al lado de Nati soy muy templada. Con ella hacía lo que en tantas ocasiones de la vida no me veía con la legitimidad o la fuerza para hacer.

¿Y las otras partes, por ejemplo: la transcripción de diálogo en asamblea parte de tu experiencia personal?

Por eso debo un gran agradecimiento. Por supuesto en parte está mi experiencia

personal en asambleas, pero también hay una tarea de investigación. Libertad Anarquista en Barcelona me permitió acceder a un archivo muy grande de actas de asamblea de los años ochenta y noventa de lo que fueron (creo que ya no existen en Cataluña, sólo en Madrid) las Juventudes Libertarias. En estas actas en los años noventa que todavía se manejaban con Olivetti (la máquina de escribir) o todavía a veces se redactaban a mano, yo podía observar. Leí muchísimo, miré muchísimas y veía esta literatura que había en ellas, y también esto de ponerse nombres de ciudades, no cualquier pseudónimo sino uno de ciudad. Eso se sigue haciendo hoy en día, pero al verlo por escrito me pareció muy sorprendente y muy cargado de literatura. Fue algo de lo que yo me quise apropiarse, la fuente de la documentación se la debo a mis colegas aquí en el barrio, que me permitieron abrir esos archivos. Una maravilla total. **U**

UNA COLCHA GIGANTE

Ana Francis



La construcción de los diversos movimientos de mujeres en el mundo responde sin duda al hartazgo generalizado de una lógica neoliberal y machista. Para hablar de una de las tantas luchas me gustaría acudir a una forma propiamente feminista de narrar, ya que el feminismo no es sólo una corriente de pensamiento sino también una práctica de vida y una metodología de construcción artística.

A diferencia de la historia contada desde la visión colonial y patriarcal, en el feminismo los liderazgos son muchos, diversos y la mayor parte carece de nombre. Dicho de otro modo, los nombres no son tan importantes como los sucesos. Cuántos grandes descubrimientos no ocurrieron en conversaciones de alcoba, que luego quedaron registrados bajo un solo nombre. Cuántos movimientos, que son en realidad colectivos, sólo obtienen autoría en los liderazgos visibles.

La historia de cómo surge un movimiento feminista robusto y extenso entre las mujeres de teatro en México tiene muchos inicios, muchas fuentes e historias personales. Tiene en su forma la lógica de una de esas coloridas colchas de cuadros tejidos de estambres. No hay un centro, ni un arriba, ni un abajo. Lo que sí hay es un cobijo diverso con el que nos hemos ido tapando muchas. En esta idea, trataré de no ceder a la tentación de contar la Historia del movimiento de mujeres de teatro en México, sino mi historia como parte del mismo.

◀ Fotografía de Mister Exploding, 2014. © BY NC

Quisiera narrar el momento que vive el teatro mexicano en el terreno de su despertar feminista desde la mirada personal, porque lo personal es político, pero dejo claro también que la mirada que narra no es solitaria. Ha sido alimentada con cientos de voces de las mujeres de teatro que me han acompañado en conversaciones cortas, en ensayos, en grupos de Whats. Las mujeres de teatro estamos definiéndonos como feministas de muchas maneras.

EL HÁBITO

1993. Asisto a una conferencia de hacedores de teatro. La única mujer es la legendaria Jesusa Rodríguez, que les pone una arrastrada a los cuatro barbones con los que comparte la mesa. Habla un poco de feminismo, pero sobre todo habla de su disidencia con el teatro institucional y la libertad de hacer, en su propio teatro, lo que le da la gana. Sobra decir que Jesusa fue el personaje más simpático de la tarde y que los señores barbones se dejaron ver como un cartón serio, de un teatro serio, de un mundo serio..., es decir, aburridos. Desde ahí me volví fan de Jesusa y un par de años después me acerqué a su teatro, para nunca más salir de él. Me maravilló su brillantez, arrojo y complejidad, pero en ese entonces, sobre todo, me atrapó su libertad para interpretar sin miramientos personajes masculinos y femeninos, y contar cualquier historia que se le diera la gana. Se puede ser una creadora libre, pensé. Aprender que no tenía que contar las historias que no me representaban sembró en mí la semilla de mi propia disidencia.

ENTRE PANCHO VILLA Y UNA MUJER DESNUDA

En 1996 voy a ver este montaje de Sabina Berman. Me fascina su dramaturgia. En aquella

historia, el machismo tipo Villa y su versión contemporánea —el machín de izquierda— quedan francamente mal. La obra tiene un éxito arrollador. La sensación que tengo es que puedo aspirar a ser una mujer liberada como el personaje protagónico. En el 2000, Sabina Berman (de nuevo) escribe *Feliz nuevo siglo doktor Freud* en donde hace una crítica mordaz sobre la construcción de la idea de lo femenino, esta vez atizando contra uno de los genios del mundo: Freud. ¿Freud es un machín? Todo parece indicar que sí. Pero si Freud es un machín, ¿quién no lo es?

LAS REINAS CHULAS

En 1998 unas amigas de teatro nos juntamos para hacer un espectáculo de cabaret. El tema fue nuestra preocupación del momento: el amor. El amor y —como era cabaret— la política. Hacíamos *sketches* sobre el EZLN, el presidente Zedillo, Vicente Fox, la economía, el *star system*, etcétera. En nuestros espectáculos algo nos preguntábamos sobre el rol de las mujeres en el mundo, algo sobre el acoso sexual, pero la verdad es que no le entrábamos tanto al tema, no sabíamos por dónde. Nos daba miedo que la gente no viniera a vernos por “feministas”. En ese momento ser una artista feminista sonaba a ser una artista panfletaria. Ése fue el nacimiento de Las Reinas Chulas. Durante los primeros años la pregunta obligada de las entrevistas es: ¿cómo hace un grupo de mujeres para no matarse, ya que es *vox populi* que “mujeres juntas ni difuntas”? Nosotras sonreímos para no quedar mal, aunque nos zurre la pregunta. Poco a poco vamos comprendiendo que esa pregunta es el inicio de una tonelada de prejuicios que tendremos que enfrentar. Decidimos hacernos una organización horizontal en la que ninguna tuviera

Logramos comprender que la colectividad nos hace más fuertes. La colectividad feminista nos hace más fuertes.

más poder que la otra, en la que las decisiones fueran por consenso aunque nos tardáramos más. Con los años vamos aprendiendo, porque nada en el mundo funciona así, pero el mundo no es referente, el mundo no funciona bien. Aprendemos de feminismo y de activismo. Las señoras feministas nos “adoptan” y nos educan con una generosidad sin precedentes y nos protegen las individualidades. Logramos comprender que la colectividad nos hace más fuertes. La colectividad feminista nos hace más fuertes.

ENCUENTRO NACIONAL DE MUJERES DE TEATRO

En el 2000, paralelo a la Muestra Nacional de Teatro, se organiza el Primer Encuentro de Mujeres de Teatro. Yo era de las asistentes jóvenes. No recuerdo mucho, salvo que era difícil hablar de teatro lésbico. Se le nombraba “teatro de mujeres, para mujeres”. Las señoras, es decir, las teatreras de renombre, compartían una serie de ideas y preocupaciones sobre formar parte de un movimiento mundial de dramaturgia y sobre el hacer teatral de mujeres. No recuerdo que hayamos hablado de machismo o patriarcado. Tampoco recuerdo si alguna se asumía abiertamente feminista. Yo sé que yo no. La palabra *feminista* sonaba ruda y corrías el peligro de que te etiquetaran en lo que ya había sido superado. No era muy de vanguardia que digamos. Rescato de aquel encuentro los lazos. Las que empezábamos nos conectamos y eso fue fuerte e importante. Localizar en el mapa a las que son como tú empodera por sí mismo. Interesante descubrimiento. Resca-

to sin duda la ocupación y preocupación de señoras por conectarse y enraizarse entre diversas generaciones.

#MIPRIMERACOSO

En el 2016 una compañera hacedora y funcionaria de teatro relató cómo fue acosada cuando era una niña por un vecino y cómo el acoso estuvo y está siempre en nuestras vidas de teatro, porque así es la educación artística, porque así es el patriarcado, porque así es el mundo, porque sí, porque somos mujeres y aunque seamos artistas rodeadas de compañeros artistas, no nos salvamos de la lógica de la misoginia en el mundo.

Su post tuvo medio millón de vistas orgánicas y cimbró a la comunidad teatral. Todas empezamos a publicar con ese hashtag. Recuerdo que la mayor parte de los comentarios de los compañeros iba en función del “no sabía que el problema era tan grande”. En efecto, parecía epidemia. Nos había pasado a todas. Pero, más importante, nos dimos cuenta de que podíamos decirlo en voz alta y de que eso nos hermanaba y nos identificaba. Mujeres acostumbradas a hablar en voz alta sobre un escenario entendimos que había cosas sobre las que no se hablaba y empezamos a preguntarnos el porqué.

DIAGNÓSTICO Y ENCUENTRO

En 2016 estalla el escándalo de Felipe Oliva. Un director y maestro de teatro que acosa y viola a varias actrices. En conversaciones informales entre compañeras y con el liderazgo valiente de las denunciadas, en 2017 nos lanzamos a proponer a la Coordinación Nacional de Teatro que realizara un diagnóstico a partir de entrevistas y un encuentro sobre la situación de la violencia de género y el abuso de

poder en nuestras escuelas, ensayos, compañías e instituciones. No hay sorpresas: como el resto del mundo, el teatro también es patriarcal y normaliza la violencia y el machismo.

LA LIGA MEXICANA DE MUJERES DE TEATRO

En el 2018 y empoderadas por el diagnóstico obtenido, ya con la mirada más o menos anuente de la institución, emprendemos una campaña para lograr la paridad en la Muestra Nacional de Teatro. En las carteleras, las obras escritas o dirigidas por mujeres son una franca y aterradora minoría. No hay sorpresas: el comité curatorial no acepta la paridad. A partir de esta discusión surge la Liga Mexicana de Mujeres de Teatro que aglutina a unas trescientas personas de todo el país.

2018. La Liga tiene su primer encuentro con recursos propios, con alguna ayuda de la institución y todo el entusiasmo posible. Logramos juntarnos (unas cien) en los dos días previos a la Muestra Nacional de Teatro. El rumor se corre y de pronto, gracias a algunas pequeñas pero significativas acciones, el nombre de la liga se inserta en el teatro nacional.

La Liga se mueve, se va transformando, se hace fuerte, se debilita, se recompone, se hace más grande, se diversifica. Se forman equipos de trabajo que se van haciendo fuertes grupos de amistad, solidaridad, entendimiento, educación y discusión feminista. No funciona de manera corporativa, no hay jefas, los liderazgos se van creando y son móviles. En las discusiones de los grupos, las que tenemos más edad nos peleamos con las formas de las más jóvenes y nos confrontamos con nuestra propio conservadurismo. La Liga se mueve y va cambiando porque es, ante todo

y como buen capítulo feminista de la Historia, movimiento. El #metooteatromx provoca que mucha de la presencia pública de la Liga se concentre en el tema de la violencia sexual. La lucha no es menor ni sencilla. Caen algunas vacas sagradas, pero aún muy pocas para el tamaño del problema.

Hace unos meses las actrices de cine y tele se unieron a la ola internacional del Me Too y todas juntas (teatro también) nos manifestamos públicamente en la segunda entrega de los premios Metro.

¿Cuál es el estado de las cosas? En muchos sentidos, desorganizado. Pero como buena colcha, todo comienza con una canasta llena de tejidos revueltos que por fin se encuentran. Las mujeres de teatro en México nos estamos encontrando de manera irremediable. Esto ya no tiene marcha atrás porque descubrimos que, al igual que todas las demás, ganamos menos, cuidamos más y somos objeto de una violencia específica por ser mujeres. Tarde, quizá, pero descubrimos que el arte no nos salva del patriarcado y que muchos de nuestros compañeros con quienes hemos compartido la intimidad del sudor escénico son y han sido los agresores de otra mujer. Estamos en un proceso de duelo, furia, limpieza, indignación, catarsis y al final del día, de anagnórisis. El asunto es que ya nos encontramos y nos estamos tejiendo. Y mientras nos tejemos deshilamos las historias aburridas de mujeres aburridas, escritas por un patriarcado aburrido y violento.

¿Cuál es el estado de las cosas? Miremos en cinco años la cartelera. Si encuentra usted muchas más directoras y dramaturgas es que el teatro machista y aburrido como lo conocemos está como el patriarcado: en proceso de derrumbe. U

¿TIENE GÉNERO EL CEREBRO?

Fernanda Pérez-Gay Juárez

En las razas más inteligentes, como entre los parisienses, existe un gran número de mujeres cuyos cerebros son de un tamaño más próximo al de los gorilas que al de los cerebros más desarrollados de los varones. Esta inferioridad es tan obvia que nadie puede discutirla siquiera por un momento; tan sólo su grado es discutible.

GUSTAVE LE BON

La idea de que los cerebros de las mujeres funcionan de forma distinta a los de los hombres surgió mucho antes de que existieran métodos para observar la actividad del sistema nervioso. Sin embargo, durante siglos se utilizó como justificación para mantener los roles sociales que relegaban a la mujer al hogar y al cuidado de los hijos, alejándola de los vórtices de la vida intelectual, política, artística y científica. Tras la emergencia de tecnologías que nos permiten hacer preguntas más directas al funcionamiento y la estructura del cerebro, crece la expectativa de obtener una respuesta más clara a la pregunta ¿determina el género nuestra estructura o función cerebral?

En su libro *The Myth of the Gendered Brain*, la neurocientífica Gina Rippon explora las limitaciones de la neurociencia del cerebro masculino y femenino: desde estudios con poco poder estadístico, pasando por la falta de replicación de resultados y el sesgo de publicación (un estudio que encuentra diferencias tiene más probabilidad de ser publicado), hasta malinterpretaciones guiadas por estereotipos históricos. El problema —concluye la neurocientífica— no son los datos arrojados por las nuevas tecnologías, sino seguir interpretándo-

◀ Neuronas. Ilustración de Gerd Altmann. Pixabay ©

los basados en asunciones *a priori*, en lo que la psicóloga Cordelia Fine ha llamado “neurosexismo”.

Considerando el enorme impacto social de asumir que los cerebros de los hombres y de las mujeres son distintos, es urgente preguntarnos: ¿tiene género el cerebro?

MÁS ALLÁ DEL CEREBRO DIMÓRFICO

¿El cerebro tiene sexo? Sí, si consideramos que está hecho de neuronas, que son células nucleadas, y que el sexo está determinado genéticamente por el último par de cromosomas en el ADN celular —XX o XY—. El sexo es una variable biológica, y fuera de algunos desórdenes hormonales, determina la fisiología del cuerpo con que nacemos. El sistema endócrino producirá distintas hormonas dependiendo del sexo, y estas hormonas determinarán la diferenciación de los aparatos genitales, la masa muscular, la altura y la distribución de grasa y cabello. Siguiendo esta línea, es natural preguntarse si el sexo biológico —y su perfil hormonal— tiene algún efecto en el cerebro.

Una de las estructuras cerebrales que dependen del sexo es el “núcleo sexualmente dimórfico”, una estructura en el hipotálamo relacionada con la regulación de la fisiología y el deseo sexual, y que no está involucrada en tareas cognitivas complejas. Más allá de eso, diversos estudios han reportado diferencias físicas en los cerebros de hombres y mujeres, tanto en el volumen total, como en el tamaño de diferentes regiones —las mujeres tienen mayores áreas de lenguaje y los hombres mayores áreas que sirven al razonamiento visoespacial—, y también en la proporción de materia gris (cuerpos neuronales) y materia blanca (axones: prolongaciones que conectan unas neuronas con otras). Recien-

temente, otros estudios han encontrado también diferencias en el patrón de conexiones de los cerebros de hombres y mujeres.

Estas diferencias tienen algunas limitaciones: están basadas en promedios poblacionales, y es un hecho que los cerebros individuales muestran poca consistencia interna, es decir, el cerebro de un hombre presentará características femeninas y viceversa. Además, más allá de diferencias puntuales categóricas, existe una enorme coincidencia de estructuras cerebrales entre hombres y mujeres.

En este contexto, el acercamiento de la investigadora Daphna Joel resalta que las diferencias observadas no justifican la idea de un cerebro estrictamente dimórfico, sino que los cerebros tienen un mosaico de características que hemos tipificado como “masculinas” o “femeninas”. Si se toma en cuenta la suma de todas estas características, propone Joel, cada cerebro puede localizarse en un continuo entre lo masculino y lo femenino, son escasos los individuos cuyos cerebros caen en los extremos del espectro. La visión de Joel es más consistente con la definición actual del género, un constructo social compuesto por características y conductas “femeninas” o “masculinas” que se entiende mejor como un continuo que como una variable binaria, y que no siempre corresponde al sexo biológico. En este y otros temas, los avances más recientes de la neurociencia nos muestran que nuestras categorizaciones binarias, por útiles que sean, son en realidad una simplificación de la realidad.

NEUROCOGNICIÓN Y GÉNERO: ¿BIOLOGÍA ES DESTINO?

Incluso entendiendo el cerebro como un “mosaico de características femeninas o mascu-

Una sociedad que insiste en la diferencia de géneros —escribe Rippon— producirá cerebros que difieren entre géneros.

linas”, nos enfrentamos al problema de si esas características son realmente biológicas o están determinadas por la cultura. ¿Cómo separar lo innato de lo aprendido? Lo biológico y lo social están en realidad combinados en el cerebro y resultan difíciles de discernir, pues los circuitos cerebrales están determinados por la genética y pueden modificarse por la experiencia desde la vida intrauterina. La plasticidad, esa capacidad de nuestro sistema nervioso de introyectar aprendizajes y almacenarlos en forma de nuevas conexiones cerebrales, permite a nuestro ambiente físico y social modificar nuestra biología.

Para interpretar la información que reciben los sentidos, el cerebro debe generar una

serie de predicciones, influidas por la experiencia previa. El género que se nos asigna al nacer, según nuestro sexo biológico, viene acompañado de una serie de reglas de conducta y aprendizajes sociales que permearán desde muy temprano nuestra forma de ver el mundo. Antes de que nos demos cuenta, nuestros circuitos cerebrales ya habrán absorbido la carga social del rosa y el azul, lo que incidirá en nuestro desarrollo cognitivo y emocional. Esto complica aún más la interpretación de las diferencias cerebrales entre hombres y mujeres. Dicho de forma simplista: ¿cómo saber si la mayor capacidad visoespacial en hombres y la mayor capacidad verbal reportada en mujeres es innata u obedece a la estimulación social —jugar con Legos o aviones si eres hombre y con muñecas si eres mujer—? Los cerebros, desde el punto de vista de Gina Rippon, reflejan la vida que han vivido, no el sexo (y mucho menos el género) de sus dueños. Una sociedad que insiste en la diferencia de géneros —escribe Rippon— producirá cerebros que difieren entre géneros.

NEUROSEXISMO

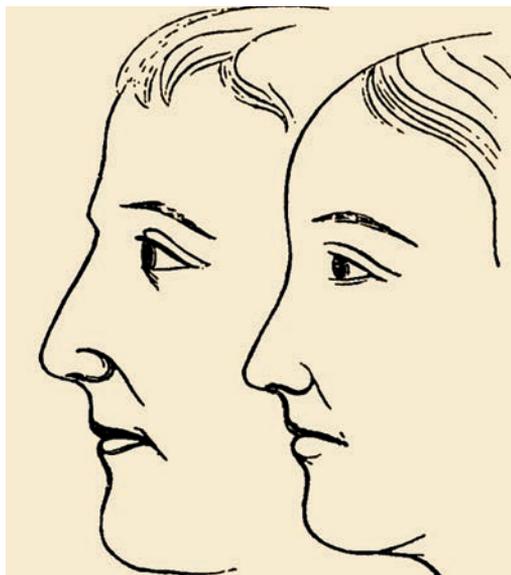
Una de las primeras anécdotas de neurosexismo se remonta al trabajo del neurólogo Paul Broca, quien comparó 292 cerebros masculinos con 140 cerebros femeninos y encontró que el cerebro de la mujer pesaba 181 gramos menos que el del hombre. Para Broca, esta diferencia en la masa cerebral era una confirmación inequívoca de la inferioridad de la mujer. Aun sabiendo que la diferencia en masa cerebral podía ser explicada por la estatura, Broca no intentó relativizar el efecto y agregó que no podía establecer la totalidad de la diferencia puesto que “sabemos *a priori* que las mujeres son menos inteligentes que los hombres”.



Mujer enseñando geometría, ilustración medieval de *Los elementos de Euclides*, 1310

Toda proporción guardada, un ejemplo moderno ocurrió en un controvertido estudio, publicado en 2013 por Ingahalikar *et al.*, que comparó el mapa de conexiones del cerebro de 428 hombres y 521 mujeres. El estudio encontró que los hombres tenían más conexiones dentro de los hemisferios, mientras que las mujeres mostraban más conexiones que cruzaban de uno a otro hemisferio. Los autores concluyeron, a partir de sus datos, que “el cerebro de los hombres facilita la conexión entre percepción y acción mientras que el de las mujeres facilita la comunicación entre procesamiento analítico e intuitivo”, una interpretación sesgada por el estereotipo hombres-acción / mujeres-intuición. Además, el boletín de prensa anunció el estudio como una posible explicación de por qué “los hombres son mejores para leer mapas y las mujeres mejores para el *multitasking* y para crear soluciones aptas para un grupo”, extrapolando las diferencias en estructura cerebral al desempeño en tareas que los sujetos nunca realizaron dentro del escáner y que casualmente correspondían a creencias de la psicología popular. Este ejemplo, entre muchos otros citados por Rippon, nos muestra que ni las tecnologías más avanzadas escapan a la sed social de perpetuar ese dicho simplista de que “los hombres son de Marte y las mujeres son de Venus”.

La crítica a la idea del cerebro masculino y femenino no debe tomarse como un deseo de anular la diferencia: la diversidad de ideas y comportamientos es la base de la riqueza del ser humano y entender de dónde y en qué consisten estas diferencias es relevante para todo aquel con un cerebro, un sexo y un género. Pero, como señala Daphna Joel, el binaris-



Anónimo, *Fig.118-Profiles* en Samuel R. Wells, *New Physiognomy*, Fowler and Wells, 1889

mo hombre / mujer se queda corto al intentar explicar la enorme diversidad neurocognitiva de los seres humanos.

Para alejarnos del “neurosexismo” conviene ser críticos de las interpretaciones de los estudios del cerebro y el género, especialmente si buscan explicar los datos utilizando estereotipos *a priori*. Sólo estando atentos a la nueva evidencia y dispuestos al debate e intercambio, podremos señalar las fallas de argumentación de aquellos que sostienen que la diferencia entre lo masculino y lo femenino es estrictamente binaria, inmutable y determinada por la biología. La idea del cerebro dimórfico no sólo determina cómo nos entendemos a nosotros y a los demás, sino que permea en las políticas educativas y sociales. Hoy en día, la perspectiva de las investigadoras que buscan explicar el cerebro más allá de dicotomías, como Gina Rippon y Daphna Joel, resulta esencial para evitar que los nuevos hallazgos de la neurociencia sean utilizados para enunciar “verdades innegables” que justifiquen y perpetúen la desigualdad en nuestras sociedades. **U**

CONTROLAR EL CUERPO DE LAS MUJERES

ENTREVISTA CON SILVIA FEDERICI

Nayeli García Sánchez

Estuve muy atenta a su conversación con Silvia Cusicanqui en la Feria del Libro de 2018 y hubo varios temas que nos gustaría retomar de ahí y de los libros que he leído de usted para profundizar. Uno de ellos es: ¿cómo opera esta educación capitalista diferenciada por género en la infancia?

Creo que es una temática muy relevante porque en todos los movimientos sociales, como el marxismo, el socialismo y en parte también el feminismo, la educación de la infancia no ha tenido un lugar importante a pesar de que es fundamental para la creación de una nueva sociedad. Entonces yo creo que se debe poner más atención en nuestra relación con los niños y las niñas a partir de sus primeros años de edad. Por ejemplo, una temática que me preocupa mucho es la violencia contra la infancia, que siempre se ha legitimado, siempre ha sido presentada como una cosa natural. La infancia se ha representado en el capitalismo como un estado bastante degradado de vida porque los niños son los irracionales, los que todavía no son productivos, a pesar de que el capitalismo se ocupa de la infancia pensando que son los futuros trabajadores y por lo tanto deben ser disciplinados. Y como los niños no tienen razón se pueden disciplinar también con la violencia física, pero esta violencia no aparece como violencia, se presenta como "educación". Entonces creo que esta temática es fundamental para

◀ Silvia Federici, 2014. © BY-SA

pensar en la educación de la infancia. Porque no nos damos cuenta de qué tan humillante y traumatizante es para una persona pequeña ser parte de un núcleo familiar en el que en cualquier momento puede ser abusado de esta forma. El movimiento de las mujeres debe poner la lucha contra la violencia hacia los menores como parte de su programa fundamental, y también la escuela. La escuela se debe repensar completamente, a partir de las necesidades de la infancia y de su comunidad. Porque hoy la escuela se decide desde arriba, con objetivos que salen del mercado laboral. Necesitamos una educación escolar que incremente la creatividad. La infancia tiene una creatividad inmensa: no nos damos cuenta de lo que significa descubrir el mundo. Y, ¿cómo se puede descubrir —cómo se puede relacionar con las categorías que hemos construido para enseñarles—? Es un proceso de descubrimiento importante para recrear nuestra visión del mundo. Debemos adoptar una óptica con la que podamos aprender de los que tienen una mirada nueva, de los que miran al mundo con ojos nuevos. Se debe cambiar la concepción de que los niños son vacíos que se deben llenar y que nosotros sabemos cómo hacerlo. Esta problemática está al centro de los movimientos sociales y es claro que en cuanto a la diferencia de género hay que enseñar una concepción completamente diferente, de las diversidades sin jerarquía y sin separación. Hay que aprender que el femenino y el masculino son construcciones sociales también. Entonces yo creo que es un terreno central y estratégico para cualquier mo-

vimiento que se pone el objetivo de cambiar el mundo.

¿Esos procesos de disciplina asignan identidades con base en el género y educan para ciertos trabajos?

La división sexual del trabajo y su jerarquía empiezan en la casa. En muchos lugares, por ejemplo, la división de género se hace en los primeros años de vida: es la niña la que hace el trabajo doméstico. El niño tiene una libertad más grande, puede jugar y compartir con otros. Las niñas a partir de que nacen son las que están en la casa. Esta división empieza muy, muy pronto.

¿Cuáles son, en su opinión, las nuevas formas de violencia contra las mujeres que se hacen posibles en un contexto en el que los medios de comunicación dependen del internet, por ejemplo, o circulan a través de él?

Es una cuestión muy compleja. La violencia contra las mujeres es algo sustancial, muy integrado a la zona de trabajo capitalista. Por ejemplo, el movimiento feminista ha hecho todo un análisis de cómo en la familia nuclear está siempre la posibilidad de la violencia legitimada por el Estado porque se le da al varón el poder económico, el salario o el título de propiedad de la tierra y la mujer se ha creado como dependiente. A través de este poder económico el Estado delega a los hombres el poder para disciplinar a las mujeres. Es una forma de gobierno indirecta. Así que muchas veces las mujeres se enfrentan a los hombres y no al Estado, pero el hombre



Estudiantes en la Albany Senior School, Reino Unido, 1943. © IWM (D 13781)

de la familia es su representante y sabe que si le pega a su mujer, el Estado lo tolera porque es parte de su deber —como disciplinar a los hijos es parte de la formación ciudadana—. Y todavía hoy existe esta forma más pública de la violencia contra las mujeres en áreas rurales porque son ellas las que más defienden la tierra y los bosques del extractivismo. También hay una violencia general contra las mujeres como respuesta a la búsqueda de autonomía.

La pregunta que tú me has hecho es particularmente interesante porque resulta que los medios y el internet están facilitando esta violencia. Por ejemplo, lo que está pasando en Estados Unidos, aquí en México lo vivimos cotidianamente. Hay una violencia contra las mujeres muy fuer-

te. Se dan casos de mujeres que van a un parque y las drogan, las violan ¡y después ponen la imagen en el internet! O a través del internet existe el *bullying*. Esto es un fenómeno verdaderamente nuevo que necesitamos comprender: cómo los medios han facilitado una nueva forma de violencia más sutil que ya han padecido tantas jóvenes, algunas de las cuales incluso se han suicidado. La idea de usar los medios para circular imágenes degradantes de las mujeres se está conectando con la multiplicación de las formas de violación.

En atención a estas nuevas dinámicas que permiten los medios de comunicación, a mí en lo personal me han llamado la atención los movimientos de denuncia y señalización pública como #MeToo. Me pregunto qué tanto esos mecanis-

mos sí crean nuevos contextos de resistencia y hasta dónde hay un alivio simbólico nada más.

A mí del movimiento #MeToo me preocupan más cosas. Principalmente me preocupa que se esté creando una imagen del violador muy limitada: la del hombre poderoso que abusa de su poder. En realidad, lo que se oculta o que no se evidencia lo suficiente es que la violencia contra la mujer es —sigue siendo— un elemento estructural de la organización del trabajo y de la condición de discriminación económica y social de la mujer. Entonces,

Para mí es importante subrayar la violencia institucional. La violencia no sólo se realiza y se actualiza con las pistolas y los machetes, hay una violencia también burocrática.

por ejemplo, lo que se oculta cuando se mira a los hombres poderosos es la violencia a la cual la mujer es vulnerable todos los días en el lugar de trabajo porque no gana lo suficiente, o porque en estos lugares de trabajo debe usar su cuerpo y el sexo para ganar más. Como las mujeres que trabajan en restaurantes y deben vestirse y moverse de una forma particular para ganar más propina porque dependen de ella. Me han dicho algunas mujeres que a fin de mes, cuando tienen que pagar la renta, se ponen ropa que evidencia el pecho, etcétera. También en las fábricas y las oficinas hay un antecedente de testimonios de acoso sexual de mujeres que si no aceptan, pierden su puesto de trabajo, o que saben que si usan su cuerpo pueden obtener ciertos privilegios. Todo esto se oculta.

Para mí es importante subrayar la violencia institucional. La violencia no sólo se realiza y se actualiza con las pistolas y los machetes, hay una violencia también burocrática. Cuando por ejemplo te obligan, como pasa hoy, a no poder abortar —o te esterilizan, que es la otra cara—, o te obligan a parir por cesárea, hecho cada vez más común, sería interesante analizar por qué. Hay toda una nueva intervención estatal sobre el cuerpo de las mujeres, sobre cómo las mujeres deben moverse cuando están embarazadas. En los Estados Unidos hoy se habla de una crimina-

lización racializada de las mujeres sin recursos cuando están embarazadas, que se presenta como defensa de la vida, defensa del feto, y que en realidad es una forma de esterilización. La mujer puede ser acusada de homicidio si toma drogas, si toma medicamentos que son negativos para el feto, si va en un coche cuando está embarazada y todas estas cosas. Es importante ver no solamente la violencia doméstica del varón y la violencia pública de los narcos y los paramilitares que están en contra de la lucha de la mujer en el campo, sino también la violencia estructural que está enraizada en la división sexual del trabajo y la violencia institucional que llega directamente del Estado en su intento de controlar el cuerpo de las mujeres. **U**

QUERIDA (Y DENOSTADA) SOFIA

Marta Rebón



Todos los 23 de septiembre —la fecha del aniversario de boda de los Tolstói—, a no ser que algo lo impidiera, Sofia cumplía un pequeño ritual. Después de vestirse y acicalarse como requería la ocasión, seleccionaba un lugar al aire libre de Yásnaia Poliana, tomaba su cámara Kodak de gran formato, preparaba el encuadre y estudiaba la luz de la escena. Luego, acompañada del autor de *Anna Karénina*, posaban los dos juntos frente al objetivo. Cuando Tolstaia daba la señal, alguien se encargaba de apretar el disparador.

El último de estos retratos de pareja data de 1910, y casi dos meses después Lev Tolstói moría en una estación de tren en Astápovo tras su intempestiva huida del hogar. Parafraseando el incipit de su célebre novela sobre una infidelidad conyugal, el matrimonio Tolstói era desgraciado a su manera. Después de la profunda crisis existencial en la que se sumió el escritor en la década de 1870 —y que en *Confesión* describiría como un despertar espiritual igual de intenso—, sus creencias mutaron hasta convertirse prácticamente en antagónicas a las de su esposa. Sus diferencias en cuanto a ideas políticas, religiosas y el modo de organizar los asuntos familiares fueron desgastando su vida en común, y el fervor de los seguidores del autor, con suficiente poder para inmiscuirse en su rutina cotidiana, acabó por distanciarlos.

Aun así, a pesar de que Sofia no entendiera la devoción de Tolstói por los campesinos, la voluntad de éste

◀ Sofia Andréievna Behrs, 1911

de ceder sus derechos de autor al pueblo, en lugar de a sus hijos, o su repudio público de la Iglesia ortodoxa, no dudaba en alzarse a favor de su marido. Sin embargo, tan alejados estaban ya entre sí que ni siquiera compartían la concepción sobre la finalidad del arte: para Lev, tenía que servir a fines sociales; para Sofia, a inquietudes espirituales.

En ese último retrato no asoma ningún indicio de la tempestad que se desencadenó en una madrugada de octubre y precipitó la partida hacia el sur del autor de *Guerra y paz*, a no ser que interpretemos sus miradas perpendiculares, que ni siquiera en el horizonte se cruzan, como un signo velado del abismo abierto entre los dos. Casi de perfil, vestida de colores claros, Sofia lo toma de la mano y el brazo izquierdos y lo observa con afecto, mientras que él, con la mano que le queda libre metida en el bolsillo de su camisa campesina, opta por mirar a la cámara con una expresión un tanto arisca. "Una vez más, una petición para tomarnos una fotografía en la pose de cónyuges amorosos", anotó Lev en su diario.

No es fácil descubrir que muchas de las imágenes icónicas de Tolstói son obra de su esposa. Si consultamos la página de créditos de la mayoría de ediciones en español —por no decir todas— que ilustran sus cubiertas con un retrato del autor, no suele aparecer referencia alguna al origen de la imagen o, si se han tomado la molestia de hacerlo, como mucho se limitan a agradecer al Museo Estatal Lev Tolstói de Moscú la cesión del material. Se puede afirmar que ésa es la tónica habitual en todo cuanto atañe a Sofia, la esposa fiel y maldita. La fama de causante, en gran medida, de la crisis final de su marido la ha perseguido hasta una fecha muy reciente. Pero ella era muy consciente de cómo no quería ser

vista en el futuro. En una carta del 12 de octubre de 1895 dirigida a su marido, le escribió:

¿Por qué siempre me tratas tan mal cuando me mencionas en tus diarios? ¿Por qué deseas que las futuras generaciones y nuestros propios nietos vilipendien mi nombre como el de una esposa voluble y malvada que te hace infeliz? [...] Me prometiste que tacharías esas palabras rencorosas referidas a mí en tus diarios. Pero no lo has hecho, todo lo contrario. ¿O es que temes que tu gloria póstuma sea menor si no me tratas como una torturadora, y a ti mismo como un mártir acarreado una cruz en la persona de [tu] esposa?

Mientras traducía al español su novela *¿De quién es la culpa?* (por encargo de la editorial Xordica), me encontraba en Israel con una beca de doctorado. Ya desde el principio me di cuenta de que todo lo relacionado con Sofia requería un esfuerzo añadido. Localizar la edición rusa de la novela acarreó meses de gestiones. A cualquier biblioteca que acudía buscaba su nombre en el catálogo. En la Biblioteca Nacional de Jerusalén encontré una edición de 1945 de *Tolstoy and His Wife*, de Tikhon Polner —cuyo título revelaba claramente el papel que otorgaba el autor a Sofia, "la mujer de"— y *Song Without Words: The Photographs and Diaries of Countess Sophia Tolstoy*, un cuidado estudio de su faceta como fotógrafa a través del más de un millar de placas que Sofia disparó entre 1885 y 1910, muchas de ellas inéditas hasta la publicación de ese libro de 2007, a cargo de la editora gráfica de *National Geographic* y comisaria Leah Benda-vid-Val. Al ver esas imágenes hubo, para mí, un antes y un después, pues transmitían una frescura y sensibilidad —una modernidad,

La fama de causante, en gran medida, de la crisis final de su marido la ha perseguido hasta una fecha muy reciente. Pero ella era muy consciente de cómo no quería ser vista en el futuro.

diría incluso— poco habitual para la época, y menos por parte de una mujer. No sólo me sorprendió la delicadeza de su serie de imágenes tomadas en el Cáucaso, cuando durante varios meses cuidó de su marido convaleciente, sino, sobre todo, sus autorretratos antes de la actual era de las *selfies*. De ellos se desprende la necesidad de una mujer de tomar distancia emocional de sí misma y de autoafirmarse, eclipsada como estaba tanto por la figura de su marido como por el cuidado de ocho de los trece hijos que parió y sobrevivieron, y la exigente gestión de la hacienda y la economía familiar.

Sofia instaló un laboratorio en su casa. Ella, que había aprendido técnicas de positivado a los dieciséis años con la ayuda de un amigo del padre, retomó esta disciplina con entusiasmo en la década de 1880. La música y la fotografía fueron su refugio de la tensión de su matrimonio, así como los espacios de libertad creativa que la ayudaron a satisfacer su naturaleza enérgica y vital. Los retratos familiares y de la vida en Yásnaia Poliana se convirtieron en una prolongación de sus diarios. O, mejor dicho, en un complemento, pues decía reírse cuando leía sus propias entradas, porque en ellas aparecía como “la mujer más desdichada del mundo”. “Siempre escribo en mi diario cuando discutimos”, aclaró a continuación. La imagen que quiso transmitir de sí misma y de Lev es especialmente interesante, porque se dio en los albores de la construcción iconográfica de la figura social de los es-

critores, que sería tan relevante en el siglo pasado, y aún en el presente. En ese cometido Sofia competía con su acérrimo enemigo, Vladímir Chertkov. Éste también instaló un laboratorio en la hacienda, compró el equipo fotográfico más moderno —también para tomar instantáneas con una cámara oculta— y contrató a un asistente inglés. Ambos eran conscientes, como dice Goffredo Fofi en *Portrait of the Writer: Literary Lives in Focus*, de que “los retratos nos permiten comprender mejor a los escritores que amamos (o tal vez detestamos): vemos sus dudas, su vanidad, a menudo comprendemos mejor su obra. Se nos brinda la oportunidad de juzgar, absolver o condenar”. Por eso Sofia se centró en destacar el Tolstói familiar e íntimo, y Chertkov, por su parte, en inmortalizar al filósofo, predicador y activista.

¿De quién es la culpa? fue otra manera que encontró Sofia Tolstaia de rebatir las contradicciones en las que incurría su marido entre la teoría que predicaba y su vida real. *Sonata a Kreutzer* (1889), su novela sobre el amor carnal y las relaciones sexuales en la pareja, fue la gota que colmó el vaso. Además, la interpretó como un ataque público y despiadado contra ella, aunque luego se presentara en persona ante el zar para pedirle que levantara la prohibición para que viera la luz. Temerosa de que las habladurías mancillaran su reputación a los ojos de su propia familia, entre 1892 y 1893 escribió en unos cuadernos escolares esta novela inspirada en su experiencia matrimonial. Aún hoy resultan tristemente modernos los títulos que barajó para su obra: *Una mujer asesinada más* o *Cómo los maridos matan a sus esposas*. Tanto sus hijos como sus amistades la convencieron de no publicarla. El manuscrito se imprimió por primera vez

en 1994, en la revista *Oktiabr*. El escaso interés que despertó entonces se debió a que en ese momento en Rusia se vivía con grandes penalidades, entre las humeantes ruinas de la extinta Unión Soviética.

Tolstaia fue muy generosa en el tratamiento del personaje femenino, Anna, que se casa con un noble mayor que ella, el príncipe Prózorski, después de que éste llevara una vida muy disoluta. Anna aparece como la joven ideal, pura y noble frente al animal libidinoso que es Prózorski, que en la primera noche después de la boda ya abusa de ella. El amor sensual de él no llenará a Anna, que encontrará en un pintor diletante y enfermo la comunión espiritual a la que aspira. En un ataque de ira, movido por los celos, Prózorski asesinará a su inocente esposa, que siempre le fue fiel. Para Tolstaia, esa muerte representa la derrota del ideal del amor entre iguales y la anulación de la mujer en el matrimonio, en manos del marido. Si en *Sonata a Kreutzer* se acusa a ambos cónyuges de la deriva infeliz que toma su matrimonio, en *¿De quién es la culpa?* es el marido quien carga con toda la responsabilidad.

Sofia Andréievna Behrs podría ser recordada por cualquiera de sus múltiples facetas intelectuales, ya fuera como escritora, memorialista, fotógrafa, editora o traductora. No se limitó a ofrecer apoyo emocional a su marido y a propiciar las condiciones para que pudiera concentrarse en sus proyectos literarios —las obras completas de Tolstói ascienden a más de noventa volúmenes—, sino que también fue su primera lectora y crítica, además de copista de sus textos, guardiana de sus manuscritos, correctora y editora. Es evidente por su correspondencia y las entradas de sus diarios que, aunque ella valoraba su talento creativo, siempre se sintió cohibida por el pa-



Lev y Sofia Tólstói, 23 de septiembre de 1910

pel que la sociedad, como mujer, le había impuesto. Consideraba que las oportunidades para manifestar su propio talento se veían constantemente frustradas, tanto por la abrumadora sombra que proyectaba su marido sobre ella, como por los deberes que se le exigía como esposa y madre. En su diario el 16 de junio de 1898 anotó:

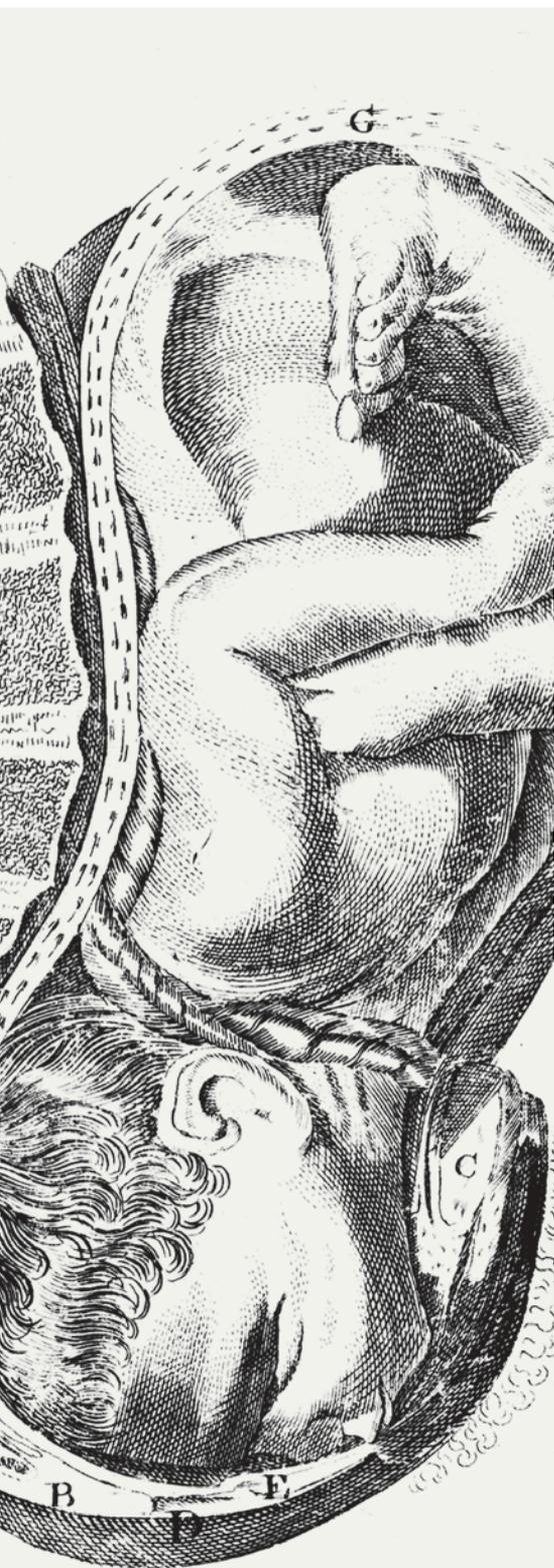
¿Por qué no hay genios que sean mujeres? No hay escritoras, artistas, compositoras. Porque toda la pasión y las habilidades de las mujeres enérgicas se destinan a sus familias, a su amor, a sus maridos y, sobre todo, a sus hijos. Todas las demás habilidades están atrofiadas. Una vez que la maternidad y la crianza han terminado, entonces sus necesidades artísticas se despiertan, pero entonces ya es demasiado tarde para desarrollar algo en su interior. **U**

LA PARTERÍA: UNA PRÁCTICA PARA EL FUTURO

Kay Cisneros

Llevábamos poco más de dos días acompañando a una mujer en trabajo de parto, dos días de un exhaustivo trabajo físico y emocional. Hubo llanto, alegría, frustración, ánimo y desánimo (como en cualquier parto). Su pareja le cantaba y le preparaba cosas para comer, ella tenía la libertad de moverse por toda la casa, ir al baño cuando quisiera, bajar al jardín, encerrarse en un cuarto, salir a caminar. Cambió muchas veces de postura para manejar el dolor, en cuclillas, en cuatro puntos, recostada en su pareja, lo que su cuerpo le pidiera: ella era la dueña del proceso. Nosotras interveníamos sólo para tomar signos vitales (realizando pocos tactos y únicamente con su autorización) o para brindar apoyo emocional, sosteniéndole la mano, preguntándole qué necesitaba, cómo se sentía, abrazándola, haciéndole masaje o manto con el rebozo, recordándole que ella era lo suficientemente fuerte para lograrlo, que creíamos en ella. Hubiéramos esperado el tiempo que fuera necesario si los signos vitales de mamá y bebé se hubieran mantenido en orden, pero una alteración en ellos nos llevó a recomendar un traslado preventivo al hospital. Nuestra recomendación fue desgarradora para la mujer, pero accedí.

Al llegar al hospital su miedo se hizo realidad. Tuvo que enfrentarse a todo lo que había intentado evitar con su decisión de parir en casa: a que le llamaran a su bebé "producto" y a que se dirigieran a ella como "señora" en



◀ John Norman, *Parto*, 1786

vez de por su nombre, a que la despojaron de sus ropas y le negaran el acceso a comida y bebida, a que la rasuraran, le hicieran un enema y la canalizaran (como receta de cocina), a que no permitieran el acceso de ninguna de nosotras ni de su pareja, a que la regañaran por su decisión de acompañarse con parteras, a que la miraran con desdén si se quejaba por el dolor que sentía con cada contracción. Al final ese desliz en los signos vitales se reguló, pero ya estábamos ahí.

Pasó de estar en un modelo en el que el centro es ella a uno que se basa en las preferencias de los proveedores, uno en el que la información sobre sus procesos no le pertenece a ella sino a alguien más, en el que no tiene posibilidad de opinar y mucho menos de decidir. Se convirtió en una camilla ocupada más, sin privacidad, con todas las luces encendidas, con médicos y residentes haciéndole tactos sin pedirle autorización. La obligaron a recostarse a pesar de que ésa es la posición más dolorosa y menos óptima para parir; le realizaron la episiotomía, un corte vaginal que desde hace años está catalogado como innecesario y contraproducente pero que se sigue realizando en la mayoría de los casos; la separaron de su bebé inmediatamente después del nacimiento, a pesar de que el contacto piel con piel después del nacimiento es fundamental para el apego y la lactancia; cuando pedía información sobre su bebé no le decían nada claro; en el periodo que permaneció en el hospital daban sólo 50 minutos al día para visitas; cuando pedía información sobre cuándo la darían de alta, no se lo decían. Después de todo lo que había vivido, tenía que estar sola.

Me duele mucho decir que esto es de lo menos grave que llega a pasar, que “no le fue tan mal”, que ésta es la historia de muchas muje-

res y que es una violencia tan normalizada que la mayoría no la identifica como tal. Es cierto, las tasas de muerte materna se han reducido, pero las secuelas emocionales de una mala experiencia de parto te marcan para toda la vida y nadie parece preocuparse por eso.

En la actualidad hay un sinfín de escritos que hablan de la partería como “una práctica ancestral en peligro de extinción”. Esa afirmación es parcialmente cierta, la partería es una práctica ancestral en todas las culturas del mundo. Los registros más antiguos que se tienen de la figura de la partera son de hace 10 mil años. Históricamente las mujeres han sido acompañadas en sus procesos de parto por otras mujeres, sabias que aprendieron observando procesos fisiológicos a lo largo de los siglos y transmitieron su conocimiento de generación en generación.

Es cierto también que la medicina occidental ha hecho un esfuerzo tremendo por desaparecer esos saberes. Alrededor del siglo XIII, a partir de la implantación de la medicina como profesión que requería una formación universitaria, las mujeres sanadoras fueron excluidas legalmente de esa práctica, pues ellas no podían estudiar.

Cabe mencionar que la profesionalización de la medicina no coincide con el desarrollo científico, ya que en las escuelas de medicina se enseñaban tratamientos sin fundamentos científicos, como escribir en la mandíbula de las personas “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén” para el dolor de muelas. Los médicos no realizaban prácticas experimentales, a diferencia de las sanadoras, que llevaban siglos de conocimiento basado en la experiencia.

El trabajo de las sanadoras fue sustituido progresivamente con una campaña de des-

Tanto embarazo como parto no son sólo procesos físicos, sino también emocionales y culturales.

prestigio liderada por el poder político, intelectual y religioso hasta que en el siglo XVIII la atención del parto se había empezado a trasladar a los médicos obstetras.

En México la profesionalización de la partería fue una estrategia del Estado para minimizar —y eventualmente eliminar— la partería tradicional, considerada inferior a “los desarrollos científicos de la época”. Finalmente, después de “profesionalizar” la partería (o regularla con sus estándares occidentales y hegemónicos de medicina) el Estado dejó de formar parteras profesionales y cerró las plazas laborales para ellas. Así, paulatinamente se logró trasladar la atención de partos al hospital y se medicalizó el nacimiento, proceso que antes de eso se había considerado como normal (fisiológico), lo que generó un aumento en la cantidad de intervenciones innecesarias y un miedo colectivo por parte de la sociedad a la atención no hospitalaria del parto.

Pero, a pesar de sus esfuerzos por desaparecerla, la partería no está extinta y me atrevo a decir que tampoco estará en peligro de extinción. La necesidad de que haya parteras es mayor al trabajo que históricamente han hecho para erradicarnos.

Nos hallamos en un contexto de hipocresía, en el que por un lado se habla de “impulsar el fortalecimiento de la partería” pero en la práctica se siguen implementando medidas contradictorias. En muchas comunidades hasta hace un par de años a las mujeres que se atendieran con parteras se les condicionaba el programa IMSS PROSPERA y las autoridades amenazaban con encarcelar a las parteras que siguieran ejerciendo, aun cuando no existe ninguna ley que prohíba el ejercicio de la partería.

Las parteras somos profesionales de la salud autónomas, especialistas en acompañar procesos fisiológicos, eso quiere decir que trabajamos en un primer nivel de salud, sólo atendemos a mujeres sanas con embarazos sanos y no realizamos intervenciones ni conducciones innecesarias pues sabemos que el embarazo y el parto son procesos normales que pueden desarrollarse sin intervención médica en el mejor de los casos; confiamos en la fortaleza y la capacidad de las mujeres para parir y utilizamos diversas herramientas (muchas derivadas de los saberes ancestrales) para acompañarlas en su proceso. Cualquier mamífera pare únicamente en un ambiente de seguridad y protección; asegurar ese ambiente para las mujeres propicia que la liberación de las hormonas del parto se desencadene de manera normal. En la gran mayoría de las ocasiones un parto no requiere más que contención y paciencia para desarrollarse.

Además, *las mujeres son el centro de este modelo*, que se adapta a ellas y no al revés. Nosotras brindamos información basada en evidencia científica para que las mujeres puedan tomar decisiones sobre sus propios cuerpos y procesos pero siempre ellas tienen la última palabra. Entendemos también que tanto embarazo como parto no son sólo procesos físicos, sino también emocionales y culturales, por eso, es indispensable conocer a cada mujer a profundidad y crear un vínculo con ellas basado en la confianza para poder brindarles una atención personalizada, amorosa, respetuosa y dentro del marco de los derechos humanos.

Sabemos que el espectro de “lo normal” es tan diverso como lo son las mujeres; eso nos ha permitido acompañar partos normales de más de tres días o de menos de tres horas, de muje-

res de baja estatura con bebés de cuatro kilos o más, partos de bebés hasta con cuatro vueltas de cordón, varios días con ruptura de membranas antes del nacimiento, mujeres de hasta 47 años o de dieciséis y la lista sigue. ¡Claro que en los hospitales no consideran nada de eso normal! Porque su formación se enfoca en las patologías, así que jamás han visto partos fisiológicos, los protocolos hospitalarios no lo permiten; jamás verán un parto de más de doce horas porque la institución los obliga a intervenir antes de que eso suceda. Los vuelven expertos en hacer cirugías, en no tener paciencia, a pesar de que sólo 10-15 por ciento de mujeres necesitarán realmente una cesárea.

Es importante mencionar que diversos estudios señalan que el parto en casa o en una partería es seguro siempre y cuando las mujeres estén sanas y sean acompañadas por un profesional capacitado; demuestran también

que, comparado con hospitales, es igual de seguro para los bebés, más seguro para las mamás y más costeable para el Estado. Estas investigaciones indican que el nivel de satisfacción por la experiencia para las mujeres y sus familias es mayor, que se reduce la tasa de intervenciones innecesarias (entre ellas, la cesárea) y aumenta el índice de lactancia materna. Por eso en varios países las parteras se encargan de acompañar a todas las mujeres sanas (85 por ciento según la OMS) y los obstetras al 15 por ciento restante que probablemente requiera la atención de un experto en patologías.

En mujeres sanas el porcentaje de complicaciones es sumamente bajo, pero no inexistente. Hay algunas complicaciones que se pueden atender en casa; sin embargo, en ciertos casos será necesario trasladarse al hospital. Nuestra tasa de traslados es de 15 por ciento



Paula Modersohn-Becker, *Reclining Mother and Child 2*, 1906

pero la mayoría de ellos no son por una emergencia (12.4 por ciento), sino porque la mujer eligió ir al hospital (generalmente por agotamiento) o porque hubo un estancamiento en el parto. Sólo 2.6 por ciento son traslados de emergencia.

Para asegurar la satisfacción y el bienestar de las mujeres es necesario tener un sistema de referencia seguro, oportuno y disponible que debería lograrse a través de la comunicación entre modelos; no obstante, a causa de la incompatibilidad entre el modelo hospitalario y el de partería, así como de la falta de políticas públicas que generen este enlace, las mujeres suelen tener experiencias terribles de traslados, sobre todo cuando se realizan a un hospital público.

Fortalecer la partería va más allá de folclorizar el conocimiento ancestral, mucho más allá de “capacitar a las parteras tradicionales” y reconocerlas como patrimonio cultural. La creación de escuelas para parteras (verdaderamente basadas en el modelo de partería) así como la integración de las parteras al sistema de salud es una estrategia de salud pública necesaria para mejorar la atención del embarazo y el parto fisiológicos y no debemos centrar la discusión únicamente en valorar la increíble labor de las parteras tradicionales sino en la necesidad de que cada mujer, sin importar la zona del país en la que viva ni su condición socioeconómica, tenga acceso a una partera.

En un país como México en el que de 8.7 millones de mujeres entre 15 y 49 años que tuvieron un hijo nacido vivo entre 2011 y 2016, 33.4 por ciento reporta haber sufrido violencia obstétrica (ENDIREH¹, 2016) y en el que el por-

centaje de cesáreas ronda 45 por ciento (a pesar de que la OMS recomienda que no exceda 15 por ciento) es fundamental implementar el Modelo de partería en el acompañamiento de la salud sexual y reproductiva de las mujeres.

Pero esa integración debe hacerse con sumo cuidado, no se trata de convertir a las parteras en enfermeras obstétricas, no buscamos que trabajen realizando prácticas que no están comprendidas dentro de sus competencias y que son opuestas a su modelo de formación (como sucede con algunas parteras a las que capacitan para terminar trabajando en hospitales, subordinadas a las y los médicos), se trata de formar espacios en donde las parteras puedan ejercer libremente acorde a los estándares y definiciones internacionales.

El acceso a un parto humanizado es un derecho humano y es responsabilidad del Estado asegurar la creación de espacios y políticas para que eso sea posible. Habrá mujeres que deseen parir en casa y mujeres que deseen parir en hospital pero debemos asegurarles la posibilidad de decidirlo y de vivir una experiencia positiva sin importar cuál sea el caso. No se trata únicamente de reducir las tasas de muerte materna, sino de reducir o erradicar los daños a nivel físico y emocional a corto y largo plazo, reducir la tasa de intervenciones innecesarias y de violencia obstétrica. Impulsar la partería es una magnífica estrategia para conseguirlo. Es por eso que no se trata sólo de una práctica ancestral, es una práctica para el futuro y de aquí en adelante queda mucho trabajo por hacer. **U**

¹ Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH).

Melanie Cervantes, *we didn't take no shit from nobody* (Sylvia Rivera), 2018 ▶



CRÍTICA

CINCO PROPUESTAS Y UNA INVITACIÓN

Tania Tagle

Las listas de libros “indispensables” para entender el movimiento feminista arrojan catorce páginas con 137 *links* en una búsqueda rápida de Google. Vivimos en la era del *bullet* que, al contrario de lo que muchos piensan, no es una herramienta para aligerar la lectura de los textos, sino para evitar el porcentaje de *rebote* (la cifra promedio de segundos que un usuario permanece en un sitio web antes de abandonarlo). No podemos permitirnos que el lector cierre la pestaña desalentado por un párrafo demasiado largo, o que se distraiga con alguna notificación de sus redes sociales. Los *bullets* son amigables, sobre todo cuando dan la ilusión de habernos convertido súbitamente en expertos al respecto de un tema que desconocíamos enteramente treinta segundos antes. Es por eso que hoy nos encontramos con resúmenes críticos de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir que cabrían perfectamente en un tuit o con discusiones enteras entre dos posturas aparentemente distintas del feminismo originadas por una cita fuera de contexto.

Ésta no es una diatriba contra las listas, a mi parecer una de las más hermosas formas de la literatura, sino contra ese tipo particular de periodismo, sobre todo digital, que las ha convertido en un formato inconexo y poco riguroso, cuya finalidad no es incitar a la curiosidad para que los lectores se acerquen directamente a los materiales sino, al contrario, asegurar que un par de líneas es “todo lo que necesitas saber” sobre un fenómeno o producto cultural complejo y lleno de matices. Pero las listas también pueden ser punto de partida, sucesión infinita y curaduría siempre inacabada sobre un tema. Incluso pieza colaborativa que plantea la posibilidad de construirse en colectivo, abierta a sugerencias y aportaciones (más parecidas a una *playlist* que a un decálogo). Me gustaría pensar que los libros que menciono a continuación son un primer peldaño para la construcción de un mayor entendimiento de la diversidad y complejidad de los discursos feministas que dialogan, se enfrentan y se nutren actualmente en nuestro continente. A ese primer peldaño, necesariamente, deben sumarse otros; una lista de libros sobre un tema tan amplio y diverso como es el feminismo en América, para no correr el riesgo de convertirse en antología a modo, debe ser polifónica tanto en sus enlistadas

como en sus enlistadoras. Es por eso que a continuación propongo cinco libros cuyas aportaciones han trazado las líneas discursivas de los feminismos en la actualidad y también invito a más lectoras a sumarse con sus propios peldaños.

bell hooks, *El feminismo es para todo el mundo*

En 1994 bell hooks escribió: “Es evidente que uno de los muchos usos de la teoría en el ámbito académico es la producción de una jerarquía de clases intelectuales donde los únicos trabajos que en realidad se consideran teorías son altamente abstractos, escritos en forma jerárquica, difíciles de leer y de oscuras referencias”.¹ *El feminismo es para todo el mundo* es la antítesis de esta afirmación. Escrito desde la horizontalidad y la empatía, este libro afianza teóricamente dos aportaciones fundamentales para el feminismo contemporáneo: 1) El problema que como feministas debemos combatir no son los hombres, sino el sexismo que permea todo el sistema patriarcal en el que vivimos hombres y mujeres. 2) La interseccionalidad es una herramienta indispensable para el análisis de las opresiones de las mujeres, pues en tanto sujetos históricos y políticos, estamos atravesadas, condicionadas y oprimidas no sólo a causa de nuestro sexo, sino también de nuestra raza, nuestra clase social y nuestra orientación sexual. Por lo tanto, a pesar de que todas las mujeres vivimos discriminación a causa de nuestro sexo, no todas las mujeres estamos oprimidas de la misma forma.

Francesca Gargallo, *Feminismos desde Abya Yala*

Abya Yala es el nombre que recibe América en lengua kuna, hablada en Panamá y una parte de Colombia, y significa “tierra madura” o “tierra que florece”. En este libro Francesca Gargallo construye una teoría feminista que se aleja del pensamiento colonial y de la concepción eurocentrista de la lucha social. Para ello, recopila y comparte testimonios de diversas mujeres de los pueblos originarios de América y lo que significa para ellas la lucha de las mujeres. Gargallo cuestiona el racismo que pervive aún dentro de los feminismos y teoriza sobre la posibilidad de un feminismo decolonial y, al mismo tiempo, universal.

¹ bell hooks, “La teoría como práctica liberadora”, en *Enseñar a transgredir: la educación como práctica de libertad*. WMF Martins Fontes, São Paulo, 2013, pp. 83-104.



Beatriz Esteban Agustí,
Lina Tatiana Lozano
Ruiz, Mayra Sofía
Moreno, Maira Puertas
Romo y Sara Vega
González (trads.),
Traficantes de Sueños,
Madrid, 2017 [2000].



Universidad Autónoma
de la Ciudad de México,
Ciudad de México, 2016
[2012].



Editorial Sudamericana,
Buenos Aires, 2016.

Mercedes D'Alessandro, *Economía feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*

En 2015 Mercedes D'Alessandro, economista y activista feminista, fundó el blog Economía Feminista con el objetivo de visibilizar la desigualdad económica a través de análisis estadísticos y difusión de datos duros. Una de las principales preocupaciones de la autora era que la información pudiera ser consultada por todo tipo de público, sobre todo mujeres, sin necesidad de tener conocimientos en ciencias económicas. De este blog se desprende el libro del mismo nombre, un análisis de la economía actual desde la perspectiva de género, indispensable para comprender la desigualdad y la violencia económica a las que están sujetas las mujeres en el sistema capitalista, por ejemplo, al realizar la mayor parte de las tareas no remuneradas, enfrentarse a la brecha salarial, al techo de cristal e incluso a la menstruación como factor de desigualdad económica.



María Antonia Muñoz (tr.),
Paidós, Barcelona,
2007 [1990].

Judith Butler, *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*

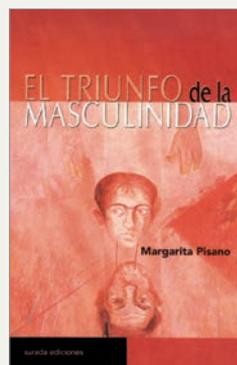
Este libro, considerado el texto fundacional de lo que hoy conocemos como teoría *queer*, está por cumplir treinta años y, sin embargo, las discusiones en torno suyo continúan cada vez más vigentes y acaloradas. En él, Judith Butler echa mano del psicoanálisis y la teoría literaria para establecer la distinción entre sexo biológico, asignado al nacer, e identidad de género como acto performativo, es decir, que se construye a través de una serie de actos simbólicos asociados con el género que pretenden representar. Tanto el sexo biológico como la identidad de género son considerados por la autora constructos culturales no necesariamente relacionados o coincidentes entre sí. Una de las afirmaciones de este libro que han sido más duramente criticadas es que el performance de género puede ser utilizado para subvertir la "ley heteronormativa" —aquella que dicta que las personas con asignación sexual femenina deben ejecutar el conjunto de roles asociado al género femenino y construirse como mujeres que, además, se sentirán sexualmente atraídas por hombres—, pues convierte la opresión de género en una narrativa individual. Es por eso que a este postulado también se le asocia con un "feminismo posmoderno". Independientemente de que se coincida con ellas o no, las teorías de Butler son indispensables para comprender los debates que atraviesa el feminismo en la actualidad.

Margarita Pisano, *El triunfo de la masculinidad*

Margarita Pisano realiza una crítica implacable al movimiento feminista que, desde su punto de vista, ha sido absorbido por la hegemonía masculina sin haber logrado establecer una nueva propuesta civilizatoria y de convivencia real. Es por ello que la mayoría de los triunfos del feminismo han sido poco a poco asimilados y neutralizados, colocando a las mujeres en posiciones de poder donde replican las mismas opresiones y los mismos valores que encumbra el sistema masculinista. Para Pisano, la femineidad nunca podrá alcanzar la igualdad porque está construida por y para el hombre, pero el feminismo se ha empeñado en pensarse *contra* el falocentrismo en lugar de *fuera* de él.

En su propuesta, la única posibilidad de emancipación consiste en replantear toda la lucha feminista a partir de la autonomía epistémica, política y cultural de un sistema en el que sólo podremos ser subordinadas.

Fuera de este conato de listado han quedado autoras que considero pilares en mi formación como feminista, por ejemplo: Rita Segato (*Contra-pedagogías de la crueldad*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2018), Silvia Federici (*Calibán y la bruja*, Verónica Hedel y Leopoldo Sebastián Touza [trads.], Traficantes de Sueños, Madrid, 2010 [2004]) o Marcela Lagarde (*Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, Ciudad de México, 2005 [1990]). Mi intención, ingenuamente ambiciosa, ha sido la de proporcionar un atisbo de la diversidad de ideas, posicionamientos y realidades que conviven, no siempre cordialmente, dentro del feminismo, a través de autoras que se han convertido en referentes —aunque no necesariamente los míos—. Finalmente, me parece que lo que he desarrollado es una propuesta de lectura introductoria a un tema basto, complejo y repleto de matices. Porque no es posible hablar de un feminismo en América sin considerar, de base, las distintas experiencias de “ser mujer” en este continente, determinadas por la raza, la clase y la orientación sexual, pero también por las condiciones políticas y materiales de cada nación y territorio, así como por el acceso a la salud, la educación, y las violencias particulares que nos atraviesan a cada una dependiendo de todo lo anterior. Sea esto el inicio de una escucha que cada vez abarque más voces. **U**



Surada, Santiago de Chile, 2001 [1998].

MIRADA OMITIDA



Paulina del Collado

En 2019 se estrenó en México *High Life*, la última película de la directora francesa Claire Denis. Ésta es una cinta de ciencia ficción que a través del género de la exploración espacial indaga de cerca la condición humana, los límites de la civilidad y los efectos del cautiverio. Impresiones personales aparte, comienzo por hablar de ella a raíz de una reseña publicada en un suplemento cultural reconocido en donde se cuestiona el trabajo de Denis desde su género. El texto apunta a que, como Denis es mujer y está de moda ser mujer, le estábamos celebrando de más su plagio a Tarkovski. También se arremete ahí contra Juliette Binoche porque cómo se les ocurre, a actriz y a directora, construir una hipersexualización de la mujer que resulte incómoda para la audiencia. Por increíble que parezca se habló mucho más de Denis por ser mujer que por ser una de las directoras de cine más inquietantes y disruptivas de los últimos años. Se habló más de Binoche por ser mujer que por su sobrecogedora interpretación de la Dra. Dibs. Desafortunadamente no es rara esta forma de acercarse al cine hecho por mujeres. Por eso, porque se le sigue juzgando a la obra por el género de quien la crea, es necesario ahondar en la categoría, hablar desde ella para resistir y construir nuevos espacios.

En su ensayo *La mujer que mira a los hombres que miran a las mujeres* Siri Hustvedt analiza una serie de pinturas sobre mujeres hechas por Pablo Picasso, Willem de Kooning y Max Beckmann. Aquí Hustvedt se propone abrir un diálogo entre espectadora y obra de arte del cual surja la misma pregunta que, de cierto modo, se plantearon las teóricas del cine feminista de los sesenta y setenta como Laura Mulvey: ¿quién dice cómo, desde dónde y qué se mira? En el cine, según Mulvey, se abre un diálogo entre tres miradas: la del punto de vista del personaje, usualmente una mirada protagónica masculina o masculinizada que percibe lo femenino como detonante de la acción u objeto del deseo (luchar para salvar a la princesa, quedarse con la princesa), la mirada del espectador y la tercera mirada, aquella que formada por la conjunción de las primeras dos: el público se identifica con la mirada del personaje, busca lo que éste busca, desea lo mismo que él. Lo que resulta de esto es que las mujeres reciben de sí mismas una perspectiva pasada por el filtro de la visión masculina. En todo el

proceso hay una mirada omitida por la que vale la pena preguntarse: ¿dónde está la mirada de las mujeres sobre sí mismas como personajes, como espectadoras, como realizadoras de cine? ¿Cambia en algo nuestra experiencia del cine si la pensamos desde el género?

Lo primero que es urgente reconocer es que el patriarcado rige nuestra mirada como espectadores del séptimo arte. El lenguaje cinematográfico se consolidó en sus primeros treinta años de existencia y, a pesar de su acelerado desarrollo y popularización, la forma en que éste nos habla no ha cambiado mucho. Aprendemos a ver cine y nos familiarizamos con sus convenciones de manera prácticamente inconsciente. Nosotros, consumidores de productos audiovisuales, somos receptores acostumbrados a ese pacto de lectura, un contrato tácito, en el que dejamos que el punto de vista de la cámara y nuestro ojo se fundan y sean uno mismo. Ésa es la *magia del cine* y, por supuesto, es una experiencia fantástica. No obstante, pienso que hoy en día, sobre todo para las mujeres en el interior de la industria cinematográfica, ésta ya no puede ser una experiencia acrítica.

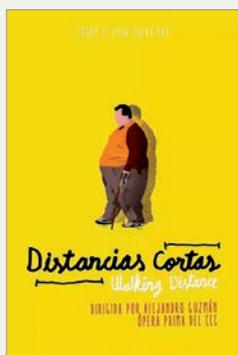
Las mujeres también nos hemos acostumbrado a experimentar el cine desde la mirada de los hombres y muchas reproducimos en lo que hacemos esa suerte de defecto de fábrica sin siquiera darnos cuenta. Basta con hacer un breve ejercicio de imaginación cinematográfica; pensemos en una película que inicia con el descubrimiento de un cadáver: un detective llega a la escena del crimen, hace preguntas, se desplaza por la escena. ¿Qué género tiene el detective? ¿La víctima? ¿No se refleja incluso en el lenguaje, en el género de los sustantivos *detective* y *víctima*? ¿Cómo se presentaría, es decir, cómo nos descubriría la cámara a una víctima femenina y cómo lo haría con una víctima masculina? ¿Cómo daría a conocer al detective? Es peligroso generalizar pero, al menos en el cine más comercial y tradicional, tanto hombres como mujeres contemplamos con normalidad la representación del cuerpo de una mujer que ha sido violentada y agradecemos la presencia de un detective experimentado que llegue a hacer justicia.

Por eso, una de las tareas asumidas por el cine feminista es llamar la atención sobre un hecho fundamental: ningún emplazamiento de la cámara es inocente. Desde la manera en que se presenta a un personaje femenino, qué partes de su cuerpo se enfocan para darla a conocer, en qué espacios se le permite desplazarse o qué tiene permitido hacer y sentir. Pienso en una escena bastante significativa de *Los adioses* (2018) de Natalia Beristáin, en donde el personaje de Rosario Castellanos, interpretado por Karina Gidi, está en la mesa del comedor escri-



biendo. El personaje disfruta inmensamente su proceso creativo, pulsa con fuerza las teclas de su máquina de escribir y sonríe. Se regocija en su cuarto propio. Mostrar este momento en concreto y no detenerse mucho en un momento de éxito, por ejemplo, es una decisión deliberada y significativa por parte de Beristáin; Castellanos amaba correr detrás de sus pensamientos y ese entendimiento es un gesto de empatía, que no habría podido ocurrir si no se pensaba a partir de ser mujer artista y de estar en constante defensa de los espacios propios para la creación y el trabajo.

No estoy diciendo que todo el cine hecho por mujeres esté obligado a representar la subjetividad femenina de una forma innovadora o que ése sea el objetivo explícito de las directoras, productoras, fotógrafas o guionistas. Tampoco creo que el cine, o cualquier arte, tenga la obligación de funcionar como una apología de la lucha de género; el género está e incide en nuestras decisiones, lo queramos o no. Lo que me interesa es subrayar que el cine se expresa a través de un lenguaje en donde opera la selección del ojo humano, uno inmerso en su lugar de enunciación, contexto, ideología, tradición, clase social y performatividad, es decir, viene de un ojo acostumbrado a ver de una cierta manera. En el lenguaje cinematográfico hay un sistema de valores culturales en donde opera un sesgo de género, y el objetivo de un cine con perspectiva feminista es evidenciar ese uso del lenguaje para deconstruirlo y explorar las posibilidades que puede desplegar otro enfoque.



Una de las películas mexicanas que más he disfrutado en los últimos años es *Distancias cortas* (2015), dirigida por Alejandro Guzmán y escrita por Itzel Lara, una dramaturga y guionista cuya voz me parece refrescante. Esta cinta narra la historia de amistad entre Fede, un hombre que padece una obesidad que lo inmoviliza y Paulo, un joven introvertido que irrumpe en la vida de Fede. Ésta no es una película que narra la historia de una mujer, no explora la maternidad ni las relaciones amorosas, tampoco toca el melodrama, áreas en donde se encasilla el cine por y para mujeres (y que a mi parecer funcionan muchas veces como espacios de resistencia). No obstante, en el trato hacia los personajes predomina una dignidad que me hace pensar en lo que pudo haber aportado Lara a la ecuación. En la película, la obesidad de Fede es tan grave que rara vez se baña ya que esto supone un esfuerzo titánico dadas sus dimensiones. Ahí es donde interviene su hermana Rosaura, interpretada por Martha Claudia Moreno, que baña a su hermano, un monolito indefenso sentado sobre un banco. Rosaura talla su espalda, moja su pelo con ternura, vierte agua tibia por el

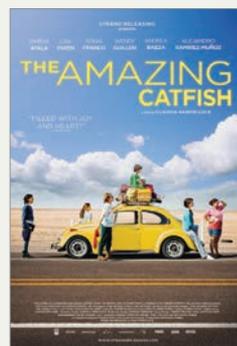


Juliette Binoche. Fotograma de *High Life* de Claire Denis, 2018

cuerpo avergonzado de él. Éste es un momento profundamente humano, lleno de algo que rara vez aparece tan de cerca en la pantalla grande: la mujer como dadora de cuidados. Éste es el mismo acierto de películas como *The Amazing Catfish* [Los insólitos peces gato] (2013), escrita y dirigida por Claudia Sainte-Luce, en donde Martha, una madre de cuatro hijos con VIH, y Claudia, una solitaria adolescente, se hacen compañía y cuidan la una de la otra.

Se suele omitir la mirada de las mujeres detrás de la lente. Pero ahí está y cada vez se abre más espacio. Por eso es esencial participar del diálogo en torno al detrás de la cámara: guionistas, actrices, productoras, fotógrafas, sonidistas, directoras, mujeres que se proponen construir un punto de vista distinto, incómodo para muchos, siempre desestabilizador y, por lo tanto, productivo en mi opinión. Por esta razón y volviendo a aquella desafortunada reseña, tal vez la sexualización en *High Life* de la Dra. Dibs, una Juliette Binoche de bestialidad siempre latente y desequilibrada, no es la que hace sentir cómodos a los espectadores acostumbrados a la imagen del cuerpo femenino joven, deseable, terso. A los pechos descubiertos y al sexo escindido. No estamos acostumbrados al cuerpo de la mujer siendo el cuerpo deseante, o siendo el que ejerce la violencia para poseer otros cuerpos. Eso incomoda, es cierto, pero también nos empuja a cambiar la mirada.

En un mundo ideal la categoría *cine de mujeres* o *cine feminista* no debería existir, también lo advierte Hustvedt, o sí, en tanto que empezáramos a hablar de *cine de hombres*, *literatura de hombres* o *pintura de hombres*. No tendría por qué haber una distinción y, sin embargo, hoy en día construirla y hablar desde ese espacio me parece necesario. Formar redes de creación, producción y distribución desde esa cajita donde son encasilladas las mujeres que trabajan dentro de la industria cinematográfica es una forma de resistencia, es idear plataformas para exigir paridad en puestos de trabajo, paga y reconocimiento, es recordar constantemente que la imagen en pantalla está siempre imbuida en la política. **U**



PARA VER EN CASA

Joanna Delgado Chiaberto

Al ser concebida para vivir en la intimidad de los hogares, en su origen la televisión contempló a las mujeres como su audiencia principal y muchos empresarios descubrieron rápidamente que ofrecer buen contenido era fundamental para la venta de publicidad exitosa. Así, a principios de los cincuenta surgieron las llamadas *soap operas*, o telenovelas americanas: series transmitidas durante el día, dirigidas a las amas de casa y producidas por patrocinadores que interrumpían los episodios para incluir comerciales del jabón que vendían. Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años y unos cuantos movimientos sociales para que la cultura *mainstream* representara a las mujeres de una manera más real y auténtica.

En México es bien sabido que las telenovelas han marcado durante mucho tiempo el canon televisivo y que estos melodramas de larga duración y tramas complicadas refuerzan en su mayoría estereotipos de clase y de roles, reproducen modelos patriarcales que casi siempre incluyen triángulos amorosos heteronormados, heroínas intrínsecamente buenas, humildes y víctimas de sus circunstancias, y villanas inteligentes pero malvadas, envidiosas y ricas.

Afortunadamente las cosas han cambiado y aunque muchos contenidos aún refuerzan estereotipos de género que representan a las mujeres como personajes desvalidos y superficiales, la competencia por las audiencias y la vasta oferta que hay hoy para el consumo de entretenimiento han generado una diversificación muy amplia de temas, estilos, géneros y personajes. Asimismo, a partir de que grandes compañías han optado por una postura activa respecto a sus políticas de inclusión, diversidad y representación en favor de las mujeres y diversas minorías, se ha favorecido que haya una tendencia a contar historias de mujeres (cis y trans) fuertes y empoderadas, que representen de una manera más verosímil a quienes constituimos la mitad de la población del planeta. Cabe mencionar, además, que grandes compañías como Netflix, Disney, Warner Media, AMC y NBCNetworks llevaron su agenda más allá en mayo del 2019 al amenazar al estado de Georgia (un estado que ofrece grandes incentivos fiscales para producción) con suspender muchas de sus producciones si se aprobaba una ley antiaborto.

Ahora bien, ¿qué define a una serie feminista? En opinión de quien escribe, una serie feminista es aquella que se preocupa por visibilizar y tratar con sensibilidad y empatía temas relevantes para las mujeres y para el feminismo, con un discurso no homogeneizante y a través de personajes que representen a las mujeres desde una perspectiva realista, profunda y honesta, y que no están definidos por un rasgo único. Personajes que, si bien pueden aspirar al amor romántico y disfrutar ir de compras, son mucho más que un estereotipo de género, que pueden ser fuertes y estar empoderados sin ocultar sus vulnerabilidades y su intimidad. Las series feministas no idealizan ni juzgan a sus personajes ni pretenden predicar sobre lo que *deben ser*; simplemente son aquellas que quieren abrir la conversación para hablar desde la pluralidad sobre asuntos tan diversos como desigualdad, sexualidad, relaciones afectivas, cuerpo, maternidad, identidad y muchos otros, con los cuales nos podamos sentir representadas.

A continuación, comparto una limitada lista de series, en su mayoría creadas por mujeres, que considero una buena muestra de voces diversas, críticas y relevantes para generar una discusión sobre representación femenina. Hay por supuesto muchas otras que también merecen un análisis, pero que por razones de espacio no están incluidas.

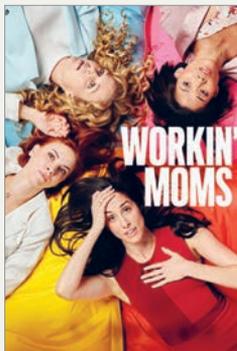
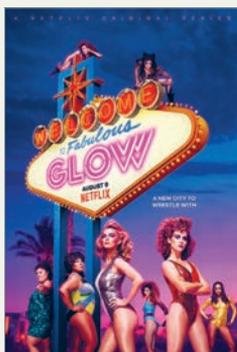
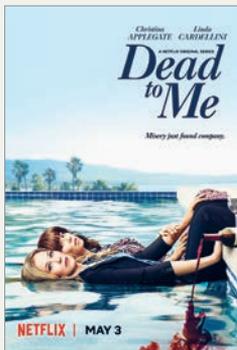
Dos voces de la generación millennial: *Fleabag* y *Girls*

Phoebe Waller-Bridge y Lena Dunham se han alzado como dos voces feministas emblemáticas de la generación millennial y tanto *Fleabag* como *Girls* se han vuelto referentes culturales de mujeres en finales de sus veinte / principios de sus treinta con mucho que decir sobre sus cuerpos, su sexualidad y sobre lo que implica ser una mujer joven del siglo XXI, en un mundo que nos exige cumplir con un conjunto de expectativas de género y de clase. Ambas series tienen protagonistas que no temen mostrarse vulnerables y por momentos incluso patéticas, sin dejar de ser complejas y profundas, y hablan abiertamente de temas como el sexo, la salud mental y qué representa el feminismo hoy para la generación millennial. *Girls* está disponible en HBO y *Fleabag* en Amazon Prime.

Sobre sororidad, amistad y empatía: *Big Little Lies*, *Dead to Me*, *Glow*

Durante años, el cine y la televisión han explotado la idea de que las mujeres somos envidiosas y competitivas. Afortunadamente, también encontramos cada vez más historias en las que la sororidad, la empatía y el acompañamiento entre mujeres son fundamentales para el desarrollo de las tramas. Un ejemplo es *Big Little Lies*, produci-





da por HBO y basada en la novela homónima de Liane Moriarty. La serie es interesante porque parte del cliché que predica que las mujeres somos competitivas, pero le da la vuelta para contar la historia de cinco madres en circunstancias muy específicas que viven en uno de los lugares más exclusivos de Estados Unidos y cuyas vidas quedan unidas cuando un accidente hace que salgan a la luz secretos que tienen que ver con abuso y violencia en una comunidad donde la apariencia parece ser lo más importante. Estas mujeres, interpretadas por un poderoso ensamble de actrices, dan vida a personajes profundos y muchas veces contradictorios que toman el control de sus vidas.

Dead to Me es una comedia negra de Netflix que se basa en la amistad entre dos mujeres en sus cuarenta que han sufrido pérdidas importantes y a las que, sin saberlo, une una tragedia. La trama tiene muchos giros dramáticos que vale la pena descubrir, pero lo que resulta más relevante en esta serie es cómo explora temas muy dolorosos como la muerte, las enfermedades y la esterilidad (entre otros) con humor y sin condescendencia, a través de la amistad de dos mujeres de mediana edad (algo poco frecuente porque Hollywood suele castigar el envejecimiento femenino) que no le deben explicaciones a nadie.

Glow, también una serie original de Netflix, transcurre en los años ochenta y está centrada en un grupo de mujeres cuyas desafortunadas carreras las llevan a aceptar un trabajo como luchadoras y que poco a poco se van empoderando hasta exigir derechos e igualdad en un ámbito profundamente sexista.

Sobre maternidad(es): *Workin' Moms* y *The Letdown*

Workin' Moms y *The Letdown* abordan la maternidad desde una perspectiva realista y desidealizada. *Workin' Moms* es un *dramedy* que muestra a un grupo de madres en Toronto en su búsqueda por equilibrar su vida familiar y su vida laboral, muchas veces obstaculizadas por un sistema que favorece a los hombres.

The Letdown es un *dramedy* australiano que también combina el humor y la sensibilidad para tratar temas relacionados con la maternidad de los cuales muchas veces no se habla abiertamente. Muestra el día a día de una madre primeriza que se está adaptando a su nueva circunstancia y que no quiere que la maternidad sea lo único que la defina. *The Letdown* tiene un tono crudo que se agradece porque se siente honesto y rompe con la idea de que la maternidad es algo natural e instintivo para las mujeres. Ambas series tienen formatos de treinta minutos y están disponibles en Netflix.

Un caso mexicano sobre la importancia de las mujeres en la industria: *Historia de un crimen: Colosio*.

Estrenada en Netflix en marzo de 2019, a 25 años de la muerte de Luis Donaldo Colosio, esta serie es un ejemplo de la importancia no sólo de construir personajes femeninos complejos sino también de contar con un equipo de producción con la sensibilidad necesaria para usar las herramientas cinematográficas y construir una narrativa no sexista. Si bien el título hace alusión al asesinato del candidato presidencial en 1994, la serie en realidad es un *thriller* político enfocado en Diana Laura Riojas y su esfuerzo por conocer la verdad detrás del asesinato de su esposo, mientras ella misma enfrenta una dura batalla contra el cáncer.

La serie es interesante porque plantea la historia de un crimen muy famoso desde la perspectiva de una mujer importantísima en la vida de Colosio y a la que poco se recuerda. Además, la dirección de Hiromi Kamata y Natalia Beristáin (sumada a los guiones de Andrés Burgos, Alejandro Gerber, Itzel Lara y Rodrigo Santos) es respetuosa y empática al construir una narrativa audiovisual que en todo momento logra transmitir intimidad y mantener la tensión dramática sin caer en detalles que podrían resultar morbosos sobre la familia Colosio Riojas, el cáncer o incluso la muerte de Diana Laura Riojas. La dirección y todos los elementos cinematográficos están puestos para poner en el centro el enorme talento de la actriz Ilse Salas, quien retrata a una mujer que se encuentra, sin buscarlo, en circunstancias que difícilmente podrían ser más adversas y sin embargo tiene el empoderamiento y la fortaleza para buscar por ella misma las respuestas que necesita.

A manera de conclusión, es importante decir que México es el cuarto país en asistencia al cine y uno de los que más entretenimiento consumen a nivel mundial. Además, la industria cinematográfica en nuestro país es muy sólida, lo cual lo hace un territorio muy atractivo para las grandes compañías que quieren producir cada vez más proyectos locales de entretenimiento y están dispuestos a tomar riesgos, explorar nuevos géneros, nuevos talentos y nuevas historias. Será fundamental, entonces, seguir exigiendo como público contenidos que nos representen a todas y luchar por incluir a más escritoras, directoras, productoras, ejecutivas, estudiantes en escuelas de cine y trabajadoras de la industria que abran nuevos espacios a las generaciones siguientes, construyan atmósferas donde el trabajo sea seguro e igualitario para que las historias de mujeres empoderadas y auténticas existan dentro y fuera de la pantalla. **U**



NUESTRAS AUTORAS



**Alianza
Nacional de
Campesinas**

es una organización compuesta por campesinas y mujeres de familias de trabajadores agrícolas, formada para asegurar su lugar en la toma de decisiones y el establecimiento de una agenda de los asuntos que ellas consideren más importantes para sus propias comunidades. alianzanacionaldecampesinas.org



**Yásnaya
Elena A. Gil**

(Ayutla Mixe, 1981) forma parte del Colmix. Ha colaborado en proyectos sobre divulgación de la diversidad lingüística y de atención a lenguas en riesgo de desaparición. Se ha involucrado en el desarrollo y traducción de material escrito en mixe y en la creación de lectores mixehablantes.



**Jazmina
Barrera**

(Ciudad de México, 1988) estudió letras inglesas en la UNAM. Ganó el premio Latin American Voices y publicó *Cuerpo extraño* en 2013. Fue becaria de la f.l.m. y estudió una maestría en escritura creativa en español en NYU. Forma parte de Ediciones Antílope. Su libro más reciente es *Cuaderno de faros*.



**Frida
Cartas**

es todo un estuche de pólvora: feminista mexicana del norte caluroso, violento y casi fronterizo. Un día huyó de su tierra natal y cuestionó su identidad sexual (género, orientación y política). Devino transexual y descubrió su intersexualidad de nacimiento. Publicó *Cómo ser trans y morir asesinada en el intento* en 2017.



**Kay
Cisneros**

es partera de corazón desde los 15 años, estudiante de Partería desde los 18. Decidida a hacer de la lucha por los derechos humanos de las mujeres una contienda para toda la vida.



**Lilitiana
Colanzi**

es escritora, profesora, editora y periodista boliviana nacida en Santa Cruz en 1981. Ha publicado los libros de cuentos *Vacaciones permanentes* (2010), *La ola* (2014) y *Nuestro mundo muerto* (2016). Fue ganadora del premio de literatura Aura Estrada en 2015 y en 2017 inició el proyecto Dum Dum Editora.



**Colectiva del
Río Combahee**

es una organización feminista negra y lésbica, activa entre 1974 y 1980. Su nombre conmemora una acción que liberó a más de 750 esclavos en la única campaña militar de la historia de EE. UU. planeada y dirigida por una mujer. Su manifiesto estableció una corriente crítica sobre las diferencias de raza y clase entre las mujeres.



**Paulina
del Collado**

(Ciudad de México, 1990) es licenciada en lengua y literaturas hispánicas por la UNAM y cursa la especialidad de guionismo en el Centro de Capacitación Cinematográfica. Ha sido becaria de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (2014) y del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2015).



**Coordinación de
Komalên Jinên
Kurdistan (KJK)**

es la primera organización integral creada por las mujeres kurdas. Su integración a la lucha del Partido de Trabajadores de Kurdistan se fundamenta en la idea de que la liberación de la mujer es la de la sociedad kurda.



Joanna Delgado Chiaberto

(Ciudad de México, 1988) es licenciada en lengua y literaturas hispánicas por la UNAM y egresada de la especialidad de guionismo del Centro de Capacitación Cinematográfica. Desde 2012 se dedica al análisis y desarrollo de proyectos para cine y televisión.



Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)

es una organización político-militar integrada en su mayoría por indígenas de los grupos tzeltal, tzotzil, chol, tojolabal y mam de Chiapas. Se levantó en armas el 1º de enero de 1994 y tomó varias localidades del estado. Después de muchas negociaciones, se orientó hacia la creación de comunidades autónomas llamadas *caracoles*.



Angélica Freitas

(Brasil, 1973) trabaja como periodista y traductora. Ha publicado los libros *Rilke Shake* (2007) y *Um útero é do tamanho de um punho*, finalista del premio Portugal Telecom en 2012. Su obra se ha traducido y vendido en EE. UU., España, Francia, Alemania y México.



Laura Freixas

nació en Barcelona en 1958 y siempre, desde que recuerda, quiso ser escritora. Incluso conserva una foto que le hicieron a los seis o siete años, con un disfraz de enfermera (que no sabe a quién se le ocurriría la peregrina idea de regalarle), en la que está escribiendo (todavía recuerda qué: un cuento sobre el sol).



María Galindo y Sonia Sánchez

(Bolivia, 1964 y Argentina, 1964). Galindo fundó junto a otras mujeres la organización autónoma Mujeres Creando, un espacio heterogéneo de indias, putas y lesbianas. Sánchez es rebelde, le dan asco los mecanismos que hacen que los espacios organizados por nosotras mismas se conviertan en nuestras jaulas.



Francesca Gargallo

es escritora, caminante, madre de Helena, partícipe de redes de amistad. Es una feminista autónoma que colabora en acciones para la buena vida de nosotras en diversos lugares del mundo. Actualmente escribe una historia de las ideas de los feminismos indígenas desde una epistemología no blanca.



Jimena González

(Ciudad de México, 2000) es poeta en voz alta. Estudiante de letras hispánicas en la UNAM. Coautora de la antología *Tsunami*. Se ha presentado en la Casa del Lago, en el Festival Lit & Luz 2017 dentro del Museo Tamayo y en la Feria Internacional del Libro de 2017 y de 2018.



Lydia Hamann & Kaj Osteroth

(Potsdam, 1979 y Beckum, 1977) pintan juntas desde 2007 y entienden el aspecto colaborativo de su práctica como una reinención constante de categorías como subjetividad, trabajo, empoderamiento y cuidado propio. Cada una de sus pinturas es una coautoría y está basada en una investigación a largo plazo sobre el tema.



Leta Hong Fincher

es periodista y académica, escribe para *New York Times*, *Washington Post*, *Guardian*, *Ms. Magazine*, la BBC y la CNN. Es autora de *Leftover Women: The Resurgence of Gender Inequality in China* y de *Betraying Big Brother: The Feminist Awakening in China*.



Gabriela Jáuregui

(Ciudad de Mexico, 1979) es editora de la antología feminista *Tsunami* (2018), autora de *La memoria de las cosas* (2015), *ManyFiestas* (2017), *Leash Seeks Lost Bitch* (2016), *Controlled Decay* (2008) y coautora de *Taller de Taquimecanografía* (2011).



Claudia Korol

es periodista argentina, feminista e integrante de Pañuelos en Rebeldía, equipo dedicado a la educación popular. Con Edda Gaviola (historiadora feminista chilena) reflexionó sobre diversas maneras de construir amistades entre mujeres dentro de movimientos sociales en el libro *A Nuestras Amigas*.



Laboria Cuboniks

es un colectivo nacido a partir de un simposio de filosofía organizado en Berlín sobre realismo especulativo. Está integrado por hombres y mujeres poetas, músicos, cineastas, arqueólogos, artistas visuales y académicos. Lanzaron su Manifiesto Xenofeminista a principios del 2015. laboriacuboniks.net



Zoe Leonard

(Nueva York, 1961) es fotógrafa y escultora, militante activista en torno al VIH desde finales de los ochenta; miembro de Act-Up. En 1992 escribió el poema "I want a president", inspirado en la carrera presidencial de Eileen Myles, y lo exhibió en una pared del puente High Line en Nueva York.



Sophie Lewis

es teórica, crítica, traductora y vive en Filadelfia. Publica periódicamente en plataformas académicas y de divulgación, como *Boston Review*, *Jacobin* y *Mute*. Es una feminista comprometida con la ecología cibernética y con el comunismo cuir. *Full Surrogacy Now* es su primer libro.



Mina Loy

(Inglaterra, 1882 – EE. UU., 1966) fue poeta y pintora integrante de la generación que promovió una revolución modernista en la poesía de los EE. UU. con la fundación de la revista *Poetry* en 1912 y el uso del verso libre. Es autora del que se considera el primer manifiesto feminista en la historia.



Ana Francis Mor

junto a Las Reinas Chulas ha escrito, producido, dirigido y actuado en más de 68 espectáculos, colaborando con artistas como Jesusa Rodríguez, Liliana Felipe y Regina Orozco, entre otras. Es administradora del teatro bar *El Vicio* y autora de *El manual de la Buena Lesbiana* y *Lo que soñé mientras dormías*, su primera novela.



Fernanda Pérez-Gay Juárez

(Ciudad de México, 1988) es médica cirujana por la UNAM y doctora en neurociencias por la Universidad McGill. Su trabajo de investigación en neurociencia cognitiva se ha publicado en revistas científicas y sus textos de divulgación en medios de comunicación mexicanos y canadienses. También administra el canal de YouTube *Sinapsis*.



Claudia Piñeiro

(Argentina, 1960) es escritora, guionista de televisión, dramaturga y contadora. Ha obtenido diversos premios nacionales e internacionales como el Clarín de Novela 2005, el Liberatupreis 2010, el Sor Juana Inés de la Cruz 2010 y el Pepe Carvalho de Novela Negra en 2019. Su novela más reciente es *Las maldiciones*.



Powerpaola

(Quito, Ecuador, 1977) es artista plástica, historietista e ilustradora. Ha expuesto sus diarios de viaje, dibujos y calendarios en Nueva York, Bogotá, São Paulo, Sydney, Milán y París, entre otros, y en ferias como La Fiac y Slick (feria de dibujo contemporáneo). Forma parte del colectivo Chicks on Comics.



Claudia Rankine

(Jamaica, 1963) ha publicado cinco libros de poesía, dos obras de teatro, numerosas colaboraciones en video y ha editado varias antologías. En su obra a menudo se cruzan géneros discursivos para reproducir el flujo de la conciencia de forma precisa y salvaje. Vive en California y es profesora en la Universidad de Yale.



Marta Rebón

(Barcelona, 1976) es escritora, traductora, eslavista y crítica literaria. Autora de *En la ciudad líquida* (2017). Es especialmente reconocida por sus traducciones del ruso al español de escritores como Gógol, Pasternak, Chukóvskaja, Alekséievich, Chéjov, Grossman y Aksiónov, entre otros.



Rita Laura Segato

es una antropóloga argentina-brasileña. Fue perito en Guatemala en los juicios de Sepur Zarco, donde por primera vez se condenó la violencia sexual como estrategia de guerra utilizada por el Estado. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (2013) es fundamental para explicar los feminicidios en nuestro país.



Leila Slimani

nació en Rabat en 1981 de padre marroquí y madre franco-argelina. Con su primera novela, *Dans le jardin de l'ogre* (2014), donde aborda la adicción sexual femenina, recibió el reconocimiento de la crítica. *Canción dulce*, su segunda novela, consolidó su carrera literaria al obtener el Premio Goncourt 2016.



Tania Tagle

(Ciudad de México, 1986) es editora, ensayista y activista feminista. Fue becaria de la f, l, m. y del FONCA. Su trabajo aparece en las antologías *El silencio de los cuerpos* (2015), *Arbitraria* (2015), *Puro Cuento* (2017) y en diversos medios periódicos. Actualiza una columna sobre feminismo en la *Revista Nómada*.

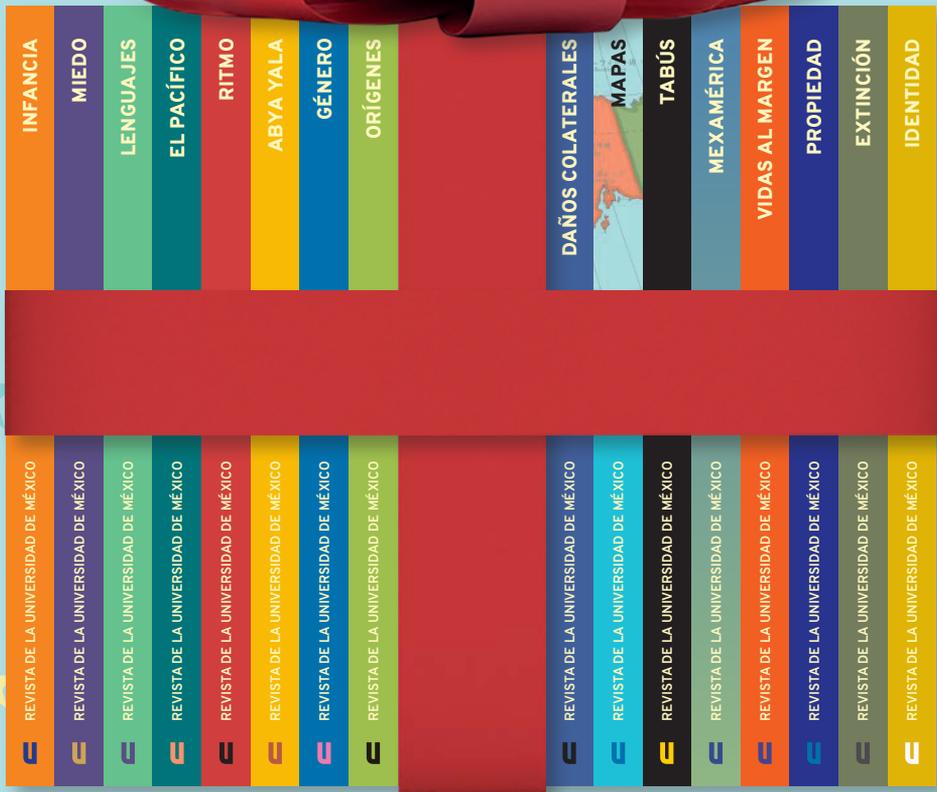


Gabriela Wiener

(Lima, 1975) es cronista, poeta y periodista; radica en España. Estudió lingüística y literatura en la Universidad Católica de Lima y una maestría en cultura histórica y comunicaciones en Barcelona. Es autora de varios libros; uno de los más relevantes, *Sexografías*, se ubica entre el periodismo narrativo y las memorias sexuales.

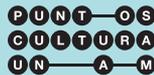
¿NO SABES QUÉ REGALAR?

¡Una suscripción!



COMPLETA TU COLECCIÓN

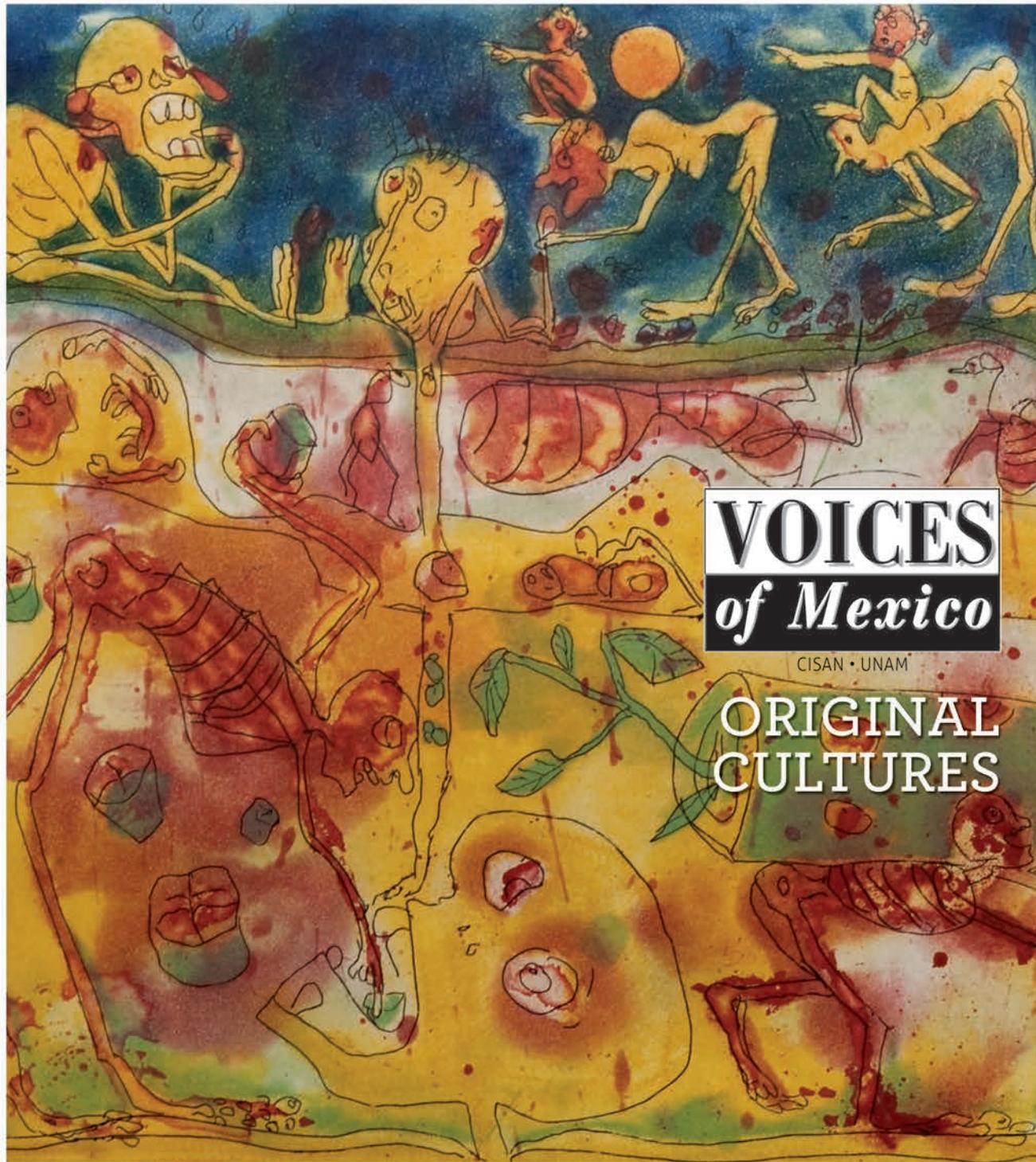
unam.numerosatrasados@gmail.com



revistadelauniversidad.mx

TEL. (55) 55505800

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



VOICES of Mexico

CISAN • UNAM

ORIGINAL CULTURES

◀ Sergio Hernández Popol Vuh, 20 x 20 cm, 2011-2012. Photo courtesy of the author.

Issue 109 • Autumn 2019

MAGAZINE Published entirely in English, brings you essays, articles and reports about the economy, politics, the environment, international relations and the arts.

Published three times a year

Subscriptions Mexico \$145.00 M.N. United States and Canada US\$ 35.00 dlls. Other Countries US\$ 60.00 dlls.

Torre II de Humanidades, piso 10, Circuito interior de Ciudad Universitaria,
Ciudad de México, C. P. 04510. Telephone (011 5255) 5623 0308, 5623 0281

voicesmx@unam.mx www.revistascisan.unam.mx/Voices/

BACK ISSUES AVAILABLE
WRITE US FOR A FREE COPY

PAR TIR

CONVOCATORIA

DEL

PARA EDITAR LA REVISTA

PUNTO

PUNTO DE PARTIDA

2020

Bases en:
www.piso16.cultura.unam.mx/

